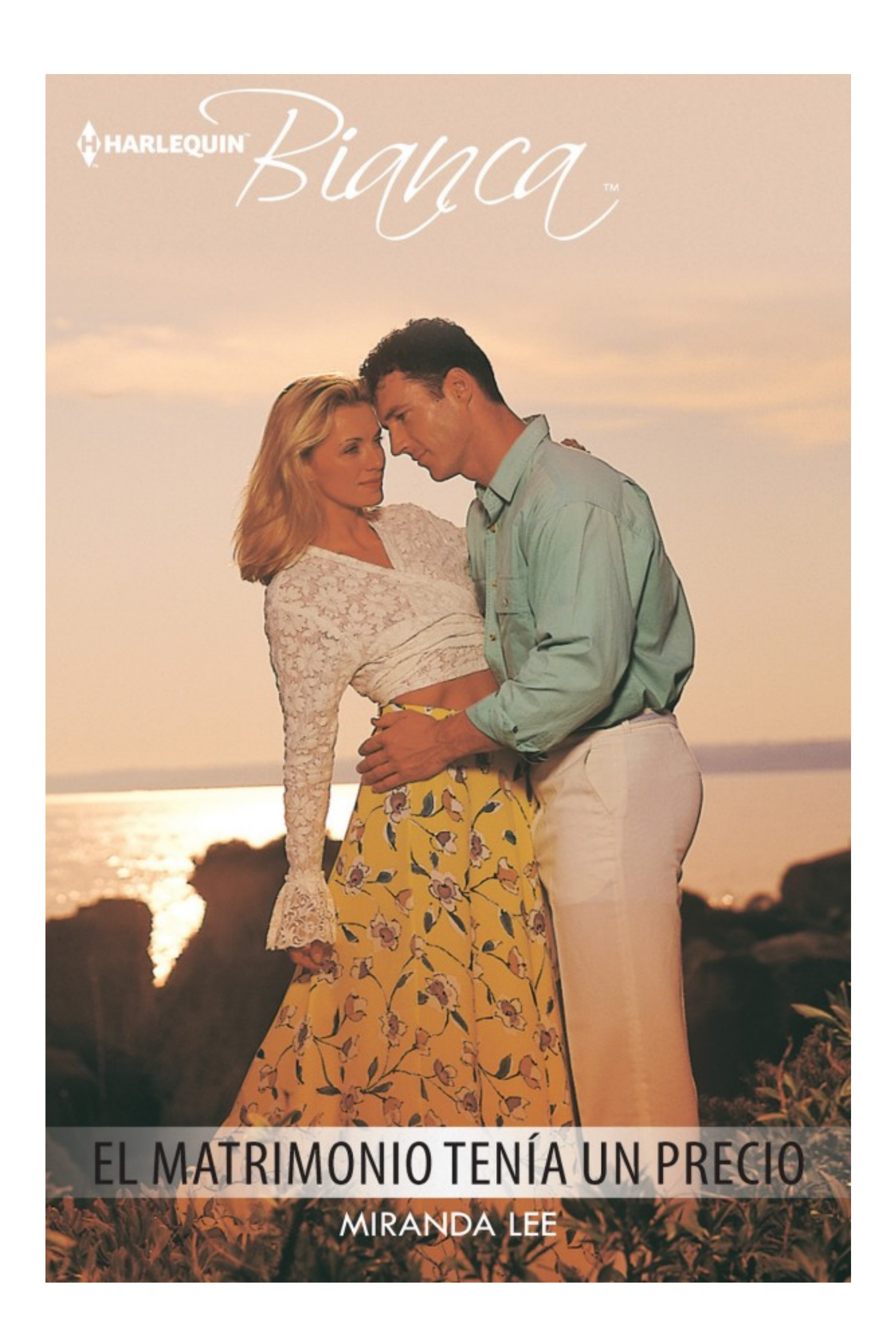

HARLEQUIN
Bianca
EL MATRIMONIO TENÍA UN PRECIO
MIRANDA LEE

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El matrimonio tenía un precio, n.º 1269 - mayo 2016
Título original: Marriage at a Price
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2001

I.S.B.N.: 978-84-687-8229-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

En cuanto Courtney vio la cara de William Sinclair, el contable de su madre, supo que le llevaba muy malas noticias. Le había preguntado por teléfono si Crosswinds tenía problemas financieros y él había contestado con evasivas que solo quería charlar con ella.

Era obvio que su madre había recortado gastos durante los dos años anteriores. Tenía contratado el mínimo de personal. No se habían pintado las cercas. No se habían hecho reparaciones. El lugar comenzaba a verse desastrado. Eso no era bueno para el negocio.

Si Crosswinds tenía que competir con las elegantes y modernas cuadras de remonta de pura sangres de Upper Hunter Valley, debía mejorar su aspecto.

Se lo había dicho a su madre, pero Hilary no estaba de acuerdo y le había contestado:

–Hija mía, no necesitamos cuadras de lujo sino un semental nuevo.

También eso era cierto. Cuatro años antes, cuando la cuadra iba muy bien, su madre había importado un elegante caballo irlandés que se llamaba Four-Leaf Clover.

Por desgracia, el caballo contrajo un virus y murió después de una sola temporada. Los potrillos no eran gran cosa y ofrecieron tan poco por ellos en la subasta que Hilary prefirió quedárselos.

Sin Four-Leaf Clover y con los otros dos sementales haciéndose viejos, el programa de cría se había interrumpido y no habían tenido dinero para comprar un nuevo semental.

–Tengo que buscar bien –había dicho su madre–, pues no tengo mucho dinero disponible.

Cuando volvió a casa con Goldplated, estaba muy orgullosa sobre todo por el precio que le había costado. Pero no había sido una ganga y, al entrar en el despacho del contable, Courtney se preguntó si el dinero no sería prestado.

William Sinclair, que era un caballero a la antigua, se levantó a

recibirla.

–Buenos días, Courtney –la saludó–. Siéntate.

Courtney se quitó el sombrero y se sentó, tratando de ponerse todo lo cómoda que la dura silla le permitía. Pero no tuvo éxito. Los nervios la habían puesto muy tensa.

El contable dirigió la mirada hacia los papeles que estaban en la mesa y comenzó a moverlos.

Courtney se impacientó.

–Dime lo que sea, Bill –comenzó tajante, y él levantó los ojos con una expresión algo molesta. Nunca le había gustado que lo llamaran Bill. Pero en ese momento era irrelevante–. No te andes por las ramas. Ve al grano. Soy hija de mi madre y puedo afrontarlo.

William sacudió la cabeza pensando que sin duda alguna era igual que su madre.

No en el físico. Porque Hilary Cross había sido muy corriente. La hija había salido al padre, ese desconocido, innombrable, que después de dejar embarazada a la solterona de cuarenta y cinco años que era propietaria de Crosswinds desde hacía más de un cuarto de siglo, había desaparecido sin dejar rastro.

Las habladurías decían que era gitano, y el aspecto de Courtney parecía confirmarlo. Tenía el pelo largo, negro y rizado, los ojos oscuros y la piel aceitunada. Una chica llamativa, opinaba William. Sin embargo, su personalidad y sus modales eran como los de Hilary. No había más que ver cómo se sentaba, con el pie derecho montado sobre la rodilla izquierda. Así es como se sentaban los hombres, y no las señoritas. Y luego, su manera de vestir… Nunca llevaba vestidos. William nunca la había visto más que con vaqueros y una camisa a cuadros. Pero tenía muy buen tipo.

En cuanto a su maravilloso pelo, siempre lo llevaba recogido en una cola de caballo descuidada que metía de cualquier manera debajo de un polvoriento sombrero de vaquero. Nunca se pintaba los labios carnosos y apetecibles y no olía a otro perfume que el del cuero y los caballos.

Lo que más irritaba a William eran sus modales. No era tan agresiva y testaruda como su madre, pero no tenía tacto. Y era muy atrevida.

Pero no era culpa suya. Hilary la había educado como si fuera

un chico, dejándola correr con toda libertad desde que era un bebé. Todavía podía recordar el día que había ido en coche a Crosswinds cuando Courtney tenía once o doce años. Lo había recibido en la barrera montando un potro negro y grande de mirada nerviosa. Demasiado caballo para un hombre. No digamos para una chiquilla.

–Te echo una carrera hasta la casa –le había gritado mientras el caballo daba vueltas impaciente por salir corriendo–. Tonto el último –y clavándole las espuelas había salido al galope chillando como un jockey.

Aunque sorprendido por sus modales poco femeninos, William había acelerado y había salido detrás de la traviesa muchacha, convencido de que cualquier coche podía ganar con facilidad a un caballo, aunque fuera de carreras, por la pendiente llena de curvas de la pista.

¿Y ella, qué había hecho? Pues saltar la cerca y cruzar la dehesa, dispersando a las yeguas y a los potrillos mientras saltaba cerca tras cerca como la especie de diablillo que era. Y allí estaba esperándolo con un brillo travieso en sus ojos negros, cuando por fin llegó a la última curva de la pista delante de la casa.

–Tendrás que conducir más deprisa la próxima vez, Bill –bromeó–, o comprarte un coche de carreras.

Era la primera vez que lo llamaba Bill. Hasta entonces siempre había sido señor Sinclair.

Se sintió satisfecho al ver que Hilary estaba observando a su hija desde la terraza, porque pensó que la criatura recibiría una buena reprimenda por su arrojo y temeridad.

¿Y qué había hecho Hilary?

¡Regañar a la niña por haber perdido el sombrero!

–Niña, ¿quieres acabar teniendo cáncer de piel? –le había dicho– ¡Ve a buscarlo y póntelo!

Ante lo cual, la locuela había dado media vuelta a su caballo y había salido a todo galope, chillando y saltando cerca tras cerca igual que antes.

Cuando William se atrevió a hacer algún comentario sobre su osadía, Hilary le dirigió una fría mirada.

–¿Hubieras dicho lo mismo si fuera un chico? –lo había retado– Seguro que no. Habrías alabado lo buen jinete que es, y te asombrarías de su valentía y su descaro. Mi hija necesita esas

cualidades más que cualquier chico si tiene que tomar las riendas cuando yo me vaya. El mundo de la cría de caballos es un mundo de hombres, William, y Courtney necesita no tener cortapisas si quiere sobrevivir en ese mundo. Aquí no hay sitio para personas apocadas. Como heredera mía necesitará mucho más que un nombre de hombre. Necesitará el carácter de un hombre, la fuerza y el orgullo de un hombre. Pretendo conseguir que tenga las tres cosas.

«Hiciste un buen trabajo, Hilary», pensó William. «Sin duda, la chica es valiente. Y tiene carácter. Pero, ¿serán suficientes para salir del atolladero en que la has dejado?».

William respondió con la verdad, tal como Courtney le había pedido.

Eran malísimas noticias. Su madre no solo había pedido un préstamo para comprar a Goldplated, como Courtney temía, sino también para comprar a Four-Leaf Clover. Y le había costado una fortuna. Además, no lo había asegurado, por lo que al morir, la pérdida había sido total y no se había podido devolver el préstamo.

–Tu madre no creía en los seguros de vida –informó el contable–, y nunca pude persuadirla. Como sabes, ella tampoco tenía seguro de vida.

Courtney asintió.

–Sí, lo sé –contestó con un nudo en la garganta ante la certeza de que su madre había muerto.

El ataque al corazón de Hilary había sido un shock para todos a pesar de que ya había cumplido los setenta. Siempre había parecido tan fuerte…

Courtney hizo una mueca. Esa deuda creciente, ¿habría contribuido a su ataque? ¿Había estado tan preocupada por el préstamo?

Nunca lo mencionó. Era demasiado orgullosa para admitir que había sido tan tonta.

Volvió a sentir un nudo en la garganta y se le saltaron las lágrimas. Tosió y parpadeó para contenerse. Su madre odiaba que llorara. «Las lágrimas no arreglan nada. Trata de encontrar una solución. No te quedes ahí sintiendo compasión por ti misma».

–¿Cuál es la cantidad exacta que debo? –preguntó con brusquedad.

La forma en que William se aclaró la garganta antes de contestar era muy mala señal.

–Er… más o menos tres millones de dólares.

–¿Tres millones?

Courtney consiguió disimular su asombro.

–No dejes traslucir tus pensamientos, ni tus sentimientos –le había dicho su madre más de una vez–. Si bajas la guardia esos canallas se aprovecharán de ti.

Courtney sabía, que esos canallas, eran todos los hombres. Aunque no odiaba a los hombres como su madre, había llegado a apreciar de primera mano lo que su madre quería decir.

El mes transcurrido desde el funeral había sido toda una lección. Desde que había heredado Crosswinds, no podía contar la cantidad de hombres que la adulaban y le habían ofrecido ayuda, ahora que estaba sola en el mundo, la pobrecita.

Courtney se puso de mal humor. ¡Seguro que ni se acercarían si supieran que tenía una deuda de tres millones!

Ojalá pudiera decírselo.

Pero guardaría silencio por orgullo y lealtad hacia su madre. Hilary se había pasado la vida intentando obtener el aprecio de sus colegas del mundo de la cría de caballos. No dejaría que se rieran de ella, y mucho menos, los hombres.

¿Pero qué podía hacer?

–Ya sé que es mucho dinero –le dijo William con suavidad–. Intenté que tu madre no pidiera más préstamos, pero no me hizo caso.

Courtney asintió. Se daba cuenta de lo testaruda que había sido su madre y no pensaba ser igual. Bill era un hombre inteligente, con una integridad a la antigua que ella admiraba y respetaba. Sabía que no intentaría aprovecharse de ella o aconsejarla mal. No era uno de los canallas y Courtney lo apreciaba.

–¿El banco está reclamando el pago, Bill? ¿Es eso?

–No. Han tenido mucha paciencia y han sido sospechosamente generosos al prestarle más dinero a tu madre. Está claro que no tenían nada que perder. Sabes bien que Crosswinds vale mucho más de tres millones.

Courtney se sintió desfallecer.

–¿Quieres decir que Crosswinds corre un riesgo y que tendré que

venderlo?

–Si las cosas siguen como hasta ahora y tú no consigues frenar la acumulación de deuda, me temo que será inevitable. El banco lo venderá por ti.

Courtney estaba perpleja.

¿Cómo podría vivir sin Crosswinds? La casa, los caballos, el terreno. Eso era todo lo que conocía, todo lo que quería. Era su vida. Sin Crosswinds, moriría.

William sintió verdadera pena por la chica. Sentía tener que decírselo tan pronto después de morir Hilary. Pero esas cosas no podían esperar. Una deuda tan cuantiosa aumentaba cada día. Era como la espada de Damocles suspendida sobre la cabeza de Courtney.

–Si quieres mi opinión –le dijo con firmeza–, podrías vender algún caballo. Y cuanto antes. Tienes algunas yeguas de cría muy valiosas.

La chica le echó una mirada furiosa.

–¿Vender las yeguas de cría? ¿Estás loco? ¿No sabes cuánto tiempo le costó a mi madre, y antes a su familia, el alcanzar esa raza? Las yeguas de cría son la esencia de Crosswinds. No tienen precio. ¡Me vendería a mí misma antes de vender una sola!

William reprimió un suspiro. Sí. De tal palo, tal astilla. Courtney había contestado exactamente lo mismo que Hilary unos días antes del ataque al corazón. A Hilary no le había dicho que ella era una mercancía muy difícil de vender. Pero su hija era otra cosa. Mientras examinaba a la chica con la mirada, se le ocurrió una imagen asombrosa, a Courtney, desnuda y encadenada, mirando altiva desde la tarima de un subastador de esclavas. Su magnífico cabello negro esparcido sobre los hombros desnudos y sus bellos ojos marrones desafiando a los hombres lujuriosos que ofertaban por ella.

¡Vaya precio que conseguiría! William podía imaginar que un jeque millonario pagaría una suma exorbitante para que Courtney Cross ingresara en su harén.

¿Sucedían esas cosas todavía? Era posible, pero no allí, en Australia.

Una idea germinó en su cabeza…

Courtney controló su genio con dificultad. Bill no sabía de lo que

estaba hablando. Podía ser que entendiera de dinero, pero de caballos no entendía nada.

–¿Cuánto tiempo crees que tengo? –exigió saber–. ¿Cuánto, antes de que el banco empiece a incordiar? ¿Un año? ¿Dos años? ¿Puedo esperar que sean tres?

William sospechaba que el banco podría alargar la hipoteca sin fin, hasta que hiciera falta un milagro para que Courtney pudiera cancelarla. Al final, liquidarían, venderían Crosswinds y también a sus preciadas yeguas. Lo malo era que en la liquidación nada se vendía por su valor real. Si Courtney se descuidaba, no solo perdería Crosswinds sino que no le quedaría nada para vivir.

Tenía que obligar a la chica a hacer algo inmediatamente, o lo perdería todo.

–El sábado será uno de agosto –le dijo–. Yo diría que tienes hasta fin de año.

–¡No es suficiente tiempo! –protestó–. Tienes que hablar con el banco, Bill y explicarles que en un par de años tendré una fantástica camada de potrillos para vender. Puede que mamá fuera tonta en algunas cosas, pero entendía mucho de caballos. Goldplated será un éxito. Lo sé. ¡En tres años, Crosswinds tendrá dinero hasta para quemar!

William suspiró. Ya le había oído lo mismo a Hilary, y sabía que nada era seguro sobre los caballos, ni en las carreras, ni en la cría.

–Courtney –le dijo con severidad–, tienes que encontrar la forma de pagar ese crédito cuanto antes.

–Pues no me vuelvas a decir que venda mis caballos –le espetó con rebeldía–, porque no lo pienso hacer. ¡Es mi última palabra! Tiene que haber alguna otra manera.

–Solo se me ocurren otras dos posibilidades. Aunque pensándolo bien, solo una es viable –añadió con sequedad.

¿Qué multimillonario querría casarse con esa muchacha difícil, obstinada y mandona? Solo con su belleza no lo conseguiría, teniendo en cuenta que no era nada sofisticada. Los hombres ricos querían esposas elegantes y bien cuidadas que alimentaran su orgullo y que fueran anfitrionas perfectas, y no a una muchacha con problemas de comportamiento y de dinero.

–¿Cuáles? –preguntó Courtney, toda oídos–. Dímelas.

–Tienes que encontrar un socio dispuesto a pagar en dinero

efectivo su parte de Crosswinds.

Courtney se incorporó con una mueca.

–Ni hablar. Eso no funcionará, Bill. Nadie entendido en caballos querrá participar en Crosswinds sin querer también dirigirlo. Mamá se revolvería en su tumba y a mí tampoco me gustaría.

–No pensaba en ningún caballista –aclaró William–. Pensaba en un hombre de negocios profesional, un hombre de ciudad que fuera solamente socio capitalista.

–Bueno, ese sería el tipo de socio que podría tolerar. ¿Y cómo he de encontrar a ese títere?

William se crispó al oír la palabra títere, pero era la que mejor describía a cualquier posible socio de Courtney.

–Pensé que podías pedir la ayuda de Lois. Es una mujer inteligente. No solo entiende de caballos, sino también de relacionarse con la gente. Se le da muy bien conseguir dinero para su federación ecuestre. Tiene algunos clientes muy ricos y muchos contactos en el mundo de los negocios. Estoy seguro de que Lois conoce a algún posible candidato con más dinero que sentido común.

Courtney se indignó.

–¿Insinúas que un hombre tiene que ser estúpido para ser mi socio?

–Para ser tu socio no. Pero un viejo colega muy sabio me dijo que nunca invirtiera mi dinero en algo a lo que hay que regar o dar de comer.

Courtney suspiró.

–Tienes razón. La cría de caballos pura sangre es una inversión de riesgo. Mi futuro socio tendrá que ser un hombre de negocios muy, pero que muy rico.

–Los hombres de negocios que tratan con caballos de carreras, casi siempre lo son. ¿No?

–Cierto, Bill. Cierto. Mira, no puedo decir que me guste la idea de tomar un socio, ni siquiera un socio que no intervenga, pero si no hay más remedio… Es mejor que vender alguno de los caballos. Llamaré a Lois en cuanto llegue a casa. Podría apuntarme al desfile de caballos del viernes. He quedado en mandarle un par de potros para que los inscriba y me los entrene. Son muy buenos caballos, pero ahora Crosswinds no puede pagar su entrenamiento.

–Me temo que no –afirmó William, aliviado de ver cómo se lo tomaba Courtney.

–Como sabes, no puedo estar fuera mucho tiempo. Ven este fin de semana que me llegarán unos potros.

–Tienes gente que se encargue de eso. Es mucho más importante que encuentres un socio, Courtney.

–Por cierto, ¿qué te parece un seguro? No quiero cometer el mismo error que mamá.

–Cuando tu madre murió, lo aseguré todo –confesó William–. No quería molestarte en esos momentos. Espero que no te importe.

Courtney se levantó sonriendo para estrecharle la mano.

–En absoluto, Muchas gracias, Bill. No sé qué haría sin ti.

William se aturdió ante el apretón acerado de su mano. No era de extrañar que los caballos la obedecieran.

–Con los gastos corrientes no tenemos problema ¿verdad?

–Por el momento, no. El dinero que entra es suficiente para cubrir el que sale. Claro que sería necesario gastarse algo en mejorar las instalaciones. Están empezando a parecer ruinosas. Si Lois y tú vais a intentar sacarle tres millones a algún pardillo, daría lo mismo hacerlo por cuatro y acabar cuanto antes.

Courtney le sonrió.

–¡Bill! ¡Me escandalizas!

–Lo dudo mucho –le replicó con sequedad–. Por cierto, que si Lois no te encuentra a nadie adecuado, podrías dirigirte a una empresa consultora que se especialice en inversiones en el campo. Pero ese es el último recurso. Los intermediarios siempre quieren su tajada. Un trato directo sería mucho mejor.

–Estoy de acuerdo. Si he de asociarme con alguien, me gustaría poder elegirlo. Mejor me voy ya. El viernes llegará antes de que me dé cuenta.

–Buena suerte, Courtney.

–Hasta la próxima, Bill.

No había dado tres pasos cuando se dio media vuelta y le preguntó:

–¿Y cuál era la otra? –le preguntó.

–¿La otra qué?

–La otra solución a mis problemas de dinero.

–Era una idea estúpida. No vale la pena mencionarla.

Courtney se volvió de nuevo.

–Aún así me gustaría saberla.

William suspiró con resignación.

–Pensaba en lo que antiguamente hacían las aristócratas cuando se les desmoronaban los castillos.

–¿Y qué hacían?

–Casarse por dinero.

Courtney soltó una carcajada.

–Tienes razón, Bill. Es la idea más estúpida que jamás he oído. Creo que el mundo ha evolucionado desde que las chicas jóvenes se sacrificaban casándose con viejos condes barrigudos solo por salvar las joyas de la familia.

En realidad, William no estaba tan seguro de ello.

–Cuando me case, si me caso –anunció Courtney mientras se ponía el sombrero vaquero–, no será por dinero.

–¡Ah! –sonrió William con aprobación–. ¿Será por amor, no?

–No seas ridículo, Bill. El amor no tendrá nada que ver. Será solo por el sexo –y con una sonrisa malvada, salió de la habitación.

Capítulo 2

Todo el mundo va muy elegante –dijo Courtney echando una mirada a la multitud presente en las carreras.

Todos los hombres llevaban traje y corbata, y la mayoría de las mujeres lucían sombreros. Lois llevaba un llamativo vestido de flores con sombrero a juego que habría parecido exagerado en alguien menos esbelta. Lo lucía con elegancia y parecía mucho más joven de los cuarenta años que admitía tener.

–Te lo advertí, querida –le contestó Lois–. Randwick no tiene nada que ver con un hipódromo de campo.

–Ni que lo digas. Muchas gracias por prestarme esta ropa, Lois. Siento haber sido tan terca.

A Lois le había costado mucho trabajo persuadir a la chica de que, en lugar de los vaqueros y la camisa a cuadros que llevaba por la mañana, se pusiera los elegantes pantalones negros y la chaqueta corta que le había prestado. El milagro lo había conseguido diciéndole que las normas de Randwick no permitían usar vaqueros.

Lois sabía que en la ciudad, la apariencia lo era todo. No por ser una entrenadora de caballos tenía que parecerlo y por eso se gastaba una fortuna en ropa elegante y con estilo. El gasto valía la pena: los fotógrafos siempre la retrataban y los periodistas siempre le pedían opinión sobre las posibilidades de sus caballos. Quizás era porque se veía mejor en televisión que los entrenadores masculinos. También hablaba mejor y sonreía mucho. Lois pensaba que su actitud atraía a más clientes que el éxito de sus caballos.

–Te sienta muy bien el negro –elogió a Courtney–. Mucho mejor que a mí.

Courtney se veía muy hermosa con su piel aceitunada, su pelo negro y sus ojos oscuros. Lástima que no se dejara pintar los labios de rojo ni soltar el precioso pelo. Había dicho que le molestaba por la cara y que no quería parecer un payaso. Lois trató de convencerla, pero era tan terca como su madre. No era consciente de su belleza, exótica y singular que, si supiera manejarla, podría

hacer caer a sus pies a más de un ricachón.

¿Pero qué se podía esperar? Para Hilary no era prioritario el enseñar a su hija a sacar partido de su belleza. Qué estúpida. ¿Por qué odiar a los hombres si eran los amos del mundo?

Por la noche intentaría explicarle que si una mujer quería trabajar en el mundo de los hombres tenía que hacerlo tanto con el cerebro como con su cuerpo. Courtney quería salvar Crosswinds y lo entendería.

Si no, tendría que ser ella sola quien rescatara la antigua finca. No podía dejar que se perdiera. Tenía las mejores yeguas de Australia. Solo les faltaba un buen semental y parirían unos potros y potrancas de campeonato. Y ella estaría allí para entrenarlos.

Courtney no disfrutó tanto de las carreras como esperaba, pues no dejaba de pensar en sus problemas de dinero.

–¿Crees que encontraremos a alguien hoy, Lois? –preguntó.

–¿Alguien para respaldarte con Crosswinds?

–Sí.

–Puede ser, aunque estas no son unas carreras de las mejores. No hay mucha gente rica de verdad. Créeme, cariño, hoy no pienses más en Crosswinds. Relájate y disfruta. Esta noche, después de cenar, te haré una lista de posibles candidatos y mañana haré unas cuantas llamadas para invitarlos.

–¿Invitarlos, a qué?

–A cenar, a tomar unas copas. Lo que convenga para cada caso.

–¿Y no conoces a mujeres ricas que puedan interesarse? –Courtney estaba pensando que también a las mujeres les gustaban los caballos de carreras. Y habría menos posibilidades de que una socia quisiera intervenir en la dirección de Crosswinds. No confiaba en que un hombre no quisiera meter las narices.

Lois la miró exasperada.

–Por favor, cariño. ¡Ninguna mujer querrá ser tu socia! Eres demasiado bonita. No, no… nuestra mejor opción es algún viejo ricachón. Confía en mí. Estoy segura de que a finales de semana, tendremos a la persona adecuada. ¡Válgame Dios! ¡Ahí está Jack Falconer! ¡Pero, si me había dicho que con toda seguridad no vendría hoy!

Courtney miró en la dirección que Lois le indicaba y vio a un hombre alternando entre el libro de apuestas y los caballos que desfilaban. Llevaba al cuello unos prismáticos caros. Era alto, de perfil muy masculino y llevaba el pelo corto.

Courtney alzó las cejas. Siempre le habían gustado los hombres muy varoniles y ese lo era a pesar de sus ropas de ciudad. Debía de tener treinta y pico años, incluso puede que más.

–¿Quién es Jack Falconer? –preguntó, intrigada por la reacción de Lois al verlo.

–¿Qué? Ah, uno de mis propietarios.

–¿Es rico?

–Lo era, pero ya no lo es tanto.

–¿Qué pasó?

–Escogió a un mal socio que se hizo con el dinero de varios clientes y se marchó a Paraguay o a Bolivia. Aunque legalmente no tenía que hacerlo, Jack devolvió el dinero de su bolsillo y casi se arruinó. Lo perdió casi todo, incluso a la novia. La muy fresca se marchó con un político que podía ser su padre. Podrido de dinero, claro. Jack hacía ver que no estaba destrozado, pero lo estaba. Se enamoró perdidamente de ella. Hasta compró una participación en un caballo de carreras porque a ella le gustaba venir a codearse con los ricos y famosos.

–Me parece horrible. ¿Qué es lo que vio en ella?

Lois se rio.

–Cuando la veas, lo sabrás. Y hoy la verás. Su marido actual va a entregar el trofeo de la carrera principal. Por eso me ha chocado tanto ver a Jack aquí hoy. Porque su… ¡Vaya, me ha visto! Ya terminaré de contarte más tarde.

Lois puso una sonrisa arrolladora y salió de la tribuna de los socios. Courtney la siguió, intrigada por el hombre que iba hacia Lois. De frente y de cerca era aún más atractivo, y sus ojos eran de un azul profundo, como le gustaban a Courtney.

No tenía ni una cana y su pecho era ancho y fuerte. Llevaba la chaqueta del traje abierta dejando entrever que no tenía ni un ápice de grasa. Y era más alto de lo que le había parecido. Un hombre grande.

A Courtney le encantaban los hombres grandes.

–Jack, querido –Lois acercó la cara para que la besara–. Cuánto

me alegro de verte.

–Hola, Lois –le contestó sonriendo y se inclinó para darle un beso–. Estás muy guapa hoy. Bueno, siempre estás muy guapa.

–Eres un adulador –le replicó coqueta, mientras Courtney intentaba no reírse. Su amiga era extraordinaria. En los establos, muy dura, pero en las carreras, suave como la mantequilla–. ¿Qué estás haciendo aquí, Jack? –le preguntó con dulzura–. Cuando te llamé me dijiste que era seguro que no vendrías. ¿Qué te hizo cambiar de idea? ¿El buen tiempo?

–No. Después de que habláramos me acordé de que siempre decías que la primera vez que Big Brutus corriera una gran distancia, ganaría.

–Y ganará –replicó Lois–. Estoy segura.

Courtney reconoció el nombre del caballo. Era uno de los primeros hijos de Four-Leaf Clover y el potro más feo que su madre había criado. Era uno de los potrillos que Hilary había rehusado malvender y se lo había traspasado a Lois. Había sido un desastre con dos y tres años y hasta los cuatro, solo había ganado puestos secundarios.

Pero estaba entrenado para aguantar todo el día.

Courtney buscó en el libro de apuestas.

–¡Ah! Por llegar el primero pagan cien mil dólares. ¿Cuál sería mi parte, Lois?

–Él la miró con sus penetrantes ojos azules.

–¿Perdone, no irás a decir que eres el jinete de Big Brutus? Dime que no, Lois.

–No, no es el jinete –dijo Lois sonriendo con picardía–, pero si lo fuera, tendrías a uno de los mejores jinetes del país montando a tu caballo.

–Puede ser, pero nunca he tenido suerte apostando cuando el jinete es una mujer.

Courtney se puso a la defensiva. Otra vez se sentía atraída por un hombre machista. ¿Encontraría alguna vez un hombre que le gustara y que creyera en la igualdad entre los hombres y las mujeres?

–Cuando una carrera se pierde –dijo con frialdad–, es casi siempre culpa del caballo. O del entrenador. O del propietario. Nunca es del jinete, sea hombre o mujer.

–No veo como puede ser la culpa del dueño –contestó él.

–Algunos dueños insisten en ver correr a sus caballos en carreras que están por encima de sus capacidades. Y otros insisten en lo contrario.

–¡Courtney! –le susurró Lois.

–No, no, déjala que acabe –insistió Jack–. Siga, ¿señorita…?

–Cross –anunció Courtney.

–Ya. Ya lo veo –dijo él sonriendo.

A Courtney le hubiera gustado borrarle la sonrisa de una bofetada. Pero no se había peleado con el sexo opuesto desde que tenía trece años, y ese no era el sitio adecuado.

–Aparte de un mal entrenador o un dueño incompetente –continuó cortante–, la razón principal por que las mujeres jinetes no montan caballos ganadores es porque casi nunca les ofrecen buenas carreras y, cuando se las ofrecen, los hombres procuran que no tengan una sola oportunidad. Es una triste realidad, pero es así. A los hombres no les gusta que las mujeres destaquen en las cosas que ellos consideran que son solo suyas.

–Puede ser. Pero debes tener en cuenta que kilo a kilo los hombres son más fuertes. Por ejemplo, si tú fueras jinete, varios kilos de tu peso de montar se perderían en tus bonitos, pero inútiles pechos. En cuanto a fuerza, me refiero… –añadió como disculpándose.

–No es el caso –le replicó sin pestañear. No era la primera vez que Courtney tenía esa vieja discusión–. Si estuviera montando como jinete profesional, tendría que perder unos cuantos kilos y mis pechos se encogerían de la talla C a la talla A. Añádele unas cien flexiones al día y sería tan fuerte como cualquier jinete masculino. La cuestión no es el ser mujer, sino el tener talento y oportunidades. Una mujer jinete puede tener todo el talento del mundo, pero rara vez le dan una oportunidad.

–Me rindo. Tú ganas –le dijo sonriendo.

–Gracias –le respondió tajante y sin devolver la sonrisa. Todavía estaba enfadada por encontrarlo tan atractivo y no iba a dejarse ganar por una sonrisita.

Jack se volvió hacia Lois:

–Explícame el misterio. ¿Por qué tiene derecho a una participación en el premio de Big Brutus?

–La madre de Courtney lo crió. Yo lo tomé en alquiler y os lo traspasé a ti y a tu socio.

–Ya veo. Lo siento –dijo dirigiéndole a Courtney una maravillosa sonrisa–. Y siento la discusión sobre los jinetes. Solo estaba azuzando. No conozco tu capacidad como jinete, pero tu capacidad de argumentar es excelente. ¿Por casualidad, no serás una abogada en ciernes?

Sin duda tenía mucho encanto y Courtney se esforzó por continuar enfadada con él.

–Courtney también es criadora de caballos –intervino Lois–. Los Cross llevan generaciones criando caballos pura sangre.

–No tienes aspecto de criadora de caballos –dijo Jack, mirándola de arriba a abajo con sus maravillosos ojos azules.

Courtney se estremeció, pensando «Este hombre es dinamita».

–Puesto que Lois no me va a presentar debidamente, me presentaré yo. Soy Jack Falconer –y le tendió la mano.

Era una mano grande, claro. Era un hombre grande.

Courtney se la estrechó con la suya, contestando:

–Courtney Cross –trataba de no oír los latidos de su corazón.

–Encantado –él le estrechó la mano con más fuerza.

Courtney no podía entender como una mujer normal podía preferir a un político maduro en vez de a ese estupendo pedazo de hombre.

La única respuesta posible era el dinero.

Cierto. Había tenido una mala racha. Pero, según Lois, no había sido culpa suya.

Courtney se preguntaba cómo podía pagar el entrenamiento de Big Brutus, puesto que Lois cobraba bastante.

–¿Qué haces para ganarte la vida, Jack? –no creía en eso de que no había que preguntar cosas personales. Si no, ¿cómo se podía averiguar lo que interesaba saber?

–Era asesor financiero –dijo alegremente–. O si lo prefieres, un agente de bolsa. Ahora soy un caballero ocioso.

–¿Quieres decir que no tienes trabajo?

–¡Courtney! –interrumpió Lois–. ¡Por lo que más quieras!

–Está bien, Lois. De verdad que no me importa. Si por no tener trabajo quieres decir que no trabajo a sueldo, tienes toda la razón. Pero no estoy sin blanca, ni cobrando un subsidio. Soy lo que se

dice un hombre con independencia económica.

Lo cual quería decir que estaba buscando trabajo y gastando sus ahorros.

–¿Me perdonáis un momento? –interrumpió Lois–. Acabo de ver a los dueños del caballo mío que participa en la segunda carrera. Jack, querido, cuida de Courtney. Llévala dentro al bar que da a la pista. Consíguele una bebida. Ya os encontraré cuando acabe.

A Courtney no le disgustó quedarse sola con Jack, pero este parecía desconcertado.

–No te importa, ¿verdad? –le preguntó ella.

Él se repuso.

–¿Por qué iba a importarme?

–Quizá quieres ir a apostar en la primera carrera. O a lo mejor tienes otros amigos que quieres ver.

–No, en absoluto.

–¿Y qué hay del copropietario de Big Brutus?

–Está en Bolivia. Ahora soy el único dueño.

–No me di cuenta de que Lois quería decir ese socio. No estaba prestando la debida atención –Courtney había estado demasiado ocupada examinando a Jack–. Ser el único propietario de un caballo de carreras es muy caro. ¿Te lo puedes permitir?

–Después de hoy me lo podré permitir. Lois está segura de que Big Brutus saldrá ganador.

–Lois siempre piensa que sus caballos van a ganar. En especial, cuando hay en juego un trofeo o un buen premio.

Jack sonrió con desgana.

–Siempre lo cree, ¿no?

–Sí, y acierta muchas veces. Le encantan los trofeos. Mi madre pensaba que Lois es maravillosa.

–¿Pensaba?

Courtney tragó saliva.

–Mi madre falleció hace poco –todavía estaba muy afectada, pero ya conseguía que no se le saltaran las lágrimas.

–Lo siento mucho –dijo Jack con dulzura–. ¿Estaba enferma? No debía ser muy mayor, a menos que tú seas la más joven de la familia.

–En realidad era bastante mayor. Tenía setenta años. Yo soy su única hija. Nací cuando ella tenía cuarenta y cinco años.

–¡Caramba! ¿Y tu padre?–Mi padre no forma parte de mi vida –le contestó con indiferencia–. Nunca lo conocí, y mamá nunca habló de él, excepto para criticarlo. Según las habladurías era gitano y mucho más joven que ella. Un seductor.

–Claro. Las habladurías nunca dejan que la verdad estropee una buena historia. Es posible que fuera un buen hombre.

Courtney lo dudaba. Un buen hombre no habría amargado tanto a su madre. Pero ella no había sentido su ausencia. Más bien había disfrutado de no tener a un hombre controlando su educación. La gente decía que la había dejado crecer sin educarla. No era cierto. Había nacido rebelde.

–Dejemos los temas tristes –dijo Jack agarrándola por el brazo. Vayamos a buscar esa bebida.

–Sí, vayamos –aceptó Courtney, encantada por tener la compañía de un hombre tan estimulante.

La llevó a una mesa desde la que se veía muy bien la pista. Mientras él iba a buscar las bebidas, ella no le quitó los ojos de encima.

–¿Vas a volver al negocio de las inversiones? –preguntó en cuanto él regresó con dos copas de champán.

–Es posible.

–Puede que pronto necesite un agente de inversiones –dijo Courtney.

–¿Y eso por qué? –le replicó Jack.

–Para que me encuentre un socio capitalista para mis cuadras. No es que me guste la idea, pero lo necesito.

–¿Tienes problemas de dinero?

–¿Que si tengo problemas de dinero?

–Cuéntamelo.

Courtney no veía ninguna razón para no contárselo. Si Lois no encontraba a nadie, podría llamarlo. Veía en sus ojos que estaba interesado.

Se lo dijo todo. Todos los errores de su madre, y las desgracias de años pasados. Incluso la cantidad que debía y la que necesitaba.

–Lois cree que, entre sus clientes ricos, podrá encontrar al ricachón adecuado –continuó–. Y conociéndola, es muy posible que lo encuentre. Pero no estoy segura de que sea una buena idea tener un socio al que le gusten las carreras y que tenga ilusión por

dedicarse a la cría. Preferiría a alguien que solo lo vea como una inversión.

–Me parece justo. ¿Se lo has dicho a Lois?

–No. No lo había pensado hasta ahora. Es difícil pensar cuando estás desesperada.

–Nunca lo estés, Courtney. Estar desesperada solo lleva al desastre. La gente lo nota y se aprovecha. Mantén siempre la calma y no muestres temor. Estoy seguro de que lo harás bien.

Courtney quedó impresionada. Era el tipo de consejo que su madre le habría dado.

–Tienes razón –le contestó–. No hay necesidad de sentir pánico. El banco no ha ejecutado aún la deuda. ¿Qué sugieres que haga?

–Que te tomes el tiempo necesario para encontrar a un buen socio. Si el banco no te ha enviado ningún aviso ni cartas amenazadoras, no hay razón para preocuparse. No te precipites. Busca bien. Yo puedo darte el nombre de algunos asesores de inversiones muy buenos, aquí en Sidney. Puedes llamar o ir a verlos.

–¿Cuánto tiempo llevará?

–¿Cuánto tiempo tienes?

–Tengo que volver a Crosswinds lo antes posible. Es la época en que paren las yeguas y no tengo casi personal. Mi contable dice que esto es mucho más importante, pero él no entiende de este negocio.

–Se necesitará al menos una semana para concertar las citas y hacer las visitas –dijo Jack.

–¿Tú me ayudarías? Quiero decir… una presentación en persona sería mejor que llamarlos sin conocerlos de nada –él hizo un gesto de sorpresa–. Creía que eras un caballero ocioso –añadió Courtney coqueteando…

Jack sonrió.

–Eres muy atrevida, señorita Cross. ¿No te lo ha dicho nadie?

–Varias personas.

–No me sorprende. Pero bueno, supongo que podría emplear mi tiempo de peor forma que en acompañar a una bella jovencita por toda la ciudad. ¿Es esta tu primera visita a Sidney?

–No, que va. He venido muchas veces pero, a decir verdad, siempre estoy contenta de volver a Crosswinds.

–¿No te gusta la ciudad?

–No puedo decir que sí. No es siempre lo que parece.

–Tan joven y ya tan cínica.

–¿Hay alguna edad apropiada para detectar la hipocresía?

–Supongo que no –Jack se quedó mirando su copa durante unos instantes. Abrió la boca para decir algo, pero no dijo nada. Sus ojos azules se tornaron fríos como el hielo mientras fijaba la mirada detrás de Courtney.

Ella tuvo la intuición de que solo una persona podía causarle esa reacción. Katrina, la traidora, quien lo había abandonado y se había casado con otro y de la cual, según Lois, seguía enamorado.

Sin embargo, el brillo en los ojos de Jack no era de amor. Era más bien de odio. Odio y sed de venganza.

Capítulo 3

Courtney se preguntaba qué tipo de mujer podía inspirar tales emociones en un hombre como Jack Falconer.

Si Courtney hubiera estado sola, se habría dado la vuelta y la habría mirado. Pero tenía que ser más sutil.

–Necesito ir al lavabo –improvisó–. No tardaré –dijo, volviéndose y simulando buscar el tocador de señoras, aunque en realidad dirigía su mirada en la misma dirección que la de Jack.

Allí estaba, cerca de la barra, agarrada al brazo de un hombre barrigudo de pelo blanco.

Courtney no tuvo la menor duda de que era Katrina.

Lois le había dicho que en cuanto la viera entendería por qué Jack estaba tan obsesionado. Lo entendió de inmediato.

Katrina tenía la estatura, la silueta, la cara, el cabello y, desde luego, la ropa de una super modelo.

Llevaba un elegante vestido de lana entallado que revelaba todas sus curvas y el pelo recogido de forma que realzaba la belleza de su cara. Lucía pendientes de oro y brillantes. Tenía el cuello largo y un escote impresionante.

Courtney no pudo distinguir el color de sus ojos, pero sí el rojo sangre de sus labios.

«La sangre de Jack», pensó furiosa.

Al ver al hombre por el que había abandonado a Jack, no le cupo la menor duda de que se había casado por dinero.

–El tocador de señoras está por ahí –le dijo Jack en un tono controlado, aunque sus ojos delataban otras emociones.

–¿Dónde? –replicó Courtney.

Él señaló hacia un rincón lejano.

Courtney vio que había dos caminos. Para ir tomó el directo, por entre las mesas, y de regreso, dio un rodeo pasando junto al bar. Allí estaba la malvada, agarrada al brazo de su marido y escuchando como embelesada todas sus palabras.

–Hola Katrina –le susurró Courtney al pasar. Katrina la miró

sorprendida y la siguió con la mirada.

Courtney volvió a la mesa mirando a Jack con una sonrisa cautivadora que Jack correspondió.

–Qué rápida has sido –le dijo.

–No tuve que retocar mi maquillaje, ni peinarme.

–No lo necesitas. Estás muy bien –le dijo después de mirarla con detenimiento.

–Tú también estás muy bien.

Él se rio dirigiéndole una mirada cálida y divertida.

–Eres una chica muy singular, ¿lo sabías?

–Sí.

Jack volvió a reírse.

–¿Tu madre no te enseñó a tener algo de modestia?

–Por supuesto que no. Me enseñó a decir siempre lo que pienso y a hacer lo que quiero.

–Él arqueó las cejas asombrado.

–Una madre muy poco convencional, por lo que parece.

–Lo era.

–Deberías contarme más cosas sobre ella. Y sobre ti. Pero antes, tomemos otra…

La mirada de Jack se congeló, y Courtney sabía muy bien por qué. Al saludar a Katrina había contado con que ella no resistiría la tentación de mirar hacia donde iba, y que el ver a su ex marido, aparentemente feliz con otra mujer mucho más joven, le daría mucha rabia. Y darle rabia era lo que Courtney quería.

–Jack –susurró con dulzura una voz que no podía ser de nadie más que de la malvada en persona–, no esperaba verte aquí hoy.

Estaba sin el marido.

Jack le sonrió de una manera que hacía temblar. Courtney pensó que era un hombre que no olvidaba, ni perdonaba.

–¿Por qué no iba a venir, Katrina? –contestó, apoyando su ancha espalda contra el respaldo de la silla–. Hoy va a ganar Big Brutus y yo voy a estar aquí para recibir el trofeo, junto con Courtney.

Los verdes ojos de Katrina se fijaron en la chica.

–Lo siento –dijo con una dulzura cáustica–. Me saludaste al pasar, pero no acierto a saber quien eres.

–Es que, en realidad, no me conoces –replicó Courtney–. Pero Jack me ha hablado tanto de ti, que tengo la impresión de que sí te

conozco.

–¿Ah sí? –dijo Katrina con frialdad.

–No queríamos tener secretos entre nosotros ¿verdad Jack? –dijo Courtney sonriéndole a Jack y esperando que aceptara su bravata.

–Qué bien –consiguió replicar Katrina entre dientes–. ¿Cuánto tiempo hace que salís juntos?

–No estoy segura –contestó Courtney–. No lo he estado contando. ¿Cuánto tiempo hace, cariño? –esperaba que Jack le siguiera la corriente.

–Vete a saber, corazón. Yo tampoco lo he estado contando. Solo sé que ha sido una experiencia maravillosa.

Courtney podía sentir la hostilidad de la mujer.

–¿Es un poco joven para ti, no crees, Jack? –Katrina casi mordía.

Jack la miró con indiferencia.

«¡Qué hombre!», pensó Courtney. «Sutil y refinado, pero con aspecto muy viril. ¡Qué combinación tan interesante!»

–A mí me parece que tiene la edad perfecta –rebatió Jack con frialdad–. Sin embargo, no puedo decir lo mismo del viejo George. Supongo que solo le quedan unos pocos años. Mira, Katrina, me encantaría seguir charlando, pero los caballos ya están en la barrera de salida. Seguro que luego nos volveremos a ver, cuando Big Brutus gane su carrera, puesto que George es quien entrega el trofeo –y tomando los prismáticos, los enfocó hacia la pista.

Mientras se alejaba, Katrina le lanzó a Courtney una mirada de puro odio.

–Ya se fue –susurró Courtney, con cara de satisfacción.

–No estoy seguro de si debía de estar enfadado contigo o agradecido –murmuró Jack secamente, sin apartar los prismáticos de la carrera.

–Preferiría que estuvieras agradecido.

–Supongo que Lois te contó lo de Katrina.

–Solo lo esencial. Le pregunté si eras rico y me dijo que habías tenido problemas económicos, y mencionó que Katrina te había dejado por George.

–Ya veo. Eso lo explica todo –y no dijo más, concentrándose en la carrera de caballos.

Por primera vez en su vida, Courtney no se centraba en los caballos. Había dos cosas que la extrañaban. Podía entender por qué

Jack no conseguía superar lo de Katrina. Era preciosa y, al fin y al cabo, era ella quien lo había abandonado. Además, seguro que también era ardorosa en la cama.

Pero los celos de Katrina al ver a Jack con otra mujer eran exagerados. ¿Qué es lo que esperaba? ¿Que un hombre como Jack nunca pusiera los ojos en otra mujer? ¿Creía acaso que era irremplazable en la vida de Jack y que su traición haría que él se volviera un amargado?

Parecía ser cierto que Jack no se había fijado aún en nadie. Había ido solo a las carreras. Y Courtney era solamente una novia ficticia.

–Estás mejor sin ella, ¿sabes? –le anunció– si no te amaba siendo pobre es que no te amaba.

Jack bajó los prismáticos y la miró con dureza.

–Sé que tenías buenas intenciones al hacer lo que hiciste, Courtney, y te lo agradezco. Pero no sabes de lo que estás hablando en lo que nos concierne a Katrina y a mí. Tampoco Lois lo entiende. Ella… hablando del diablo… ahí viene. Por lo que más quieras, no le cuentes nada de lo que ha pasado. Y ya puedes dejar el papel de novia embelesada, Katrina y su marido ya se han ido.

Courtney hizo una mueca.

–Lástima. Me lo estaba pasando muy bien. ¿Y qué tengo que hacer cuando gane Big Brutus? ¿Vuelvo a actuar, al menos para la entrega?

–Vamos a esperar hasta que gane –respondió Jack secamente–. Hola Lois. ¿Es hora de una copa de champán?

Capítulo 4

Tú qué crees, Courtney, ganará Big Brutus? –preguntó Jack, minutos antes de la carrera principal, mientras observaban cómo Lois daba las últimas instrucciones a los jinetes– Tú eres la experta en caballos, ¿qué opinas?

Courtney estaba impresionada por el aspecto de Big Brutus que era todo músculo y empezaba a parecer un verdadero pura sangre. Hilary, que había sido una verdadera entendida en caballos, siempre había confiado en Big Brutus.

–Hoy tiene un aspecto estupendo –contestó–. Vale la pena apostar. Iba doce a uno.

–Mmm –Jack sacó su cartera– ¿Apuesto por él solo?

–Eso es cosa de viejas –le dijo burlona–. Mejor apuesta por dos, es mejor que arriesgar tu dinero con uno.

–De acuerdo, así lo haré. Quédate aquí, enseguida regreso.

Courtney vio cómo Jack contaba unos cuantos billetes mientras se alejaba. Esperaba que no arriesgara mucho dinero por Big Brutus porque seguramente no podía permitírselo. Además, ella tampoco era tan buena en sus predicciones. No le gustaba mucho apostar y cuando corrían caballos criados en Crosswinds, sentía la misma emoción al verlos tanto si apostaba como si no. Y si los veía ganar, su emoción era total.

Si su madre hubiera estado allí… Miró hacia arriba y murmuró:

–Mamá, si estás mirando desde el cielo, pide un poco de ayuda para que gane Big Brutus, ya sabes que nunca ha pasado del segundo puesto.

De repente, pensó en la realidad del pasado de Big Brutus. Lois no tenía derecho a alentar así las esperanzas de la gente.

Cuando Jack regresó y subieron a las gradas, el precio de Big Brutus había bajado a seis a uno

–¡Cielos! ¿Cuánto dinero has apostado? –le preguntó mientras se aproximaban a un lugar cerca de la meta.

–Nada que no me pueda permitir.

–Vale. ¿Y si Big Brutus no gana? Ya te veo el lunes haciendo cola para el subsidio de desempleo.

–Pero tú dijiste que ganaría…

–Yo no dije eso –protestó Courtney–. Solo dije que tenía muy buen aspecto. Si quieres perder el resto de tus ahorros en una estúpida carrera de caballos, es tu problema. Yo no te he obligado.

–Cierto –le replicó sonriendo.

Irritada, Courtney pensó que Jack no seguiría tan sonriente cuando viera correr a Big Brutus. ¡Hombres, idiotas egocéntricos!

–¡Ya salen! –exclamó con todos los músculos de su cuerpo en tensión.

No era una pista muy grande. Solo tenía diez carriles. Y Big Brutus iba casi en la cola. Courtney estaba angustiada. Big Brutus era un caballo de resistencia, ¡pero siempre resistía en la cola!

A la mitad de la carrera, aún estaba en la cola. En la recta, los otros caballos galopaban y empezaban a cansarse.

–¡Muévete pedazo de bruto! –le gritó Courtney.

–¿Le hablas así al caballo o al jinete? –preguntó Jack con ironía.

Ella le echó una mirada furibunda, advirtiéndole que no se hiciera el gracioso.

Pero él ya no la miraba. Sus ojos estaban pegados a los prismáticos.

–¡Llévalo más cerca! –gritó Courtney, desde las gradas, con las manos alrededor de la boca para ampliar el sonido.

–Ahora está claro que estás aconsejando al jinete –murmuró Jack.

–Es tu dinero el que se va por el desagüe –le replicó contrariada, y al oírla, Jack también comenzó a gritar.

De pronto se callaron al ver que Big Brutus llegaba a la recta y su galope se alargaba. Solo quedaba la recta final y empezó a pasar a los caballos que iban en cabeza.

–¡El pedazo de bruto va a ganar! –dijo Jack asombrado–. ¡Lois tenía razón!

Sus palabras sacaron a Courtney de su estado de shock y empezó a saltar de alegría.

–¡Corre, chico, corre! –parecía la fan de un grupo de rock–. ¡Corre! ¡Corre! –Big Brutus siguió todo recto y al llegar a la meta estiró la cabeza como hacen todos los buenos caballos de carrera.

Courtney se abrazó a Jack.

–¡Ha ganado! –gritó–. ¡Ha ganado!

–¡Desde luego! –le contestó Jack sonriendo y sin hacer ningún esfuerzo por desprenderla.

–Habrás ganado un buen pico –dijo Courtney, contenta por él.

–Más de un buen pico. El cajero es quien va a ir a la cola del subsidio, cuando me pague, te lo aseguro.

–¡Fantástico! Lois, ¿has oído? Jack ganó un montón apostando por Big Brutus.

Lois no había oído nada pues estaba muy ocupada abrazando a todos los que estaban a su alcance. De repente, Courtney pensó que Katrina estaría por allí viéndolo todo y se abalanzó sobre Jack y lo besó en la boca.

Durante unos segundos creyó que él la rechazaría.

Pero hizo todo lo contrario. La apretó contra su pecho y la besó con mucha pasión. La besó hasta que la cabeza le dio vueltas y solo sentía los labios de él acariciando los suyos, su lengua dentro de la boca y sus manos ardiendo a través de su ropa.

Y entonces…, entonces la apartó.

Ella tomó aliento y lo miró perpleja. Jack rio con dulzura y la volvió a estrechar contra sí. Ella no se resistía. No podía resistirse.

–Ten cuidado con lo que empiezas a desear, Courtney Cross –le susurró al oído–, o puede que lo recibas.

Un golpecito de Lois en el hombro hizo que volviera a soltar a Courtney.

–Siento interrumpiros, chicos –dijo, mirando a Courtney con las cejas arqueadas–, pero es hora de ir a recibir a Big Brutus. ¿Quieres hacer tú los honores, Courtney?

Courtney volvió a la realidad y felicitó a Lois por el magnífico entrenamiento que le había dado a Big Brutus. También se dio cuenta de que había estado durante unos minutos a merced de Jack. Y Jack lo había notado.

No le gustaba estar a merced de nadie. Quería tener bajo control los hilos de todos los aspectos de su vida, y eso incluía su vida amorosa.

–¿Te das cuenta de que ahora puedes optar a la copa de Melbourne? –recalcó Lois mientras los tres bajaban a la pista.

¡La Copa de Melbourne! Eso era mucho optimismo. Después de

ese día Courtney confiaba más en el juicio de Lois, pero la Copa de Melbourne era la carrera de dos millas más importante de Australia.

–¿Lo has inscrito? –preguntó Courtney.

–Lo hizo tu madre.

–Típico de ella.

–Tu madre sabía lo que hacía, Courtney. El caballo tiene buenas posibilidades. Es una carrera con ventaja. Big Brutus irá con un jinete muy ligero. Claro que tendrá que ganar primero una de las carreras de preselección, para tener un buen comienzo. Y eso será fácil después de lo de hoy.

–Por favor, no digas eso delante de Jack –exclamó Courtney–, o apostará por Big Brutus como favorito. Incluso se le puede ocurrir apostar por adelantado.

Faltaban aún tres meses para la carrera y podían ocurrir mil cosas.

Luego vendría la carrera. Veinte participantes de entre los mejores del mundo para disputarse el mayor premio de Australia. Todos los dueños gritando y los jinetes arriesgando más que nunca.

–Dile a Jack que no malgaste sus ganancias, Lois –sugirió Courtney con firmeza–. Dile que espere a ver cómo van saliendo las cosas.

–Mientras Jack esté pagando el entrenamiento de Big Brutus, le diré siempre lo que pienso. Big Brutus tiene buenas posibilidades en la Copa, Jack. No te equivoques. Yo haré lo posible para que gane. Tu dinero no estará en mejor sitio que sobre el lomo de un animal tan noble.

Estaban bajando de las gradas cuando un periodista atrapó a Lois para hacerle una entrevista en directo para la televisión.

Courtney se apresuró a conducir a Big Brutus al cajón de salida número uno, acariciándole el cuello y diciéndole lo buen caballo que era, antes de felicitar al jinete por su paciencia en la brillante carrera.

–Solo seguía instrucciones –dijo el jinete–. Podía haberme caído cuando despegó como lo hizo. Nunca lo había hecho. Ahora que ha empezado, creo que el chicarrón hará cosas mejores. Tendré mucho gusto en montarlo otra vez en cualquier carrera.

–¿Qué te decía el jinete? –le preguntó Jack cuando volvió a su lado.

–Que quiere montar a Big Brutus en cualquier carrera.

–¿Y tú qué crees?

–Yo creo que besas muy bien –no podía dejar que creyera que la había deslumbrado.

–Eres incorregible, ¿lo sabes? –le contestó riendo.

–Agnes me dice lo mismo cada día.

–¿Quién es Agnes?

–Es el ama de llaves de Crosswinds. También es la comadrona que me trajo al mundo. La contrató mi madre cuando quedó embarazada porque no quería que la atendiera ningún hombre. Agnes también ayudó a educarme, pero se dio por vencida cuando yo tenía siete años. Dicen que es la edad de la razón, pero Agnes dice que es cuando yo dejé de ser razonable.

–Qué mujer tan perceptiva…

–¿En serio?

–Lo cierto es que tú adoleces de falta de disciplina y de autocontrol. Un día alguien tendrá que meterte en cintura.

–Mmm, qué malo eres. ¿Quieres hacer de voluntario?

–Creía que ya te había advertido que no fueras provocando.

–Era tu lengua la que me llegaba a la garganta –lo desafió– y no la mía.

–¿Y no te gustaba?

–¿Es acaso un delito?

–No. Es una tentación terrible –refunfuñó.

–Deja de refunfuñar. Superarpía se acerca al lugar de los premios.

–¿Superarpía? –Jack casi se ahoga.

–Sí –Courtney le sonrió con picardía–. ¿No es un buen nombre para ella?

Jack se rio con amargura.

–Podría ser. Pero también podría decirse que cierta señorita Cross está en segundo lugar en la carrera de superarpías.

Courtney parpadeó, simulando timidez.

–¿Quién, yo? Yo solo soy una pobre chica de campo tratando de mantener la cabeza en compañía de un guapísimo conquistador de ciudad.

–¿A quién crees que engañas, cariño? Podrías comerte al conquistador de ciudad en el desayuno, escupirlo a la hora del

almuerzo y marcharte de la ciudad montada en tu caballo sin volver la vista atrás.

–¿Tú crees?

–Estoy seguro, cariño. Siempre me han atraído las mujeres independientes y con mucha voluntad que tienen la piel tan dura como los elefantes, o sea que no me des jabón. No funciona. Ahora, pon tu sonrisa de supersirena y vayamos juntos al encuentro de Superarpía.

Jack la agarró por la cintura y la condujo a la tribuna de los socios donde estaban preparando la entrega de premios. En una mesa, había tres magníficos trofeos de plata y cristal. El más grande para los propietarios, y dos más pequeños para el entrenador y para el jinete.

Actuar como novia de Jack ya no le pareció tan divertido. Sentía el férreo brazo de Jack alrededor de su cintura sujetándola apretada contra sí. Admirar su cuerpo varonil desde lejos era distinto que notarlo pegado a ella.

Tenía los muslos largos y el torso grande y fuerte. Los brazos, duros y musculosos y los dedos, largos y acerados. Con la mano, le daba golpecitos en la cadera.

Cada golpecito le producía como chispas eléctricas por todo el cuerpo, alterándole la sangre. Estaba preocupada por la facilidad con la que Jack la enardecía. Ni siquiera la estaba besando. Jack le hacía sentir cosas que ningún hombre le había hecho sentir, y no estaba segura de que le gustara.

A lo mejor se habría despegado de él, si Katrina no estuviera mirándolos. Pero ver sus ojos verdes, llenos de celos, hizo que permaneciera inmóvil y sonriera embobada cada vez que Jack le sonreía con adoración.

En cuanto terminó la ceremonia, se retiró al tocador más cercano. Necesitaba estar a solas unos minutos para pensar.

De repente, se encontró con que Katrina estaba allí esperándola. No había nadie más en el tocador.

–Solo quería que supieras alguna de las realidades de la vida, señorita engreída –dijo Katrina con voz furiosa–. Jack Falconer no te ama y nunca te amará. Así que cuando estés gimiendo entre sus brazos y pensando en lo bueno que es en la cama, recuerda que cuando te hace el amor, está pensando en mí. No en ti, sino en mí,

Katrina, el amor de su vida.

Courtney la miró asombrada. O bien, la mujer estaba completamente loca, o decía la verdad.

Courtney hizo lo único que podía hacer: atacar.

–¡Hola! ¿Y de qué planeta vienes, señorita ilusa? ¿El amor de su vida? ¡Qué risa! Jack solo siente desprecio por ti. Perteneces al pasado. O sea que vete de aquí y vuelve con tu anciano marido. Y cuando esta noche estés en sus cansados brazos, piensa que Jack no estará pensando en ti. Ningún hombre piensa en nadie más que en mí cuando hago el amor, querida. Yo me ocupo de que sea así.

–No soy yo la ilusa –respondió Katrina–. Sin duda Jack te ha contado una sarta de mentiras. Pero, créeme, Jack aún está loco por mí. Tú eres solo una suplente, un número, una sustituta de segunda categoría. Volverá conmigo en cuanto yo me lo proponga.

–Demuéstralo –la retó Courtney cada vez más furiosa–. Ve ahí fuera y recupéralo. Ahora mismo. Te desafío a que lo intentes.

–Muy bien. Supongo que lo verás esta noche, puesto que sois tan inseparables.

–Naturalmente.

–Pondrá alguna excusa para no verte.

–¿Por qué?

–Porque estará conmigo.

–No te creo.

–Ya lo verás –dijo con una sonrisa llena de maldad, mientras se marchaba.

Courtney permaneció en el tocador, muy alterada. Su instinto de supervivencia le decía que debía cortar toda relación con Jack Falconer. Él era un problema, un gran problema, y ella no necesitaba tener más de los que ya tenía.

Pero aquella criatura detestable había dicho que era de segunda categoría. Y no lo era. Su habilidad en la cama había enloquecido a más de un hombre, pero en ese momento, la que peligraba enloquecer era ella.

Su madre se lo había advertido: algunos hombres tenían el poder de convertir a mujeres inteligentes en puras idiotas.

Courtney apreciaba el consejo. No solo porque su padre había seducido a su madre sin esfuerzo, sino porque había visto muchos casos de chicas juiciosas que habían quedado encinta embaucadas

por algún seductor poco recomendable.

¿Por qué?

La excusa que daban todas era que se habían enamorado. Hilary, al menos, sabía bien lo que la había llevado a la cama de su amante gitano. Puro deseo.

Courtney sabía lo que era el deseo normal y siempre había podido controlarlo. Jack estaba equivocado: ella sí tenía disciplina y autocontrol, y más en lo que se refería a su vida sexual. Las relaciones con los hombres nunca se le habían ido de las manos.

Pero lo que sentía era algo diferente, emocionante e increíblemente seductor. ¿Qué se sentiría al rendirse por completo ante un hombre, por una vez?

Sin duda, podría afrontar una noche de pasión desenfrenada.

Dejó de lavarse las manos y se miró en el espejo. Tenía las mejillas un poco sonrojadas, pero al fin y al cabo ¡acababa de tener un encontronazo con la Superarpía! No iba a permitir que esa bruja arrogante volviera a clavar sus garras en Jack. ¡De ninguna manera!

Con esa determinación, Courtney se dio media vuelta y salió deliberadamente a buscar el peligro.

Capítulo 5

Cuando Courtney volvió a la pista, Katrina ya tenía a Jack acorralado y le susurraba algo desesperadamente.

La cara de Jack era inescrutable, pero la de Katrina estaba muy animada. Podría decirse que casi angustiada.

Courtney no sabía si eso era una buena señal. En realidad, Jack no estaba participando, pero tampoco se apartaba, ni le decía que se marchara. Escuchaba atentamente.

Por otra parte, el marido de Katrina conversaba con un miembro del comité, totalmente ajeno a los intentos que su querida esposa hacía por seducir a Jack delante de sus propias narices.

Al ver que Courtney se acercaba, Katrina dejó de hablar y se acercó a su marido.

–¿Qué quería? –exigió Courtney.

–¿Qué? –Jack estaba perplejo–. No se hacen preguntas sobre las conversaciones privadas de la gente.

–¿Por qué no?

–Porque es de mala educación.

–Pues ella es maleducada. Fue muy maleducada conmigo hace un momento cuando estaba en el tocador. Me llamó un número y sustituta de segunda categoría. Alegaba que tú estabas aún enamorado de ella y que podía recuperarte en un segundo.

–Ya veo –respondió él con frialdad.

–¿Podría recuperarte, Jack?

–Nunca, ni en un millón de años.

–Eso es lo que le contesté. Le dije que pertenecía al pasado y que solo sentías desprecio por ella.

–¡Bien! –sonrió con satisfacción.

Courtney también sonrió.

–Como ya te dije, estás mejor sin ella.

Jack no contestó mientras miraba con frialdad cómo se alejaba el matrimonio Axelrod.

Courtney deseó con todo su corazón que él pudiera olvidar a

Katrina para siempre y le agarró la mano.

–Jack… –le susurró.

Él la miró por unos segundos con una mirada fría y vacía. «Todavía la quiere», pensó Courtney. Pero poco después él agarró su mano, enlazando los dedos y apretándola.

–¿Que vas a hacer mañana? –preguntó Jack con dulzura.

–¿Qué vas a hacer esta noche? –contraatacó Courtney.

–Lo siento, ya tengo otros planes para esta noche.

El corazón de Courtney se detuvo por el pánico.

–¿Qué vas a hacer? –le preguntó acusadora

–No lo que tú crees –su sonrisa era irónica–. Tengo asuntos de negocios que atender.

–¿Un sábado por la noche?

–Sí.

–¿No me vas a contar nada más, verdad?

–No.

–Eso es cruel. Me muero de curiosidad.

Él sonrió.

–¿Y me vas a mortificar hasta que te lo diga?

–Sí.

–La cosa es, señorita Cross –le dijo levantándole la mano para besársela–, que creo que conozco al hombre perfecto para ser tu socio, pero primero tengo que comprobar algunas cosas.

Courtney parpadeó sorprendida.

–¿Lo dices en serio?

–¿Crees que acaso te mentiría?

Courtney retiró la mano de la de él. Aunque Jack era un hombre muy atractivo y no podía esperar a constatar si su rendimiento en la cama hacía honor a su fama, encontrar un socio para Crosswinds era prioritario.

–¿Quién es? –le preguntó–. Recuerda que no quiero a nadie que intente interferir conmigo en la dirección de Crosswinds.

–Es un tipo que no tendrá ningún interés en interferir.

–Entonces, dime quién es. ¿Cómo se llama?

–No puedo decírtelo aún.

–¿Por qué no? ¿Por qué es tan secreto?

–No es tan secreto. Únicamente discreción hacia un cliente. Entre tanto no dejes que Lois vaya a la caza de nadie más. Dale a mi

cliente la primera posibilidad.

–De acuerdo. Como ya te dije, no quiero a nadie que esté loco por los caballos, aunque sea un millonario. Lo que quiero es un socio de ciudad, con más dinero que sentido común, que no se interese para nada en la cría de caballos.

Jack sonrió.

–Eso es exactamente lo que tendrás.

Courtney no podía creer en tanta suerte. Todos sus problemas se solucionarían a la vez. Sus deudas y su turbador deseo por ese hombre.

¿Si se quedaba en Sidney toda una semana, podría limitar su relación con Jack a una sola vez? Jack era el tipo de hombre que no la dejaría llevar las riendas. Si tenía tanta pasión como amante, como cuando besaba, sería él quien mandara y quien decidiría cuándo terminar.

Courtney quería probar a hacer el amor con un hombre dominante y exigente. Pero no quería hacerse adicta a él. Estaba segura de que Jack intentaría seducirla al día siguiente, pero después ella se marcharía y no volvería a verlo. No sería necesario ningún contacto personal, pues Bill podría encargarse de los detalles.

–Espera a que se lo cuente a Lois –le dijo radiante–. Va a ponerse tan contenta…

–¿Que me cuentes qué?

Cuando Courtney se volvió, allí estaba Lois, feliz con el trofeo.

–Jack cree que conoce al idiota perfecto para salvar Crosswinds.

–El socio perfecto –corrigió Jack muy seco–, no el idiota.

–Un socio capitalista –replicó Courtney– que abra la cartera, pero no la boca. ¿Verdad Jack?

–No exactamente. No es ningún tonto, Courtney. Querrá saber en lo que se mete. Después de una mala experiencia reciente, querrá que yo vaya a Crosswinds y lo compruebe todo. Hay subvenciones para invertir en la cría de caballos, pero tengo que asegurarle a mi cliente que Crosswinds funciona, y que va a sacarle un buen rendimiento a su dinero.

–¿Cuánto tiempo tendrás que quedarte?

–Necesitaré unos cuantos días para estar completamente satisfecho. Dijiste que era un negocio grande, o sea que necesitaré

hablar con tu contable y ver los libros. Si tú no tienes nada más que hacer en Sidney, podríamos ir mañana en mi coche.

–Bu… Bueno, yo…

A Courtney no se le trababa la lengua con facilidad, pero la propuesta de Jack invalidaba su plan de tener un romance con él sin involucrar sus emociones ni volverse adicta a él. Su plan ya no servía. No podía invitar a Jack a su dormitorio de Crosswinds sin que se enteraran sus empleados. Ya era bastante difícil que le tuvieran respeto como jefe, siendo mujer, atractiva y joven. Sería imposible si creyeran que podían aspirar a acostarse con ella.

Courtney no había tenido relaciones con ninguno de los hombres que trabajaban en Crosswinds. Excepto su primera vez, con Larry. Pero Larry se había marchado al día siguiente, y además, entonces ella no era la dueña.

–Creía que ya no te dedicabas a las inversiones, Jack –observó Lois.

Lois intuía que algo pasaba entre los dos. No estaba ciega. Había visto el beso que se habían dado. Un beso con la boca abierta, lleno de pasión.

Era obvio que Jack pensaba en algo más que en encontrarle un socio a Courtney. Su intención de quedarse en Crosswinds hasta estar completamente satisfecho tenía un doble sentido.

–El posible socio es un amigo mío –intentó explicar Jack, mientras Lois intuía que había algo raro. Esperaba que fuera cierto lo del posible socio y que todo no fuera un plan de venganza sobre Katrina. Le parecía mucha coincidencia que su pasión por Courtney hubiera surgido justo el día en que Katrina había estado allí.

–¿Y por qué no quiere que se sepa quién es? –lo retó, llena de escepticismo.

–Le gusta tener las cartas claras. Se dará a conocer en cuanto decida seguir adelante con la inversión. Os doy mi palabra.

–Menos mal –dijo Lois.

Lois no creía que Jack fuera a estafar a Courtney. Pero en cuanto a sus relaciones personales, suponía que Courtney sabía cuidar de sí misma. Hilary había odiado a los hombres, y se decía que su hija la superaba con creces. Lois había sabido de algunos de sus romances. Quizá por quien tenía que preocuparse era por Jack.

Capítulo 6

El domingo amaneció claro y soleado. Courtney, como siempre, se despertó al salir el sol. Lois ya se había levantado y sus caballos estaban ya en las cuadras.

Había preparado el desayuno con huevos y tocino, tostadas y café y se lo sirvió a Courtney en la cocina de la espaciosa casa que había heredado, junto con los establos, de su padre.

Lois estaba entregada por completo a sus caballos. A los treinta años se divorció de un médico rico con quien su madre la había convencido de que se casara. Él ya tenía una casa en el puerto y dos coches y solo necesitaba mujer e hijos para que su estilo de vida fuera perfecto. Su vida con él fue solitaria y aburrida y además, no pudo tener hijos. Por eso, después del divorcio, se dedicó a los caballos. Eran como sus hijos y no podían hacer nada mal.

–¿Dormiste bien? –preguntó Lois después del café.

La chica tenía ojeras y parecía cansada, pero aún así, estaba hermosa.

–Muy bien –mintió Courtney. Había dado vueltas y vueltas en la cama pensando si Jack le habría mentido y estaba en esos momentos haciendo ardientemente el amor con la bella y desalmada Katrina.

Se debatía entre la furia y los celos. Pero sobre todo, no entendía cómo Jack había podido enamorarse de esa bruja interesada.

Que quizás era fabulosa en la cama… quizás incluso, perversa.

Courtney sabía que a los hombres le gustaban las mujeres perversas.

–¿Es por Jack, verdad? –preguntó Lois.

–¿Qué?

–Jack Falconer. Te gusta.

Courtney se encogió de hombros.

–¿Y a quién no?

–A mí. No es mi tipo en absoluto –Courtney puso cara de sorpresa y Lois continuó–. ¿Crees que yo no tengo vida amorosa?

–Nunca me lo había planteado.

–Es típico. Los jóvenes creéis que el sexo es solo para los jóvenes.

–No –contradijo Courtney–. Yo creía que estabas completamente entregada a los caballos y no querías ni necesitabas un hombre en tu vida. Mamá me dijo que estabas divorciada y yo saqué conclusiones. Erróneas, ya veo –añadió sintiendo una gran curiosidad por esa mujer que había estado en su vida durante años, pero que en realidad no conocía–. ¿Y cuál es tu tipo, Lois?

–Difícil de describir. Pero lo sé cuando lo veo. Que no sea muy alto, que tenga buen tipo, aunque no muy musculoso. De porte elegante y que sea buen jinete –sonrió con malicia–. Y con los ojos oscuros. Adoro los ojos oscuros.

–¿De qué edad?

–La edad no importa. He tenido amantes de veintitantos y de cincuenta.

–¿Y dónde los encuentras? –Courtney sabía lo difícil que era tener relaciones cuando se trabaja con caballos, siete días a la semana.

–Los contrato.

Courtney intentó disimular que estaba escandalizada.

–¿Los… los contratas? –dijo despacio– ¿Dónde? ¿En una agencia de acompañantes?

–No, por Dios –contestó Lois entre risas–. Quiero decir que los contrato para que trabajen en el rancho. Tú ya sabes con qué frecuencia se cambian los mozos de cuadra. Cuando entrevisto nuevo personal, si hay alguno que me gusta físicamente, lo contrato.

–Pues vaya… ¿Y siempre acepta alguno?

–Casi siempre. Después de todo, soy la jefa.

–¡Uf!

–¿Te escandalizas?

–Por supuesto que no. Pero… esos hombres ¿no lo cuentan?

Lois se encogió de hombros.

–Casi nunca, porque saben dónde están los garbanzos. Para serte sincera, prefiero una relación estable, pero no hay muchos hombres que puedan tolerar estar con una mujer fuerte como yo mucho tiempo.

–Ya entiendo.

–¿Y tú, Courtney? ¿Esperas casarte algún día?

–¡Nunca! –ella nunca había conocido a un solo hombre casado que no quisiera mandar sobre su mujer. Ni uno. Y eso no lo podría soportar.

–¿Y no quieres tener niños?

Courtney siempre había evitado pensar en eso.

–Es posible que tenga un hijo algún día. Alguien a quien dejarle Crosswinds. Pero para eso no hace falta casarse. No hay prisa, solo tengo veinticinco años.

–Cierto. Pero los años se escapan. No querrás despertarte un día y ver que es demasiado tarde.

El teléfono empezó a sonar.

–Perdona un momento. Será uno de los propietarios. El domingo es día de visita –Lois tomó el teléfono portátil y contestó con voz dulce–. Lois Wymouth al habla. ¡Pero si es Jack Falconer! ¡Qué madrugador! ¿Va a venir a la fiesta el socio misterioso? ¡Estupendo! ¿No? ¡Cuánto secreto! Está arriba… voy a buscarla –Lois tapó el teléfono con la mano–. Aquí tienes a tu socio… pero quiere mantener el secreto. ¿Quieres hablar desde un lugar más privado?

–Vamos, dame el teléfono, Lois. Nada de eso va a pasar entre Jack y yo ahora que voy a meterme en negocios con él. No hago como otras… No mezclo los negocios con el placer.

–¡Vaya! Habla el poder. ¿Pero podrás mantener tus buenos propósitos cuando tengas a Jack para ti sola en ese caserón tuyo día y noche durante varios días? No creo que pueda hacer de caballero tanto tiempo. No cuando te desea tanto como tú lo deseas a él. Y sé que te desea… tengo ojos para ver.

Courtney estaba preocupada por lo mismo.

–Haré que Biggs duerma en mi cama.

–¿Ese viejo zorro? Tu gato será mejor guardián que él.

–Quizás, pero Biggs parece más fiero.

–Acepta mi consejo y cómprate un buen lote de preservativos. No queremos un potrillo no deseado el año próximo, ¿verdad?

–¿Crees que dejaría que eso pasara? ¿No te parece que habré aprendido algo de la experiencia de mi madre? ¡Venga, dame el maldito teléfono! –Courtney tomó el teléfono y salió de la habitación–. ¿Jack? Lois me dijo que tenías buenas noticias para mí.

–Así es. Mi cliente está dispuesto a invertir en Crosswinds los cuatro millones que necesitas, siempre y cuando todo esté en perfecto orden.

–¿Qué quieres decir por perfecto orden? Ya te expliqué que las instalaciones están deterioradas. Por eso quería cuatro millones en lugar de tres.

–No me refiero a la apariencia. Hablo del terreno y de la calidad de los caballos. Sobre todo, las yeguas de cría y los sementales.

–Tenemos tres sementales, dos mayores, muy bien formados y uno joven en perspectiva.

–¿Goldplated?

–¿Cómo lo sabes?

–Lo investigué anoche. Está educado a la perfección. Tiene un hermano ganador y él también lo era, pero tuvo un accidente. Y su tasa de fertilidad en Victoria fue del cien por cien. ¿Pero, por qué lo vendieron?

–La respuesta es fácil. Los dueños de la cuadra pensaron que no era rentable tener dos sementales hermanos con la misma sangre.

–Lo vendieron a precio de saldo.

–Porque todavía representa un riesgo. Faltan aún dos años para que sus hijos puedan concursar.

–Espero que esté asegurado.

–¿Parezco idiota? –Courtney pensó en lo previsor que había sido Bill.

–Bien. Quiero saber, exactamente, cuántas yeguas va a cubrir esta temporada, cuánto cobras ahora por cada servicio y cuánto vas a cobrar en el futuro si su prole empieza a ganar carreras. Esta es una inversión a largo plazo y mi cliente quiere saber cuáles son sus perspectivas.

–¡Vaya si has investigado!

–Es increíble lo que se puede encontrar en internet.

–¿Es eso lo que estuviste haciendo anoche? ¿Aprendiendo sobre la cría de caballos?

–En parte.

Courtney frunció el ceño. A Jack le gustaba jugar.

–Sarah podrá decirte todas las cifras que quieras sobre nuestras yeguas y sementales Sarah es la jefa de oficina de Crosswinds desde hace años y sabe más datos que yo.

–¿Cuándo estarás lista para irnos? –preguntó Jack–. Propongo que salgamos a las diez. ¿Es demasiado pronto?

–Ya estoy lista –contestó riendo.

–Se ve que estoy acostumbrado a otro tipo de mujeres. Katrina necesitaba al menos un día de preaviso para ir a cualquier sitio.

–Hablando de Katrina –no pudo resistir la tentación de decirlo–, ¿apareció por casualidad en tu apartamento, anoche?

–No –contestó Jack sin dudarlo–. No apareció. ¿Contenta? –añadió divertido.

Courtney se dio cuenta de que había cometido un error si quería mantener las distancias.

–Solo quería asegurarme de que no estarás demasiado cansado para conducir todo el día –añadió cortante.

–Solo son seis horas si no paramos, pero pararemos.

–¿Y eso?

–Para comer. Llevaré un picnic –Courtney se imaginó tumbada junto a él sobre la hierba a la orilla de un riachuelo.

–No, no hagas eso.

–¿Por qué no?

–Es un viaje de negocios, Jack, no una excursión romántica. Lo siento si anoche te di una idea falsa. Admito que me siento muy atraída hacia ti, pero no mezclo los negocios con el placer.

–Eso es ser directa, ¿eh?

–Es mejor dejar las cosas claras. Evita problemas.

–¿A qué tipo de problemas te refieres?

–A tratar con hombres que creen que pueden dominarme en los negocios, solo porque me acuesto con ellos.

–¿Y ya te ha ocurrido alguna vez?

–En cierto modo.

–¿No te parece que todo el poder está de tu lado en este caso? –protestó Jack– Acostarte conmigo podría hacer que no viera los defectos de Crosswinds.

–No lo creo, ni por un momento.

–¿Por qué no?

–Porque un hombre que pagó las deudas de su socio sin tener que hacerlo, no va a engañar a su cliente.

–Siempre hay una primera vez.

–No Jack. Tú no.

–Yo no –repitió despacio–. No creo que sepas cómo soy de verdad, Courtney.

–Tengo bastante idea. Suelo saber juzgar el carácter de la gente. Confío en que no me lo pondrás difícil. Pero si sientes tentaciones, tengo a Biggs a mi lado.

–¿Quién diablos es Biggs? ¿Tu guardaespaldas?

–Mi perro guardián. Cruzado con perro pastor. Va conmigo a todas partes –exageraba algo porque Biggs se pasaba la mayor parte del día dormitando en el balancín del porche desde la última vez que había hecho la ronda del rancho en la camioneta de ella. En un frenazo salió volando por la ventanilla sobre una plasta de vaca, y eso era demasiado para su dignidad.

–Gracias por decírmelo –dijo Jack compungido.

–Creí que era mi deber avisarte.

–En ese caso, también debo avisarte yo.

–¿De qué? –Courtney se puso tensa.

–Que no soy muy bueno aceptando órdenes.

–¿Qué quieres decir?

–Solo eso. Te veré a las diez y llevaré un picnic.

Capítulo 7

Quieres conducir un poco? –Jack preguntó al cabo de una hora.

Courtney lo miró sorprendida. Ya la había sorprendido cuando llegó a buscarla en su deportivo descapotable rojo. Y cuando ella le preguntó como podía pagar el seguro de un coche así, él se encogió de hombros y dijo que lo había comprado para celebrar el nuevo milenio. Al fin y al cabo solo se vive una vez.

Así era como pensaba Courtney. Adoraba los deportivos y estaba segura de que le encantaría conducir uno.

–¿De verdad, me dejas? –preguntó emocionada.

Él ya había parado a un lado de la carretera y había salido del coche, dejando el motor en marcha.

Courtney no le quitaba la vista de encima. Parecía aún más atractivo en ropa de sport. Piernas largas, caderas estrechas y un trasero compacto, perfecto para lucir vaqueros. Además, tenía el pecho y los hombros muy fornidos.

–¿Qué haces ahí sentada todavía? ¡Venga, a conducir!

Courtney saltó del coche y dio la vuelta antes de que cambiara de opinión, pensando que ya que no podría disfrutar de su cuerpo, disfrutaría de su coche.

–No olvides que el límite de velocidad en esta carretera es ciento diez –la avisó al ver que pisaba a fondo el acelerador.

–¿Crees que me pondrán una multa si voy a ciento veinte?

–Sí, o sea que no pases de ciento quince.

–De acuerdo, jefe –replicó sonriente.

–No llegará ese día –murmuró mientras Courtney se reía.

La hora siguiente fue emocionante. Mucho más que conducir la camioneta. Courtney canturreaba feliz con la cara y el pelo al viento.

–Así debió sentirse el jinete ayer, cuando montaba a Big Brutus en la recta final –gritó ella en un momento dado–. ¡Fantástico!

–Al llegar a la convergencia con la carretera de New England, Jack le pidió que parara y se puso él al volante.

–No puedo fiarme de que vayas más despacio cuando atravesemos las pequeñas ciudades –comentó Jack–. Ya veo que adoras la velocidad.

–La adoro –asintió Courtney. Adoro todo lo rápido.

–¿Y qué más adoras? –le preguntó, mirándola fijamente con sus ojos azules y seductores.

A Courtney se le encogió el estómago. Conducir el coche de Jack le había bajado las defensas. Necesitaba recuperar el control. En pocas horas llegarían a Crosswinds y no podía ser que se atribulara cada vez que él la mirase.

–Me encanta ser yo quien conduzca –dijo con firmeza– en todo lo que hago.

–Eso puede ser muy cansado. ¿No hay veces en que te apetece relajarte y dejar que otras personas lleven la responsabilidad?

Ella lo miró. ¿Podía leer sus pensamientos?

–Gira por aquí –le ordenó y constató, con aire de triunfo, que él la obedecía.

Estaban en un área de descanso y allí no había hierba ni riachuelo. Solo un par de árboles para dar sombra a dos o tres mesas de picnic.

–¿Por qué quieres parar aquí? –preguntó Jack malhumorado.

–Tengo hambre y pensé que este sería un buen lugar para nuestro picnic.

–Tan bueno como cualquiera, en nuestras circunstancias –contestó él con una sonrisa llena de ironía.

Courtney casi se arrepintió de su idea al ver el delicioso picnic que había traído Jack.

–No tenías que haberte molestado tanto –le dijo mientras extendía el mantel a cuadros sobre la mesa.

–No ha sido molestia. Solo tuve que llamar a la tienda para que lo prepararan y lo recogí de camino.

Courtney estaba admirada de las cosas tan ricas que había, incluso media botella de vino blanco con dos copas elegantes.

–Te habrá costado muy caro.

–No te preocupes y disfrútalo. Piensa que es tu comisión por aconsejarme apostar por Big Brutus. Créeme, todavía me queda bastante dinero del que gané.

Courtney comió la parte que le correspondía y se bebió casi todo

el vino.

–¡Vaya! –exclamó cuando le empezó a dar vueltas la cabeza– ¿Qué porcentaje de alcohol tiene este vino? Diez por ciento –leyó tras levantar la botella–. Muy fuerte. ¿Querías emborracharme?

–Si así fuera, habría comprado una botella entera.

–Cierto –concedió ella.

–¿Cambiaría algo? ¿Eres más abordable cuando estás bebida?

–Casi nunca.

–¿Pero a veces? –parecía esperanzado.

–Espero que no hayas hecho esto pensando en que lo sería.

–No.

–¿Pero crees que puedes convencerme?

–Pues claro. Si no, no sería un hombre heterosexual normal.

La cara de Courtney se descompuso.

–Creí que te había dicho que eso no entraba en el plan.

Jack permaneció impasible y seguro de sí mismo.

–Ya sé que me lo dijiste. Pero también yo te dije que no acepto órdenes. Y las razones que tienes para no acostarte conmigo no son buenas, Courtney. No estás en tratos de negocios conmigo, sino con un cliente mío.

–Otras personas no lo van a ver así –rebatió.

–No hay necesidad de que lo sepa nadie de Crosswinds, si es eso lo que temes. Yo puedo ser muy discreto. Lo que pase detrás de las puertas del dormitorio es solo asunto nuestro. Aunque, a decir verdad, a mí me gustaría más que la relación contigo no fuera secreta. Pero si insistes en que lo sea, no diré palabra.

Sus ojos se fijaron en los de ella.

La cabeza de Courtney empezó a dar vueltas, como si fuera una peonza. Él podía ponerla a dar vueltas solo con tocarla, o con mirarla. La idea le daba miedo, pero era tan emocionante… Más emocionante que nada de lo que ella conocía.

Courtney dio gracias de que la mesa estuviera entre ellos, porque si no, lo habría besado. Y entonces, ¡quién sabe lo que habría sucedido!

–Lo pensaré –dijo cortante y comenzó a recoger los restos del picnic.

Podía sentir que los ojos de Jack estaban fijos en ella, pero consiguió no mirarlo. No quería que se diera cuenta de cuánto

poder tenía sobre ella.

–Piénsalo –le contestó y comenzó a ayudarla.

Capítulo 8

Las horas siguientes se le hicieron a Courtney interminables. No volvieron a parar, ni casi a hablar. Solo algún comentario sobre el paisaje o sobre algún conductor imprudente. Jack canturreaba algunas de las canciones de la radio. El pánico se estaba adueñando de ella.

«Estoy perdida», admitió para sí. «Cuando llegue la noche acabaré en la cama con Jack Falconer. No vale la pena seguir luchando».

«Mejor hacerlo voluntariamente, y no a regañadientes como hace Biggs cuando lo llevo al veterinario».

Sonrió al imaginarse con un collar al cuello y a Jack estirando de la correa para llevarla a su cama mientras ella clavaba las uñas en la madera del suelo, gimiendo de miedo. Se le escapó una risita.

No. Ella no era así. No era una cobarde, ni una víctima. Eso sí, imponía las reglas de su vida amorosa. Y esa noche también las impondría, y si Jack quería probar algo diferente a lo que ella estaba dispuesta a ofrecer, le diría que lo tomara o lo dejara.

Sin duda le gustaría. A todos los hombres que había conocido les había gustado, y habían vuelto implorando más.

–¿Quieres compartir conmigo la razón por la que vuelves a estar de buen humor? –preguntó Jack.

–¡No! –le contestó tajante–. Toma el próximo giro a la izquierda.

–Queenswood, diez kilómetros –leyó en un letrero–. ¿Está muy lejos tu casa?

–A unos quince kilómetros del otro lado de la ciudad, pero quisiera parar en Queenswood, si no te importa. Tengo que recoger un par de cosas. Si hay algo que necesites, sugiero que lo compres ahora. Así evitarás el ir y venir. La carretera de Crosswinds no es de las mejores. El asfalto está hecho polvo y hay muchísimos baches desde las lluvias de este invierno.

–¿Demasiada lluvia?

–Mucha lluvia en invierno es un arma de dos filos. Salieron muy

buenos pastos en la primavera, pero se pudrió parte de la avena que plantamos. Pero no me quejo. Podemos plantar más.

–Eres muy optimista. Me gusta.

–No soy tan optimista como Lois. A veces me revienta.

–¿Estás advirtiéndome otra vez sobre las probabilidades de que Big Brutus gane la copa de Melbourne?

–¡No, de ninguna manera! Ni siquiera pensaba en Big Brutus.

–¿Entonces, en qué pensabas?

–Nada concreto.

Courtney sí había estado pensando en algo concreto: en el atrevimiento de Lois de emplear a hombres que le gustaban y coaccionarlos para que se acostaran con ella, por ser la jefa. Courtney se creía atrevida, pero Lois la superaba con creces.

Por lo menos, Jack quería irse a la cama con ella. No tenía segundas intenciones. Para él era simplemente una cuestión de sexo.

Y eso era precisamente lo que sería esa noche. Una pura cuestión de sexo. No sería diferente de las otras relaciones que había tenido en el pasado.

–Ya estamos aquí –dijo sintiéndose mucho mejor.

Queenswood era un ciudad típica australiana, con una calle principal llena de tiendas, un pequeño parque, una taberna, la oficina de correos y el ayuntamiento, casi siempre con una torre y un reloj.

El reloj marcaba las cuatro. Habían tardado muy poco, aún sin rebasar el límite de velocidad.

–Aparca ahí en el centro –le dijo–. Hay mucho sitio. Es domingo y no hay mucha gente en la ciudad. Casi todas las tiendas estarán cerradas, excepto el supermercado y la farmacia. ¿Necesitas algo?

–No, creo que no.

–No tardaré.

Courtney entró en la farmacia para comprar preservativos, pero no se atrevió. Estaba despachando Maggie, la mujer del farmacéutico y la persona más chismosa del pueblo, por lo que compró un desodorante, lo primero que encontró, y se marchó. Luego entró en el supermercado. Por fortuna, la cajera era una chica que Courtney no conocía y que no dejó de masticar chicle y leer mientras le cobraba los preservativos. Los guardó en la bolsa

con el desodorante y se apresuró hacia el coche, contenta de que no la hubiera visto nadie. Las habladurías eran la base de la vida de campo y era necesario tener mucha discreción.

Nunca le había importado lo que pensara la gente, pero desde la muerte de su madre, la responsabilidad de Crosswinds era solo suya y debía cuidar su reputación.

Jack había salido del coche y estaba apoyado en la puerta con los brazos cruzados, la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados, aprovechando los últimos rayos de sol. Estaba irresistible.

Courtney no dejaba de mirarlo de forma casi lasciva, y sobre todo, aquel bulto en los pantalones. Era impresionante.

Cuando levantó la vista, él había abierto los ojos. La había sorprendido en su minucioso e íntimo escrutinio.

–Veo que tú has estado pensando en lo mismo –murmuró él. Courtney tragó saliva pero no apartó la vista. No debía dejar que él se sintiera seguro de ella. Jack añadió mientras le abría el coche–, como ya te dije ayer vas segunda en la carrera de superarpías.

–Nunca fui segunda en nada –rebatió Courtney, molesta porque él la hubiera comparado con la calculadora Katrina–. No es un delito que una chica mire. Pero ya te lo advertí, Jack. No mezclo los negocios con el placer. Deberías haberme creído.

–Empiezo a darme cuenta.

–No puedes ganar siempre, ¿sabes?

–¡Qué demonios! Entra en el coche.

–De acuerdo.

Entraron los dos dando un portazo. Courtney, tiró el paquete al suelo, arrepentida de haber comprado los preservativos. Todo el deseo que sentía se había esfumado después de su discusión. Era mejor así.

Jack arrancó de golpe como un caballo espoleado. El coche salió de la ciudad en medio de una nube de polvo y humo.

–Ten cuidado –le dijo Courtney–. El año pasado acabé en la cuneta por ir demasiado deprisa en esta carretera.

–Lástima que no te hubieras roto tu lindo cuello.

Courtney no sabía si sentirse ofendida o halagada. No pensaba que su cuello fuera lindo. Era demasiado largo.

–La adulación te puede llevar a cualquier parte.

–¿Me llevará ahora? –sus ojos azules brillaban con dureza

mientras miraba el cuerpo de Courtney enfundado dentro de unos vaqueros apretados y una camisa de franela a cuadros. Courtney era consciente de que no era tan elegante ni tan perfecta como Katrina, pero aún así, Jack la examinaba con una mirada sensual llena de avidez–. En ese caso…, también tienes una boca y unos ojos preciosos, unas piernas preciosas, unos pechos preciosos y, no digamos, un trasero precioso. ¿Hasta donde he llegado con todo esto? ¿He conseguido atravesar la puerta de tu dormitorio, o necesito mencionar que tu personalidad es refrescante, que tienes un espíritu alegre, que eres muy sensual y que tienes un maldito sentido del humor?

–¿Tú crees? –Courtney no pudo evitar soltar una carcajada y afortunadamente, él bajó de tono.

–Me mentiste –dijo Jack con una sonrisa.

–¿Sobre qué?

–Sobre que la adulación me puede llevar a cualquier parte. No me ha llevado muy lejos, ¿verdad?

–No.

–Y supongo que fui un estúpido al pensar que tienes preservativos en esa bolsa.

–Lo siento. Solo desodorante para mí y unos analgésicos para Agnes –le contestó con toda seriedad.

–¡Lástima!

–Así es la vida.

–Esa era tu última oportunidad de rendirte con honor. A partir de ahora es la guerra y se pueden emplear todo tipo de tácticas.

–¿Como cuáles?

–No esperarás que te las diga… Así no es el juego.

–La guerra no es un juego.

–Puede serlo. De pequeño he jugado muchas veces a la guerra y me sé todas las jugadas.

–Estoy segura.

–Y especialmente las de este juego –replicó Jack con una mirada picarona–. Lo he practicado mucho.

–Empezaste joven, ¿no?

–Tendría unos catorce años.

–¡Que repugnante!

–Te apuesto a que tú tampoco perdiste el tiempo, pequeña

hipócrita. Las chicas de campo son famosas por empezar su vida sexual muy pronto. Tiene algo que ver con presenciar el apareamiento de los animales desde muy joven. El sexo pierde su misterio.

–Ahí tienes razón. El sexo no tiene ningún misterio para mí y por eso no me molesté en experimentarlo hasta los veinte años –él la miró asombrado–. Es cierto. Antes de los veinte ni siquiera besé a un chico. Ver a los sementales copulando con las yeguas hizo que tomara la decisión de no caer en una actividad tan machista. No es bonito verlo. Ni siquiera es sexy. La yegua está atada y a menudo no quiere, pero no tiene elección. Le traen al semental y la monta tanto si ella quiere como si no. Las yeguas vírgenes relinchan de dolor. Otras se quedan heladas de la impresión.

–Seguro que todas las yeguas no reaccionan así.

–Cierto. Hay quien nace zorra, incluso entre las yeguas. Al menos eso decía mi madre.

Jack frunció el ceño.

–¿Tú no creerás que si una mujer disfruta del sexo es una zorra, verdad?

–No, ya no. Pero lo creí durante mucho tiempo. Odiaba la idea de tener a un hombre encima de mí, forzando parte de su cuerpo a entrar en el mío. No entendía cómo eso podía ser placentero, ni siquiera tolerable.

–Pero es obvio que ya no piensas eso –Jack todavía estaba asombrado.

–No. Ya no lo pienso, gracias a Larry.

–¿Larry? –repitió pensativo–. ¿Larry qué?

–Larry Madon. Era un domador especializado en potrillas difíciles.

–Muy gracioso. ¿Estabas enamorada de él?

–¡No, por favor! –contestó Courtney riendo–. Pero era muy atractivo, tipo John Wayne.

–¿Y?

–Me gustaba mucho.

–¿Y?

De pronto le vinieron los recuerdos como en una película a cámara lenta. Había ido a una de las cuadras a buscar algo y se encontró a Larry haciendo el amor con una chica. Larry estaba

tumbado sobre unas pacas de heno y la chica estaba sentada encima de él, con los ojos cerrados, gimiendo de placer y totalmente abstraída. Courtney se había quedado helada, pero fascinada. La chica no la había visto, pero Larry sí y le había guiñado un ojo. Courtney se había quedado mirando varios minutos y luego echó a correr.

Desde entonces, siempre que se encontraba a Larry, él la miraba y ella se estremecía. Luego se quedaba pensando, y soñaba que cabalgaba sobre él y que gemía por el orgasmo, igual que la chica.

Courtney había leído sobre los orgasmos, pero nunca antes había deseado tenerlos. Hasta que deseó a Larry.

Sin embargo, no se atrevió a acercarse a él por miedo a que su madre se enterara. Pero cuando supo que al día siguiente se marcharía al sur de Australia, decidió aprovechar esa oportunidad. Y así lo hizo. Aquella noche era ella quien estaba en la cuadra y aprendió a hacer todo lo que había visto y mucho más.

A Courtney le había gustado. No había perdido el control y nadie la había dominado. La próxima vez que le gustara un hombre sabría exactamente lo que debía hacer. Tampoco había encontrado tantos. Tres o cuatro en cinco años.

–Larry debió de gustarte muchísimo –insistió Jack–, si fue capaz de vencer todas tus defensas. O bien era tan buen seductor como Casanova. ¿Cuál de las dos razones?

Las preguntas de Jack se hacían demasiado íntimas. Era hora de terminar la conversación.

–Me gustaba muchísimo –contestó–. ¡Cuidado con esa curva! Ahí es donde me salí de la carretera.

A pesar de los surcos de la lluvia y de los baches, el coche de Jack tomó la curva con seguridad, pero los bajos rozaron el suelo.

–¡Ya veo porqué usáis coches todoterreno por aquí!

–Pronto tendrán que pasar la apisonadora. Lo hacen dos veces al año.

–Deberían también asfaltarla. Esto es horrible.

–Esto es el campo, Jack, y no la ciudad.

–De todos modos…

Courtney volvía a estar alerta. De pronto veía Crosswinds a través de los ojos de Jack. La arcada de hierro de la entrada estaba oxidada y también la caja que servía de buzón para el correo. Las

cercas estaban despintadas. No era una visión muy grata para un posible inversor y Courtney esperaba algún comentario crítico. Pero Jack no hizo ninguno. Se limitó a conducir por el camino de gravilla que conducía a la casa. Por fortuna, la tierra tenía buen aspecto y los prados estaban verdes. Las yeguas pacían tranquilas y los potrillos jugueteaban, y en la distancia, las cuadras y los graneros no se veían demasiado mal, por lo que Courtney esperaba que Jack no se llevara una mala impresión. Ya le había advertido de que no había tenido dinero para un buen mantenimiento de las instalaciones. Y la tierra y los caballos eran lo que realmente importaba.

Jack continuó por el camino a poca velocidad, mirando a diestra y siniestra y observándolo todo. Hasta que fijó la vista en la colina de enfrente donde se veía la magnífica casa de Courtney.

–Que caserón antiguo tan fantástico –dijo afectuosamente.

–Me alegra que pienses eso.

Courtney sonrió mirando hacia la casa que ganaba en grandeza bajo los rayos del sol poniente. El techo metálico gris brillaba, y las barandillas, blancas de hierro forjado, de las terrazas relucían. La luz del sol disimulaba la falta de pintura.

–Mi tatarabuelo la construyó en mil ochocientos cincuenta y dos, cuando compró el terreno y montó las cuadras. Era un comerciante escocés y bastante rico. Las paredes están hechas de piedra de arenisca y toda la carpintería, de cedro australiano. Los paneles de las puertas y ventanas son de plomo y los hicieron en Melbourne. Las baldosas del zaguán son de mármol traído de Devon y las lámparas son de latón fabricado en Inglaterra. Llenó la casa de muebles europeos maravillosos, pero por desgracia ya nos quedan muy pocos.

–¡Qué pena!

–Ni que lo digas. Si aún los tuviera, no habría ido mendigando a Sidney. Los habría subastado para pagar mis deudas. Pero mamá me ganó. Cada vez que quería comprar una yegua de cría, vendía una pieza y la reemplazaba por una reproducción. Ahora solo nos queda una cama con dosel y cuatro postes, y eso porque no cabía por la puerta de la alcoba sin desmontarla.

–¿Nos? –repitió Jack–. Creía que eras hija única.

–Lo soy. Me refería a Agnes y a mí.

–¿El ama de llaves?

–Yo no la llamaría así. Es mucho más que un ama de llaves. Ella es una de las razones por las que haré todo lo posible para quedarme con Crosswinds. Estaría perdida si tuviera que mudarse a otro lugar para vivir. La casa es su vida. Y yo también, supongo. A veces nuestra relación es de amor y odio.

–¿Qué edad tiene Agnes?

–No tengo ni idea. No dice su edad, pero debe de tener unos sesenta años, quizá sesenta y cinco. Es una de esas mujeres delgadas, que siempre están moviéndose. Infatigable, decía mi madre.

–Parece todo un personaje.

–Lo es. Y muy cariñosa a pesar de su apariencia brusca. Y si le dices que te gusta cómo cocina, será tu esclava para siempre. Ahí está, esperándonos en el porche. La llamé esta mañana para decirle que llegaríamos a la hora de cenar.

–A mí me parece que ronda los setenta –dijo Jack mientras detenía el coche delante de la escalinata.

Courtney se fijó en que Agnes estaba cargada de hombros e inclinaba la espalda. Jack tenía razón. Agnes era mucho mayor de lo que ella creía.

Se le encogió el corazón. Pobrecilla. La muerte de su mejor amiga había sido un duro golpe, y también su preocupación por las deudas de Crosswinds. Courtney se lo había contado todo antes de ir a Sidney.

Esa mañana había sido estupendo darle la buena noticia

Courtney salió del coche y subió los escalones.

–¡Hola Aggie! –le dijo dándole un beso en la mejilla. No un abrazo. Eso no se hacía en Crosswinds–. Ya puedes dejar de preocuparte. He regresado sana y salva.

Agnes se encogió de hombros, con una expresión en los ojos mezclada entre cariño y enojo.

–Dejé de preocuparme por ti hace ya veinte años, chiquilla. Vamos, ¿por qué no eres una chica bien educada una vez en la vida y me presentas a tu invitado?

Courtney se volvió. Jack estaba detrás de ella llevando las maletas. Sonreía con una sonrisa encantadora. Cuando sonreía así estaba irresistible.

–Si esperamos a que Courtney encuentre su buena educación –bromeó–, podemos esperar toda la noche. Soy Jack Falconer, agente de inversiones en misión de rescate –soltó las maletas y extendió la mano–, y tú debes ser Agnes, el corazón de Crosswinds. Courtney me ha dicho cosas estupendas de ti.

–¡Da gusto conocer a un verdadero caballero! –dijo Agnes sonriendo, radiante– ¡Vaya si eres grande! Creo que tendré que alojarte en la alcoba que tiene la cama con dosel y cuatro postes.

Courtney abrió la boca para protestar, porque esa antigua cama había sido el escenario de sus más salvajes fantasías sexuales. Ya iba a resultarle difícil resistirse a Jack sin pensar en él desnudo, estirado sobre la colcha de terciopelo rojo, y atado a los postes de la cama.

Pero claro, eso no podía decirlo y no se le ocurría ninguna otra buena razón para que no durmiera en esa habitación.

Jack sonrió con aire de triunfo como si supiera lo que ella estaba pensando.

Y para empeorar las cosas, Biggs saltó del balancín y fue a olfatear a Jack, ignorando a Courtney por completo.

–Bonito perro –dijo Jack.

–Se está haciendo viejo –comentó Agnes–, como yo.

–Tú no, Agnes. Eres como un polluelo de primavera.

Era una frase hecha, pero a Agnes le encantó.

–Aún me quedan al menos veinte años, joven –le contestó.

–¿Qué es lo que huele tan bien? –dijo Jack olfateando el aire.

–Estoy asando una pata de cerdo. Espero que te gusten los asados.

–¿Que si me gustan? Mataría por ellos, pero no he encontrado a nadie que cocine como lo hacía mi madre. Mi querida mamá falleció hace ya varios años, pero si no me falla la memoria, sus asados de cerdo olían igual que este. ¿Cuál es el secreto, Agnes?

–Es la salvia y la cebolla que le pongo –reveló Agnes–. A algunas personas les gusta con manzana, pero no tiene ni punto de comparación.

–Estoy totalmente de acuerdo. No puedo esperar a la cena…

–La cena es a las seis en punto. Pero el viaje te habrá dado sed. ¿Quieres un buen vaso de jerez? Yo siempre tomo uno a esta hora.

–Agnes, eres malvada y me quieres corromper. Dime dónde

tengo que dejar estas maletas y me tomaré ese vaso de jerez.

–Courtney, acompaña a Jack arriba y muéstrale donde está todo. Ah, y dale toallas limpias. Será mejor que le des las grandes que Hilary compró estas Navidades. Jack necesita unas grandes. No hay más que verlo. Iré a mirar el asado y en diez minutos me reuniré con vosotros en el salón.

–Estupendo –asintió Jack.

Agnes se fue, dejando solos a Courtney y a Jack.

–Yo si sé quién es el malvado corruptor –dijo Courtney con sequedad.

–Y yo estoy contento de ver que tu perro guardián está en tan buena forma –replicó Jack mientras acariciaba a Biggs detrás de las orejas. Biggs se tumbó en el suelo para que le rascara la barriga.

–¡Por favor! –dijo Courtney agarrando las maletas–. Deja ya de malcriar a ese maldito perro y sígueme.

Capítulo 9

Biggs entró con ellos en la casa, pegado a los talones de Jack como un esclavo y mirándolo embelesado. Jack volvió a rascarle las orejas.

–No le estás haciendo ningún favor, ¿sabes? –censuró Courtney–. Se pondrá a aullar cuando Agnes lo saque de casa esta noche.

–Creía que dormía en tu cama.

–Te mentí.

–Me tienes miedo –dijo, con un brillo pícaro en los ojos.

Courtney lo fulminó con la mirada.

–Es cierto. Sabes que me gustas, y como eres un hombre machista, no dudarás en usarlo a tu favor.

–¿Como lo hizo Larry?

–No como lo hizo Larry. Para tu información, fui yo quien se lo propuso a Larry, y no al revés.

–Un comportamiento muy atrevido para una chica virgen.

–Soy un tipo de chica bastante atrevida.

–Lo sé…, y cuento con ello.

–¿Ves? Ya lo estás haciendo. ¿Cuál es tu siguiente jugada? ¿Vas a desafiarme a que me acueste contigo? ¿O vas a agarrarme y besarme cuando estemos a solas, convencido de que me derretiré entre tus brazos? Pues no me derretiré –lo amenazó–. Te daré un rodillazo tan fuerte en donde más te duela, que no le servirás de nada a ninguna mujer durante bastante tiempo.

Jack hizo una mueca.

–Lo tendré en cuenta si alguna vez siento la tentación de agarrarte y besarte.

–Tenlo siempre en cuenta –amenazó, mientras soltaba la maleta de él a los pies de la temida cama de cuatro postes. Una sola mirada a la colcha de terciopelo la hizo estremecer. Jack estaba detrás de ella.

–¡Vaya cama! –dijo mientras caminaba hacia ella.

Courtney se puso rígida y retrocedió hacia uno de los postes de

la cama, levantando las manos, lista para rechazarlo.

–No empieces, Jack.

–No lo haré. Solo quería que supieras que mi oferta sigue en pie, en caso de que cambies de opinión esta noche –se detuvo muy cerca de ella y estiró la mano para colocarle una mecha de pelo detrás de la oreja. Courtney se estremeció al sentir el roce de sus dedos junto a su oreja–. No voy a utilizar ningún truco –continuó fijando sus ojos en los de ella–, ni a agobiarte, ni a cortejarte, aunque creo que si lo hiciera, sí que te derretirías, y tú lo sabes. Pero no es eso lo que deseo de ti.

–¿Y qué es lo que deseas de mí, Jack? –preguntó, con voz dulce y entrecortada.

–Todo –respondió él y su voz no era dulce, sino fuerte y decidida, y tan… sexy…

Courtney sintió una fuerte tentación. Tentación de decir que sí, que podía tenerlo todo, hacerlo todo y que eso era lo que quería, lo que necesitaba, lo que ansiaba…

De pronto, en su fantasía, ya no era Jack quien estaba atado a los postes de la cama, sino ella, desvalida, sin voluntad, retorciéndose bajo la boca, las manos, el cuerpo de Jack, y gimiendo, sollozando, implorando.

Lo de implorar fue lo que la salvó.

¿Cómo? ¿Acaso iba a implorarle algo a un hombre? ¿Implorarle a Jack? ¡No! ¡De ninguna manera!

–Voy a buscarte las toallas –dijo Courtney, satisfecha de que su voz volviera a ser normal–. ¡Biggs, baja de aquí si no quieres que te vea Agnes en los dormitorios y te destierre a las cuadras! –Biggs, que le tenía horror a las cuadras, salió disparado escaleras abajo–. Y en cuanto a ti, Jack, intenta concentrarte en la razón por la que viniste aquí.

–Si insistes… –replicó Jack sonriendo.

–Insisto. De momento, esa puerta nueva y reluciente lleva a la suite, una ampliación reciente de la casa que dedicamos a invitados muy especiales y por lo general, casados. Voy a por las toallas y enseguida vuelvo para que bajemos. No quiero que Agnes empiece a pensar cosas…

–¿Qué pensaría?

–No hay nada de lo que Agnes no me crea capaz. Tener una

relación rápida con alguien guapo como tú, seguro que está en la lista de pecados que puede imaginar.

–¿Entonces, por qué preocuparse?

–Porque me importa mucho lo que mi querida ama piense de mí, en especial ahora que mamá no está y que su futuro está en mis manos.

–Ah, sí. El futuro de Agnes –replicó Jack frunciendo el ceño.

–Si tuviera que vender Crosswinds, Agnes se moriría.

–Y tú, Courtney, ¿también te morirías?

–Probablemente, pero antes mataría a cada una de las personas que tuvieran la culpa.

–La cena fue maravillosa, Agnes –Jack felicitó al ama de llaves mientras daba un último sorbo de té–. No había comido así de bien en muchos años.

Courtney pensó que seguramente eso era cierto, pues no había muchos restaurantes elegantes de Sidney que sirvieran asado de cerdo. Y no podía imaginar que Katrina fuera especialista en comida casera. Su talento yacía en otra parte.

–Si me perdonáis, voy a ver si algún potrillo está a punto de nacer esta noche. No te levantes, Jack. Quédate aquí. Fuera está muy obscuro y hace frío. Prefiero que hagas el tour de las instalaciones de día y con sol. No tardaré mucho. Pero si tardo, no os preocupéis, los potrillos no suelen ser muy obedientes.

–De acuerdo –Jack se encogió de hombros–. Ayudaré a Agnes a poner el lavavajillas.

–¡No tenemos lavavajillas! –informó Agnes.

La cara de sorpresa que puso Jack molestó a Courtney. En realidad todo lo que Jack hacía esa noche la molestaba. Su encanto. Su amabilidad con Agnes. Pero sobre todo lo que le hacía sentir a ella, sin ni siquiera esforzarse. Con solo estar en el mismo lugar, hacía que el corazón de ella se acelerara y que su mente se llenara de fantasías eróticas.

Mientras Jack y Agnes se tomaban el jerez en el salón, Courtney había puesto la mesa. Había colocado a Jack en el extremo opuesto a ella, y en medio, había puesto un jarrón con flores grandes para evitar ver directamente a su atractivo huésped.

Su estrategia resultó inútil. Al entrar en el comedor, Jack quitó el jarrón y lo puso sobre un aparador, diciendo:

–Rojas son las rosas, los claveles, carmesí, pero entre las dos cosas, prefiero mirarte a ti.

Y la miraba. Con curiosidad, haciendo conjeturas y, sobre todo, de forma seductora.

Courtney comprendió que las insinuaciones físicas no eran la única forma de seducir. Podía hacerse con palabras, con los ojos, o estando bajo el mismo techo.

Decidió que se quedaría unas cuantas horas en las cuadras, tanto si nacía algún potrillo, como si no.

–A Agnes le gusta fregar los cacharros ella misma –dijo Courtney con frialdad–, pero estoy segura de que te dejará ayudarla a secarlos. Y si me demoro en volver, siempre puedes entretenerte con la televisión, o puedes leer algún libro.

Las estanterías de la sala estaban llenas de libros muy variados, biografías, novelas y todo tipo de libros sobre la cría de caballos.

–No te preocupes por mí –contestó Jack indiferente–. Estaré bien. Agnes y yo jugaremos al scrabble, y tú puedes unirte a nosotros cuando regreses.

–A Courtney no le gustan los juegos –informó Agnes.

–¿De veras? ¿Por qué no?

–Porque interviene la suerte –respondió Courtney tajante.

–En realidad, la suerte interviene muy poco en la mayoría de los juegos –contradijo Jack–. Ganar o no, depende de la concentración y de la habilidad.

–¿Y tú tienes habilidad para el scrabble? –le preguntó con ironía.

–No he jugado en mi vida.

Agnes se rio entre dientes y empezó a recoger la mesa.

–Vamos a darnos prisa, jovencito y luego puedes venir a mi sala de estar.

Jack se puso en pie, riéndose mientras Courtney salía del comedor.

Cuando Courtney llegó a las cuadras, una de las yeguas estaba de parto, por lo que se quedó con Fred, el encargado de turno. Ayudar a nacer al potrillo le serviría para pasar un par de horas sin pensar en ese hombre endiablado.

El parto fue lento y algo complicado. Cuando el potrillo aterrizó en el montón de paja, Courtney estaba toda cubierta de sangre.

–Me alegro de que haya acabado todo –dijo Fred con un suspiro de alivio–. Detesto cuando vienen con las patas hechas un lío. A la yegua le entra el pánico. Fue de gran ayuda contar con otras dos manos para mantenerla calmada. Eres muy buena para eso, Courtney. Tienes el toque perfecto.

El toque perfecto…

Volvió a sentir añoranza y deseo. Desesperada, miró a Fred. Era bastante guapo. No era brillante, pero era un hombre. Quizás…

Se le revolvió el estómago solo de pensarlo. Y le entró el pánico, porque se daba cuenta de que solo la idea de tocar a un hombre que no fuera Jack le repugnaba.

–¿Te pasa algo? –le preguntó Fred.

–Estaba en la luna. ¿Podrás quedarte solo el resto de la noche?

–Claro. No espero que haya nada más. Pero la semana que viene la cosa se pondrá peor y puede que no durmamos mucho. Mejor será que te vayas a casa y duermas un poco ahora que puedes.

–Creo que antes daré un paseo. Me gusta ver a los caballos bajo la luz de la luna.

Cuando subía de puntillas por la escalera de casa, el carillón del reloj del hall daba la medianoche. Se veía luz por debajo de la puerta de la alcoba de Jack. Maldito hombre. ¿Por qué no estaría durmiendo? ¿Por qué tenía que enfrentarse con la idea de que acostado y aún despierto, su hermoso cuerpo estaría dispuesto y deseoso de amar?

Courtney entró con sigilo en su dormitorio, agarró un camisón y se deslizó hacia el baño. Esperaba tener suerte y que Jack no la oyera cerrar la gran puerta de madera ni abrir el agua de la ducha.

El baño fue un verdadero tormento. Tenía los senos hinchados, los pezones erguidos y el pubis ardiendo. Trató de ser rápida y de no detenerse en las zonas sensibles, pero al deslizar el jabón por sus partes más íntimas, le brotó un gemido de la garganta. Sintió una gran tentación. Solo tenía que pensar en Jack y…

–Maldita sea, ¡no! –murmuró–. Eso no es lo que quiero.

Lo que quería era a Jack. Solo a Jack.

Se enjuagó deprisa. Envolvió su cuerpo ardiente en una toalla dejando que sus cabellos chorrearan sobre los hombros desnudos.

No había vuelta atrás. Lo único que le importaba era darle algo de paz a su pobre y anhelante cuerpo.

A pesar de su ardiente deseo, fue precavida y pasó por su alcoba a buscar los preservativos.

Dudó un momento ante la puerta de Jack, pero había tomado una decisión y no iba a echarse atrás por falta de valor. ¡Solo que Jack había estado tan petulante y seguro de sí mismo!

Demasiado tarde para preocuparse por eso. Abrió la puerta y entró en el dormitorio.

Capítulo 10

El estaba dormido. Muy dormido. Tendido en la cama, con una de las lamparillas aún encendida y un libro abierto sobre su almohada. Quedaban rescoldos en la chimenea, por lo que la alcoba estaba caliente. Sería por eso que había apartado las sábanas y yacía semidesnudo. Solo llevaba unos calzoncillos de raso azul marino con dibujos que parecían corazones en rojo.

Courtney lo miró asombrada. En efecto, ¡eran corazones! No era lo que se compraría un hombre. Tenían que ser un regalo de alguna mujer. Seguro que de Superarpía. ¿Pensaba en ella cada vez que se los ponía? ¿Le gustaba usarlos para dormir y así recordar lo buena que era Katrina en la cama?

Courtney pensó afligida que Jack ni siquiera se había desvelado pensando en ella, deseándola a ella. Tomó el libro de la almohada y lo cerró. Leyó el título en voz alta: *Cómo criar campeones*.

–Criar campeones no es tu trabajo –murmuró rabiosa–. Tu trabajo es estar despierto el tiempo suficiente como para que yo cambie de opinión y acepte tu oferta.

–Tus deseos son órdenes –Jack entreabrió los ojos y se quedó mirándola–. Me alegro de que no te hayas arreglado demasiado para la ocasión –alargó la mano y tiró de la toalla.

La toalla cayó al suelo y Courtney quedó desnuda y rígida, con la caja de preservativos en la mano.

–¡Estabas despierto todo este rato! –lo acusó.

–No todo. Pero ahora sí que lo estoy –su mirada se paseó despacio por todo el cuerpo de Courtney desde la cabeza hasta los pies, sorbiendo cada pedazo de su desnudez. Mientras, Courtney pensaba que tenía que hacer algo, que no podía quedarse ahí rígida como un pasmarote–. Eres una mujer muy hermosa, Courtney Cross. Ven aquí, le susurró con voz anhelante.

Era una orden dulce. Una orden seductora.

Qué fácil hubiera sido echarse en sus brazos y dejarlo hacer lo que quisiera. Pero Courtney siempre había mandado en cuestiones

de sexo y ahora dudaba. ¿Era solo sexo lo que quería? ¿O lo que deseaba era el éxtasis de una entrega total? No iba a abandonarse, ni a ceder.

–Jack –comenzó a decir con firmeza mientras abría la caja de preservativos–, ya te dije que me gusta llevar las riendas. Además, seguro que estarás cansado después de conducir tantas horas. Por eso te dormiste con la luz encendida. Quédate tendido, relájate y deja que sea yo quien se cuide de todo. Lo disfrutarás. Confía en mí.

Dicho eso, recostó a Jack de un pequeño empujón y se subió a la cama.

Él se quedó de piedra cuando Courtney empezó a bajarle los calzoncillos.

–¡Eh! ¿Qué diablos estás haciendo?

Demasiado tarde. Ya se los había bajado.

–Cállate, Jack. Agnes tiene el sueño ligero. ¿No querrás que venga a indagar por qué hay tanto ruido?

–No –contestó y se calló.

A Courtney no le gustaba que sus hombres hablaran mientras hacían el amor. No estaba allí para conversar. Estaba para aliviar el deseo imperioso, o lo que fuera, que Jack había despertado en ella.

–Ahora –susurró, mientras le separaba los muslos musculosos y se sentaba a horcajadas sobre las rodillas–, deja que te mire…

Era el momento de la verdad. Controlar o entregarse. Desnudo e inmóvil debajo de ella, el magnífico cuerpo varonil estaba a merced de la mirada hambrienta de Courtney. Estaba hambrienta… esa era la palabra: hambrienta. Courtney intentó convencerse de que el cuerpo de Jack no era mejor que otros, solo más grande. Y por eso solo, no iba a ser mejor.

–¿Ahora, qué?

–Eres un hombre hermoso, Jack Falconer –murmuró mientras se inclinaba para acariciar el magnífico pecho cubierto de vello, los hombros, suaves como la seda y los fuertes brazos. Con la respiración entrecortada, volvió a acariciarle el pecho, jugando con los rizos de su oscuro vello. Le acarició los pezones y él estiró los brazos para abrazarla, pero ella lo agarró por las muñecas y se las empujó hacia la almohada. En esa postura, la punta de sus senos rozó el pecho de él. Por unos segundos casi pierde el control. Él se dio cuenta y sonrió. Al ver su sonrisa Courtney retomó el control–.

Esta noche yo llevo las riendas, ¿recuerdas? –le dijo con voz áspera, la boca contra sus labios–. Tú no me toques –le ordenó–, ni te muevas. Tú quietecito. ¿Crees que por una vez en la vida, podrás no hacer nada de nada?

–Sí, jefa –contestó Jack, pero aún sonreía. Ella lo besó, como una fiera, con un beso profundo y duro, un beso de castigo que dejaba claro quién mandaba. Pero una vez más estuvo a punto de perder el control. Si él hubiera podido tocarla, se habría rendido. Cuando Courtney separó sus labios de los de Jack, y se enderezó, él respiraba muy fuerte. Tenía los ojos entrecerrados y ya no sonreía. Su miembro erecto, grande y fuerte, lo decía todo–. ¿Estás segura de que sabes a qué has venido? –preguntó ansioso cuando ella se lo rodeó con las manos. No hubo respuesta. Solamente la rítmica caricia de sus labios y de sus manos. Él se estremecía cada vez que ella rozaba con un dedo la aterciopelada punta de su miembro y sus caderas empezaron a moverse. Apretó los muslos–. Mejor será que pares –rezongó.

–¿Por qué? –Courtney se detuvo, pero apretándole el lugar exacto para que él se rindiera. Jack se quedó aturdido y ella intentó disimular su propio estado. No quería haber llegado tan lejos, pero estaba como hipnotizada ante la reacción de él a sus caricias. ¡Su erección era aún mayor!

–Courtney, ¡no sigas! –gimió Jack cuando ella acercó la boca–. Ten compasión.

–¡No!

No era compasión lo que Courtney sentía en ese momento. Todo su ser se consumía por la imperiosa necesidad de poseerlo de nuevo, por completo, pero de manera aún más íntima. Ya no pensaba con claridad. Solo sentía que se deslizaba por un abismo profundo del que no podía escapar.

Su corazón se estremeció cuando apretó los labios alrededor de él. La cabeza le daba vueltas y se dejó caer en la oscuridad.

De pronto, él la agarró y la atrajo hacia su propia boca.

–Es hora de cambiar de jinete, preciosa –espetó. Aturdida y sorprendida, Courtney se sintió como una muñeca de trapo, cuando él la volteó y la puso de espaldas, apretándose contra ella. Era él quien exploraba su boca con la lengua, eran las manos de él las que la sujetaban y el cuerpo de él el que se apretaba contra ella con más

y más profundidad.

–No… –comenzó a balbucear en protesta mientras intentaba zafarse.

–¡Cállate! –gruñó Jack–. Si quieres, otra noche podrás estar tú encima, pero ahora, para variar, te va a hacer el amor un hombre de verdad, y no un títere a quien puedas manejar por los hilos. Mi nombre no es Larry, cariño. Yo me llamo Jack, y como ya te dije, no acepto órdenes. Y ahora, ¿vas a cooperar y a estarte quieta, o tengo que besarte hasta que lo hagas? –Courtney estaba anonadada y guardó silencio. Aún así, él continuó besándola y besándola y hasta que ella estuvo fuera de sí. Entonces comenzó a besar todo su cuerpo. Su garganta, sus pechos, sus muslos, entre los muslos…

–Dios mío –gimió mientras los separaba más para él. Ese era uno de sus temores. Que pudiera abandonarse y dejarlo hacer lo que él quisiera. Y allí estaba, impotente entre sus manos, y era… era como estar en el paraíso–, ¡no pares!

Él se rio.

–No puedo permitir que te aficiones a esto, o que acabes demasiado pronto.

Courtney gimió. Estaba muy cerca del orgasmo. Jack volvió a besarle los senos, succionó sus pezones hasta que la hizo estremecer y arquear la espalda. Cuando él agarró el preservativo, ella ya temblaba y jadeaba. No podía esperar más a sentir cómo la penetraba, como la llenaba. Casi sin aliento, dobló las rodillas–. ¿Te gusta, así? –le preguntó Jack– ¿en la posición del misionero?

–A veces –mintió, asombrada de que él se parara a discutir la postura, cuando ella ardía de deseo de tenerlo dentro de sí.

–A muchas mujeres no les gusta. Pero no importa, si te gusta a ti.

Courtney perdió el aliento al sentir como él la penetraba con su miembro grueso y largo. Abrazó el cuerpo de Jack con las piernas y los brazos, apretándolo contra sí para sentirlo más profundamente. Era una sensación increíble.

–Oh, Jack… suspiró.

–Lo sé –susurró–. Yo también lo siento.

¿Él también lo sentía? ¿De veras?

Ella nunca había sentido una cosa así. No solo el placer físico, sino algo más. Como una oleada que chocaba contra ella. Una

oleada de emociones, tan fuertes que desbarataba todas sus ideas preconcebidas.

Se le llenó el corazón. Lo abrazó más fuerte y no deseaba otra cosa que quedarse así para siempre, con sus cuerpos fundidos y sus corazones latiendo al unísono.

Eso debía ser amor. Esa emoción en la que ella no creía, que siempre había rehuido y a la que había jurado que no sucumbiría.

Amor, glorioso, maravilloso, todopoderoso amor.

Jack empezó a moverse haciendo que perdiera la respiración y que volviera a la realidad física del momento. Allí estaba Jack compartiendo sexo con ella.

No era amor por él. ¿O sí?

Dentro de ella, todo se contrajo, no por el placer sexual, sino por el dolor de las emociones que sentía. Quizás él sentía lo mismo, porque gimió y paró un momento. Ella lo miró anhelante y él la miró con una expresión extraña. Luego cerró los ojos y suspiró. Courtney se llenó de desesperación. «Se acuerda de ella», pensó. «Incluso puede que finja que soy ella».

Deseó que saliera de su cuerpo para siempre, pero él volvió a moverse y ella se quedó sin aliento, sorprendida del placer que le daba, aún sabiendo lo que significaba para él. Un número. Una suplente. Una sustituta de segunda categoría.

De pronto entendió la amargura que sentía su madre hacia su padre. Se había enamorado de él, y él no la correspondía. Ese había sido su delito. Disfrutar de ella y hacerla sentir placer sin amarla.

Courtney intentó no disfrutar de Jack. Pero era demasiado tarde. Amar a Jack la había hecho débil. Muy débil. Ya no podía luchar contra los sentimientos que la consumían.

El primer espasmo le cortó la respiración. Estuvo a punto de gritar, pero la boca de Jack tapó la suya y solo pudo gemir. Los espasmos seguían y seguían mientras Jack la abrazaba y acababa también susurrando palabras ininteligibles.

Por fin terminó la tempestad y ambos quedaron en silencio. Volvía la realidad: una chica de campo de pelo negro y largo y no una diosa rubia de ciudad a quien le gustaban posturas eróticas exóticas y no la del misionero.

Courtney creía que lo sabía todo sobre cómo seducir a los hombres. Pero, ¿qué sabía en realidad sobre el sexo, además de

ponerse encima y unas pocas técnicas orales? Nada comparado con las diosas del sexo.

Courtney estaba desesperada. «Jack nunca se enamorará de mí. No después de Katrina. Todo lo que puedo esperar es una amistad superficial, sexo cada noche que esté aquí, y quizás un encuentro de una noche cuando yo vaya a Sidney».

Le iba a doler mucho más de lo que había previsto. Pero no podría decir que no. Estaría siempre dispuesta cuando la llamara.

Esa era la verdad. Mejor aceptar un amor no correspondido, que acabar amargada como su madre.

Además. Jack era un buen hombre. No tenía intención de hacerle daño, ni de utilizarla. No esperaba otra cosa de su relación que lo que había ofrecido.

Una aventura.

Era ella quien debía hacer que fuera así. No confesaría que lo amaba. No utilizaría ninguna táctica para enamorarlo. No iba a ser dulce ni castigadora. Ella era lo que era y él debía aceptarla o dejarla. Probablemente haría las dos cosas.

Sufriría, pero podría sobrevivir. La habían educado para ser fuerte.

Antes tenía que despegarse de Jack sin que él notara que algo había cambiado. Era difícil. Estaban enlazados sentados uno frente al otro.

–Jack…

–¿Sí? –la cabeza de Jack seguía hundida entre los cabellos de Courtney.

–Necesito ir a mi cama. Mañana he de levantarme temprano.

Él suspiró y levantó la cabeza. El azul de sus ojos, suave y distraído.

–No quiero que te vayas –murmuró–. Deseo que te quedes conmigo.

–No puedo –replicó ella, disimulando que también deseaba quedarse con él y retozar en sus brazos y en su amor, si no por el resto de su vida, al menos por lo que quedaba de noche. Pero Agnes era madrugadora y Courtney no se atrevió–. Estoy rendida –continuó aparentando calma–. Podemos pasar más tiempo juntos mañana por la noche.

Él sonrió contrariado.

–¿Puedo confiar en que no cambies de opinión?
–¿Después de una actuación tan magnífica?
–Entonces, ¿nos vemos a la misma hora mañana?
–Mejor un poco antes –Courtney sabía que no podría esperar hasta la medianoche–. Nunca pude resistirme ante una ganga.
Jack no se rio de su broma y preguntó:
–¿Y Agnes?
–Agnes se suele acostar a las diez y media.
–¿Por qué tardaste tanto esta noche?
«Por el miedo a volver y enamorarme de ti», pensó Courtney.
–Nació un potrillo. Un potrillo precioso –su expresión se suavizó al recordar cómo luchaba, valiente, por tenerse sobre sus patas–. Pero la yegua lo pasó bastante mal. Tuve que pasar horas sentada en el pesebre, acariciándola y tranquilizándola.
–¿Fue todo bien?
–Sí. La madre y el hijo están perfectamente.
Él la miró de forma extraña, como si no se atreviera a decir algo.
–Courtney…
–¿Qué?
–Hace un rato, cuando hacíamos el amor…–él vacilaba y a ella se le encogía el corazón.
–¿Sí? –preguntó brusca. «No me lo digas, no te atrevas a decirlo. No necesito saberlo. Sería cruel».
Jack suspiró de nuevo. ¡Cómo odiaba Courtney esos suspiros!
–Nada. Solo que fue fantástico. Tú eres fantástica y quería que lo supieras.
Courtney sonrió.
–Gracias, amante. Tú si que estuviste fantástico. Apenas puedo esperar hasta mañana. Entretanto, recuerda que prometiste ser discreto. No dejes que se note cuando haya gente alrededor. No quiero besitos a escondidas ni que me agarres la mano. No necesitamos nada de eso, ¿verdad? Ambos sabemos lo que hay. No somos dos enamorados sino dos adultos que disfrutan de una aventura discreta. ¿No es cierto? –mientras lo miraba, Courtney formulaba para sí sus deseos: «Dime que no es así. Dime que estás perdidamente enamorado de mí, y que no puedes dejar de tocarme, que me quieres a tu lado hasta la muerte». Esos pensamientos febriles la disgustaban. El amor la había vuelto idiota, una estúpida

y romántica idiota. Acababa de entender lo que había sufrido su madre. Pensó que no quería amargarse como ella y que no debía dejar que eso sucediera–. Jack, de veras, tengo que irme.

–Y de veras que yo no deseo que te vayas.

–Me gusta oírlo, pero creo que…

Los labios de él apagaron el resto de la frase.

En cinco segundos Courtney había cambiado de idea.

Capítulo 11

Courtney se dio vuelta en la cama, entreabrió los ojos y miró su reloj.

–¡Qué horror! –exclamó, saltando de la cama– ¡Las diez y media!

Siete minutos más tarde, ya se había duchado, vestido y bajaba por las escaleras. Irrumpió en la cocina donde ya estaban Agnes, Jack y Sarah desayunando.

Le dieron los buenos días sonriendo y Sarah estuvo muy efusiva, lo cual no era usual en ella.

Sarah Pearson había ido a trabajar a Crosswinds veinte años atrás, poco después de que su marido, jugador empedernido, se pegara un tiro, dejándola con tres hijas adolescentes que mantener. Hasta que se suicidó, Reg Pearson trabajaba en el mantenimiento de Crosswinds. Hilary sintió compasión por Sarah y creó un puesto para ella como secretaria y jefa de oficina, aunque Sarah no sabía ni escribir a máquina.

Con cincuenta y siete años, Sarah aún no era buena mecanógrafa ni tampoco quería demasiado a los hombres. Pero su sonrisa esa mañana mostraba que Jack había ejercido todo su encanto sobre ella.

Courtney sintió unos celos tontos al pensar en ello y decidió evitar a Jack durante el día y limitar su debilidad por él a los momentos que pasaban juntos en privado. No podría dirigir Crosswinds con eficacia si se pasaba el día pensando en Jack y en lo fácil que le había resultado encandilarla la noche anterior.

No había regresado a su cama hasta después de las tres. No era de extrañar que se quedara dormida.

En cuanto a Jack, debía ser como una máquina. ¿Cómo habría podido tener tanta actividad por la noche y estar tan fresco por la mañana?

Allí estaba sentado, tomando el té y sonriendo, como si tal cosa, fresco y descansado. Seguro que llevaba mucho tiempo levantado. Los platos vacíos delante suyo lo delataban. Llevaba los mismos

vaqueros del día anterior, pero distinta camisa. La que tenía puesta resaltaba el color azul cielo de sus ojos.

–Me tendríais que haber despertado –dijo mientras se preparaba una taza con café instantáneo.

–Jack pensó que te merecías un descanso –dijo Sarah.

–¿De veras? –preguntó, disimulando con una sonrisa los latidos de su corazón, mientras miraba a Jack a los ojos.

Él arqueó las cejas con malicia y Courtney se vio de nuevo, deshecha entre sus brazos después de un orgasmo maravilloso, rogándole unas veces que parara y otras que no.

En verdad, ella nunca había tenido un orgasmo igual.

Estar enamorada del amante acrecentaba las sensaciones. También contaba la pericia del amante. Jack era todo lo que Courtney había soñado. Exigente, pero generoso. Dominante, pero no egoísta. Sensual, tierno y dulce. Había sido tan fácil cerrar los ojos y figurarse que él la amaba. Ningún hombre podía haber sido tan amoroso. Eso era lo que más la seducía.

Pero él no la amaba. No tenía que olvidar eso, para no cometer estupideces. ¡Ya era bastante estupidez ser su esclava cada noche!

–Tuviste un fin de semana muy largo –dijo Jack sin dejar de mirarla–. El viaje a Sidney el viernes, las carreras el sábado y el viaje de vuelta ayer. Y te acostaste tarde. Tenías que estar extenuada.

Courtney decidió que no iba a caer en juegos de palabras ni dobles sentidos aunque a Jack le gustara.

–Sí, tienes razón. Estaba muy cansada –contestó–. Pero hoy es lunes y ya es hora de volver al trabajo. ¿Le has preguntado a Sarah todas esas cosas que querías saber? Era de suponer que Sarah ya estaba informada de lo que tenía que decir.

–Solo por encima, ¿verdad Sarah?

–Sí. Tomará casi todo el día hacer la historia de cada uno de los caballos, como Jack quiere. La última cifra era de unas sesenta yeguas de cría. Los tres sementales. Los potrillos y todos los caballos que Hilary alquilaba para las carreras.

–No importa –replicó Courtney–. Yo también estaré ocupada todo el día haciendo la ronda con Ned. En estas fechas estamos muy, muy ocupados, ¿verdad Agnes?

Agnes, que preparaba unos huevos revueltos para Courtney,

contestó:

–Así es. Y ya que mencionas a Ned, estuvo aquí buscándote hace un rato. Le dije que irías a verlo en cuanto desayunaras. Dijo que estaría en la zona de cría.

–Gracias. ¿Te dijo que quería? –Courtney sintió una sombra de temor.

–No. Pero no parecía muy contento.

–Me pregunto que estará haciendo en la zona de cría. Aún no ha empezado la época.

–Quizá haya alguna gotera... –intervino Sarah–. El techo es bastante viejo. Hay goteras en casi todos los tejados, incluida la oficina.

–Sí, ya lo sé –le respondió Courtney muy seria, pensando en todos los problemas que tenía Crosswinds. Los había olvidado durante unas horas–, espero que podamos hacer algunos arreglos pronto –añadió, volviéndose hacia Jack–. ¿Cuánto tiempo crees que tardaremos en recibir dinero si tu inversor decide seguir adelante?

–Casi nada. Puede que tenga que vender alguna de sus acciones, pero eso es cuestión de unos pocos minutos.

–En ese caso, ¿cuánto tiempo crees que tardarás en dar tu aprobación? Y antes de que tú lo digas, ya sé que primero quieres estar seguro de que Crosswinds es un negocio con posibilidades de rentabilidad. Supongo que tendrás suficiente con lo que te enseñe Sarah... y lo que veas aquí. Como ya te dije antes, las cercas deterioradas y las goteras no representan el valor del rancho. Lo que cuenta es la tierra, las yeguas de cría y los sementales. Y, a los nuestros, no los mejora nadie.

–Me doy cuenta de eso. No tardaré mucho una vez Sarah me informe de todo. Necesito hablar con tu contable. ¿Podrías concertarme una cita con él para mañana? Me gustaría pasar el resto de la semana familiarizándome con todo de manera más personal. A menudo, a la hora de invertir, me fío de mi instinto y no solo de datos y cifras. Diría que, si estoy satisfecho, para el próximo fin de semana podría decidir.

Courtney se preguntaba si lo que leía entre líneas era correcto. ¿Qué quería decir con familiarizarse y con manera más personal? ¿Qué hacía falta para que estuviera satisfecho? ¿Quería decir que si ella lo hacía feliz en la cama durante la semana, recomendaría la

inversión?

Esa última idea la dejó helada durante unos segundos. No esperaba un comportamiento tan retorcido de un hombre que había pagado deudas que no eran suyas. Pero ¿qué cabía esperar de los hombres en cuestiones de sexo y de orgullo?

En cuanto al sexo, ella estaba perdida. No podía resistirse a Jack. Por lo tanto, lo utilizaría para asegurarse al inversor.

Courtney suspiró. Haría cualquier cosa por salvar Crosswinds.

Una llamada a la puerta trasera interrumpió esos pensamientos. Era Ned. Con solo cuarenta y cuatro años, Ned había pasado mucho tiempo al aire libre bajo el sol australiano, por lo que tenía muchas arrugas. En ese momento, tenía cara de estar muy preocupado, por lo que parecía aún mayor.

Courtney se alarmó. Ned no se arredraba con facilidad.

–¿Qué pasa, Ned?

–Tenemos un problema serio con uno de los sementales, jefa.

A Courtney le gustaba que la llamaran jefa, como a su madre, pero la mayoría la llamaba Courtney.

–¿Cuál?

–Goldplated.

–Oh, no. ¿No estará enfermo, verdad? –solo de pensarlo se ponía fatal.

–No, nada de eso.

–¿Entonces qué?

–Mejor que vengas y lo veas.

–Iré contigo –intervino Jack.

–De acuerdo –no podía negarse. No había por qué ocultar por más tiempo la razón de que Jack estuviera allí, aunque no era necesario decirle a Ned lo grandes que eran las deudas–. Te presento a Jack Falconer, Ned. Es un experto en inversiones. Ha venido de Sidney a evaluar Crosswinds para conseguirme un socio financiero. Ya sabes lo mal que andamos de dinero. Estará aquí una semana, o sea que ayúdalo en lo que te pida. Jack, este es Ned Meggitt, el capataz del rancho.

–Encantado de conocerte, Ned –dijo Jack, tendiéndole la mano.

–Lo mismo digo –le contestó–. ¿Sabes algo sobre caballos?

–Por un extremo, muerden y por el otro, dan coces.

Ned miró a Jack.

–No parece un hombre de ciudad, pero habla como si lo fuera. Quizá sea mejor así.

Con ese comentario tan enigmático, Ned comenzó a caminar hacia las cuadras. Courtney y Jack lo siguieron.

–Me temo que el desayuno tendrá que esperar –le dijo a Agnes mientras agarraba su sombrero del colgador y seguía a Ned.

–Con ese sombrero pareces una vaquera –observó Jack–. Una vaquera muy sexy.

Courtney se detuvo un momento.

–Dejemos algo bien claro, Jack. Guarda los halagos para el dormitorio. Allí pegan bien. Pero aquí, no soy nada más que una cliente. Ya te lo dije antes. ¿Te ha quedado claro?

–Como el cristal.

–Me alegro.

Las cuadras de reproducción estaban alejadas de la casa. El camino de gravilla pasaba entre los establos y los prados de pastar. Aunque ya brillaba el sol, aún hacía un poco de frío.

Sin embargo, Courtney no sentía frío. Estaba demasiado preocupada. Se sentía algo culpable por poner a Jack en su lugar. ¿Pero por qué iba a sentirse culpable? ¿Acaso no se lo había advertido?

No quería que se aprovechara de que estaba enamorada de él. En realidad él no sabía que lo estaba, pero sí sabía que le gustaba mucho, y la noche antes, con solo besarla, había disuelto toda su fuerza de voluntad. Los recuerdos la hicieron estremecer y para disimularlos comenzó a andar más deprisa mirando al suelo.

Cuando llegaron a las cuadras, casi se tropieza con un desconocido que estaba junto a Ned.

–¡Oh! –exclamó clavándole los ojos. El hombre la miró de arriba a abajo con curiosidad. No era muy alto, y su físico era elegante. Tenía los ojos negros, la piel muy tostada y el pelo, corto y gris. De mediana edad, parecía más joven porque vestía vaqueros negros ceñidos y chaqueta de cuero. De ser menos guapo, habría parecido estúpido, con un atuendo así. Lo cierto era que parecía interesante y bastante sexy. Courtney pensó en Lois. Si esos fueran sus establos, y ese hombre estuviera buscando trabajo, lo habría contratado en el acto–. ¿Quién es usted? –le preguntó con brusquedad–. Ned, ya sabes que no podemos contratar a nadie por el momento.

–Mi nombre es Sean, señorita –tenía un acento irlandés muy atractivo–. Sean O'Flannery.

–Yo soy Courtney Cross –replicó mientras estrechaba su mano.

–Sí, señorita. Yo sé quién es. Pero no, no he venido a buscar trabajo. Quería hablar con usted.

–¿Conmigo?

–Tiene información que no te va a gustar –intervino Ned disgustado–. Se trata de Goldplated.

Courtney miró por encima del hombro para ver dónde estaba Jack. Allí estaba, apoyado en la cerca, escuchando.

–No son buenas noticias, supongo.

–No lo son.

–Pues hable de una vez.

El hombre miró en dirección a Jack.

–No creo que le interese que se sepa.

–No se preocupe por Jack –y añadió con sequedad–. Tendrá que enterarse tarde o temprano.

–Siento mucho tener que decírselo, pero todas las yeguas que se supone que Goldplated montó durante su primera temporada, quedaron preñadas por inseminación artificial. No cubrió a ninguna. Se negó a hacerlo.

Courtney se quedó helada.

–¿Cómo lo sabe? –exigió saber.

–Porque trabajaba allí. Yo era el mozo de cuadra de Gold Fever la temporada pasada.

–¿El hermano de sangre de Goldplated?

–Sí –el hombre asintió.

Courtney pensó en todo tipo de posibilidades horribles.

–¿Usaron su esperma en lugar del de Goldplated?

–No. Todos los descendientes de Goldplated son genéticamente suyos. Pero… a menos que cambie de actitud, esta temporada, tampoco querrá cubrir a ninguna yegua.

–¡Dios mío!

–Cuando Sean me lo dijo no lo podía creer –gruñó Ned–. Así que pensé que haría una prueba. Agarré a una de las yeguas que está en celo y la até en la cuadra de reproducción. Fui a buscar a Goldplated al prado y se portó como un corderito hasta que entró en la cuadra. Apenas olió a la yegua se volvió como loco. Nunca

había visto cosa igual. La yegua se asustó muchísimo. Y yo también. Tuve suerte de poder sacarla de allí antes de que le hiciera daño. Y dejé a Goldplated hasta que se calmó.

Courtney movía la cabeza de desesperación. Con razón su madre había comprado el caballo tan barato. ¿Qué podía hacer? Crosswinds siempre proporcionaba a los clientes de fuera una foto del cubrimiento, como garantía de que recibían lo que habían contratado.

Jack le dio un golpecito en el hombro.

–¿No puedes demandar a los que os vendieron el caballo? –le preguntó.

–Quizá. Pero los pleitos requieren mucho tiempo y dinero y nunca sabes el resultado. En especial, si los demandados son ricos. ¡Los dueños de Gold Fever son multimillonarios!

–Entonces, ¿por qué iban a hacer algo tan poco honrado?

–Ellos no lo sabían –reveló Sean–. Quien lo hizo fue el capataz, y fue culpa suya desde el principio.

–¿Qué hizo de malo? –preguntó Courtney frunciendo el ceño.

–Malo es la palabra adecuada. Malo y estúpido. Cuando Goldplated llegó al rancho, era un caballo muy joven y venía muy excitado de las carreras. El capataz no esperó suficiente tiempo a que descansara y se calmara. Imagino que Goldplated debió de darle alguna coz cuando intentó hacerle cubrir a una yegua. Seguro que fue un accidente, porque estaba muy excitado. Pero el capataz perdió el control y le pegó con un látigo.

–¡Está bromeando! –Courtney estaba escandalizada.

–Por desgracia no –Sean parecía muy disgustado–. Como si se le pudiera enseñar a un caballo lo que tiene que hacer a base de látigo. No es de extrañar que el pobre animal se ponga como loco cada vez que está cerca de una yegua en celo. Lo más seguro es que tema que el mozo que lo maneja le pegue en cualquier momento. Si se fijan, verán que tiene dos cicatrices en la frente. Están muy arriba, debajo de la crin.

Courtney se quejó.

–Me dijeron que se las había hecho en el portón de salida.

–Sí, supongo que eso es lo que dirían. Pero no fue así. Goldplated es un magnífico semental, señorita Cross, pero me temo que lo han tratado mal. Yo creo que todavía se puede arreglar, pero

hará falta mucha paciencia e imaginación.

–¿Y por qué ha decidido contarme todo esto? –inquirió Courtney desconcertada–. No tenía por qué hacerlo.

–Me disgusté mucho cuando supe que su madre era quien había comprado a Goldplated. Ella tiene una excelente reputación en el mundo de los caballos y me parecía mal que la engañaran así.

Courtney lo miró dubitativa. Había esperado bastante tiempo para ir a decírselo. Hacía meses que su madre había comprado al semental. Quizás Sean había resuelto hablar porque sí que quería un trabajo.

–Supongo que ya no será el mozo de cuadra de Gold Fever.

–No. Por lo general me muevo bastante. Me aburro de estar mucho tiempo en el mismo sitio.

–¿Qué tal se maneja con los sementales, Sean?

–Muy bien, si no está mal que yo lo diga –replicó Sean con media sonrisa.

–¿Cree que podrá hacer algo con Goldplated con paciencia e imaginación, como dijo antes?

–Me encantaría intentarlo –su sonrisa era mucho más amplia.

Era un hombre muy guapo para su edad. Lois se habría vuelto loca al verlo.

–Entonces, queda contratado.

–Pero, jefa –protestó Ned–, ¿no acaba de decir que no podemos permitirnos contratar a nadie más?

–Uno más no va a cambiar las cosas –Courtney dejaría de cobrar su sueldo durante algún tiempo. No lo necesitaba. Añadió, volviéndose hacia Jack–. Además, si no conseguimos que esta temporada Goldplated cubra a las yeguas de forma natural, puede que, dentro de poco, no quede ningún trabajo para nadie en Crosswinds. ¿No es cierto, Jack?

–Me temo que sí. No podría recomendar a nadie que invierta en Crosswinds si hay una sombra de duda sobre la capacidad de cubrir yeguas de Goldplated.

–En ese caso, tendremos que asegurarnos de que las cubre. Sean, ¿cree que puede realizar el milagro en menos de un mes?

–Sin problema, señorita. Yo ya he pensado un plan –dijo sin pestañear.

Courtney quedó sorprendida de su seguridad en sí mismo. Por

alguna razón confiaba en el hombre. Quizás eran sus ojos. Tenía ojos inteligentes.

–Estupendo –le dijo sonriendo–. Y llámame Courtney, por favor. Ni señorita, ni señorita Cross. Aquí no nos andamos con protocolo. Ned, acompáñalo a la oficina y que Sarah lo inscriba como temporero. Sean, puedes elegir entre habitación y comida aquí, o buscar una habitación en Queenswood. Gran parte de mi equipo es de la zona, pero algunos viven aquí.

–Viviré aquí.

–En tal caso, te pido disculpas por adelantado. La vivienda del personal necesita urgentemente una reparación.

–Soy bastante bueno con las brochas –ofreció Sean–. Lo cierto es que soy bastante mañoso, o sea que no dejes de pedirme cualquier cosa que necesites hacer.

–Eres muy generoso, Sean. Te tomaré la palabra, pero ahora lo prioritario es Goldplated. Si te parece esta tarde me puedes contar qué es lo que piensas hacer con él.

–De acuerdo.

–Entonces, hasta luego. Ned, llévate a Jack –y añadió cortante–. Tiene cosas que tratar con Sarah.

–¿Y tú? –replicó Jack.

–Yo tengo pendiente mi desayuno, tengo que llamar a mi contable, y un montón de trabajos por hacer. Te veré a la hora de cenar, Jack. Que te vaya bien.

Courtney le volvió la espalda y se marchó, pero antes pudo ver que tensaba el mentón y que entornaba los ojos con determinación.

Hasta la noche, querida, parecían decir. Y ya veremos quien es el jefe.

Capítulo 12

Fue un día muy, muy largo.

Courtney se saltó el almuerzo, en parte por evitar a Jack y en parte porque no tenía apetito. No sabía si estaba abrumada por Goldplated, o por pensar en la noche que la esperaba con Jack.

Fue de tarea en tarea para mantenerse ocupada. Llevó a un caballo al picadero, cambió la paja de las cuadras, comprobó que hubiera agua en los abrevaderos, y estuvo charlando con el nuevo mozo. La idea que Sean proponía era tan simple que podía funcionar.

Aunque veía que lo de Crosswinds tenía arreglo, no conseguía calmarse. Por lo que el problema tenía que ser Jack. De ahora en adelante su problema siempre iba a ser Jack, concluyó.

Cuando regresó a la casa, caía la noche. Había luz en la sala. Agnes y Jack estaban allí charlando como viejos amigos mientras sorbían su jerez. Courtney entró.

–¡Ya estoy en casa! –exclamó.

–Ya íbamos a mandar una patrulla en tu búsqueda –dijo Jack, desde el sillón al lado del fuego. Biggs dormía a sus pies y ni siquiera se inmutó al oír la voz de su dueña.

«Traidor miserable», pensó Courtney antes de reflexionar que era un perro macho. «Nunca confíes en los hombres», le había dicho su madre. «No tienen sentido de la lealtad. Su única prioridad en la vida es su propio placer».

¿Y acaso no era verdad?

–La cena estará en un cuarto de hora –avisó Agnes–, pero no tendrás que poner la mesa. Jack y yo ya lo hemos hecho.

–Gracias –dijo mirando a Jack con una sonrisa fingida–. Solo tengo que ducharme y cambiarme.

Subió las escaleras rumiando por qué le molestaba que Jack fuera simpático con Agnes. No eran celos, pero quizás, que intuía que Jack no era sincero y que jugaba con Agnes igual que jugaba con ella. Temía que todo fuera solo un juego para él, mientras que

los sentimientos de ella eran verdaderos. Amaba a ese hombre.

Se recogió el pelo con un pasador de oro y en lugar de los vaqueros, se puso unos pantalones cortos negros ceñidos y una blusa negra que Lois le había regalado el fin de semana.

–No más ropa negra para mí –había dicho Lois– o sea que puedes quedártelos tú.

Courtney se sentía muy atractiva con esa ropa, especialmente, por que no se había puesto el sostén. No es que fuera atrevida. Al ser negra la blusa, pensó que no se le notaban los pezones. Pero cuando bajó corriendo las escaleras, los senos se le movían como gelatina, y tuvo plena consciencia de su cuerpo y del ardor que sentía.

Amaba y odiaba esa sensación. Una parte de ella, impotente para controlar su pasión por Jack, y la otra, deseosa de deleitarse en esa pasión, de experimentarlo todo mientras él estuviera allí, para luego tener recuerdos para toda la vida.

Pensar en eso le dolió mucho y perdió la respiración. Para tomar aliento se agarró a la barandilla. En ese preciso momento salía Jack de su alcoba y la sorprendió allí, descompuesta.

–¿Estás bien? –le preguntó, visiblemente preocupado, mientras le rodeaba los hombros con dulzura. Ella lo miró. Había gente que moría de un desengaño. ¿Le pasaría a ella?–. ¿Qué te ocurre? –exigió saber mirándola a los ojos–. ¿Estás enferma?

–Un dolor, como si me oprimieran aquí –levantó la mano y se la llevó al corazón.

Él se alarmó. ¿Tienes problemas coronarios?

–No que yo sepa. Al menos, no de tipo físico.

–Tu madre murió de un ataque al corazón, ¿no es cierto?

–Sí –asintió ella.

Debería verte un médico, Courtney. Que te hagan un electrocardiograma. A veces esas cosas son hereditarias.

Agnes entró en el pasillo.

–¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

–A Courtney le ha dado un vahído. Podría ser una angina de pecho.

Al ver la cara de Agnes, Courtney reaccionó, dándose cuenta de lo mucho que Agnes la quería.

–No es una angina de pecho recalcó. Ha sido ardor de estómago.

Algunas veces me pasa cuando me olvido de comer.

Jack no parecía convencido, pero Agnes se sintió aliviada.

–Ya vimos que no almorzaste. Lo siguiente es que te vuelvas anoréxica. Como si no tuviéramos ya suficientes preocupaciones. Jack me dijo lo del maldito semental que compró Hilary. Un fracaso, como el último.

–Goldplated no es un fracaso –Courtney salió en su defensa–. Y Four-Leaf Clover, tampoco. Se murió y eso no fue culpa suya. Sus descendientes están saliendo muy bien. Lois cree que Big Brutus podría ganar la copa de Melbourne. ¿Sabes cuánto dinero sería eso?

Agnes soltó una risa sarcástica.

–¡Que el cielo nos proteja! Pensaba que tenías más sentido común y que nunca creerías lo que te dice esa mujer sobre ganar trofeos. ¡Espero que no confíes en sacar a Crosswinds de sus deudas a base de lo que ganes en las carreras de caballos!

–Por supuesto que no. Confío en que sea Jack.

–Pues ya puede hacer milagros –cortó Agnes–. No creo que ningún inversor con sentido común arriesgue su dinero en Crosswinds, no si Goldplated no sirve para su cometido.

–Agnes –intercedió Jack, con voz dulce y firme a la vez, su brazo aún alrededor de los hombros de Courtney–, démosle una oportunidad. Tengo el presentimiento de que el mozo que Courtney contrató hoy conseguirá que Goldplated funcione.

–Estoy segura de que lo conseguirá –añadió Courtney–. Estuve hablando con él esta tarde y dice que lo principal es evitar que se acuerde de la mala experiencia que tuvo. Su intención es soltar a Goldplated en un potrero grande, con una yegua experimentada que esté en celo y dejar que la naturaleza se encargue del resto, sin que intervenga nadie. Sean cree que un caballo tan joven y tan sano como Goldplated no podrá resistirse y que, una vez lo haya probado, poco a poco se podrá intervenir hasta que no le importe quién lo sujeta y dónde lo hace.

–Asqueroso –resopló Agnes–. Pero así es el animal macho. De todos modos este no es un buen tema de conversación. ¿Podremos hablar de otra cosa durante la cena? Y hablando de la cena, voy a sacarla del horno. He hecho un estofado de cordero delicioso, si no está mal que yo lo diga. Vosotros dos, id a sentaros. No tardaré nada.

Agnes se marchó apresuradamente dejando a Courtney con Jack en las escaleras.

–Vamos –dijo ella, cohibida por la manera en que Jack empezó a mirarla–. ¿No irás a salir vestida así, verdad? –le preguntó con un tono algo acusador.

–¿Vestida cómo?

–Desnuda debajo de la ropa.

–No voy desnuda.

–Pues te falta poco.

–No seas ridículo.

–No soy ridículo. Soy un hombre inteligente. No has venido así de sexy para mí. Eso lo sé. Entonces, ¿para quién has venido así? Solo hay una respuesta posible: Has venido así para Sean, el nuevo mozo. Vi la forma en que te miraba y oí cómo hablabas de él hace un rato. Te parece atractivo y te gusta, ¿verdad? Seguro que has quedado con él para después de la cena. Buscarás la excusa de un potrillo, y en realidad te irás con ese irlandés persuasivo.

–Ahora sí que eres ridículo –espetó–. ¡Tiene edad como para ser mi padre!

–Pero sigue siendo guapo. Y está en plena forma, por lo que parece. Te gusta. ¿Por qué no lo reconoces?

–Sí me gusta, pero no de esa manera. No es mi tipo en absoluto.

–Y ¿cuál es tu tipo?

El ataque de celos de Jack era típicamente machista. Ya lo había experimentado antes con otros hombres. Después de tener relaciones con ella, se habían vuelto posesivos. Aunque no la amaran. Querían que fuera suya, en exclusiva, hasta que ellos decidieran dejarlo.

Courtney nunca les dio la oportunidad. Siempre era ella quien los despachaba con viento fresco.

Jack era otra cosa. A él lo amaba, y nunca lo despacharía con viento fresco.

–¿Mi tipo? Creía que eras inteligente. Tú eres mi tipo. Deberías haberlo notado. ¿O crees que acostumbro a colarme desnuda en la cama de los hombres? Me he puesta esta ropa para ti y no para Sean. ¡Estoy desnuda debajo, para ti!

Los ojos de Jack se oscurecieron y la atrajo hacia sí por la cintura.

–Pequeña coqueta. ¿Tienes idea de cuánto te he echado de menos hoy y de lo duro que ha sido esperar que volvieras a la casa?

–Durísimo, por lo que noto –bromeó con dulzura, sus labios casi rozando los de él.

–Deja de hacer eso –protestó Jack cuando ella comenzó a provocarlo con el movimiento de sus caderas.

–Oblígame.

Jack le agarró las muñecas y le estiró los brazos hacia atrás hasta que le hizo daño.

–Ya te dije que algún día alguien iba a meterte en cintura –le dijo con rabia–. En otros tiempos, te habría puesto sobre mis rodillas y te habría dado unos azotes. Pero, por desgracia, no estamos en otros tiempos. Y como no puedo darte azotes, utilizaré las únicas armas que tengo: el hecho de saber que me necesitas tanto como yo a ti. Piensa en ello mientras cenas. Esta noche te voy a hacer el amor tanto, que no podrás sentarte en una semana. Lo probaremos todo, y todas las posturas. ¿Que quieres estar encima? Pues, adelante. Es una postura estupenda. Tendré libres las manos para hacerte cualquier cosa, para tocarte en cualquier sitio. Y además, podré ver cada trocito de tu cuerpo desnudo, verte la cara, ver como abres los ojos y la boca, y presenciar ese momento en que te olvidas de quién eres y de dónde estás.

Courtney se quedó como embobada imaginándose la escena y a Jack mirándola.

Las amenazas de Jack no la disgustaron lo más mínimo. Al contrario, la excitaron de manera insoportable.

–¡Por favor! ¿Dónde estáis? –llamó Agnes desde el comedor–. La cena está servida.

–Ya vamos, Agnes –contestó Jack.

Soltó las muñecas de Courtney y le dio un empujoncito en el trasero en dirección al comedor. Ella tenía las piernas como de gelatina y se tropezó. Jack la agarró y ella lo rechazó. No iba a dejarlo ver que estaba tan afectada.

Era cierto. Lo amaba y perdía la cabeza cuando él le hacía el amor. Pero no por eso, iba a perder su orgullo, ni a perderse el respeto.

Cuando se sentó a la mesa su cara no delataba nada de lo ocurrido. Todo estaba bajo control. Hasta que Jack habló.

–¿Te acordaste de llamar al contable?

Por supuesto que no se había acordado y se sonrojó avergonzada.

–Lo siento, me olvidé.

–No importa. Lo puedes llamar mañana –Jack sonreía triunfante–. No hay tanta prisa.

–Supongo que no –murmuró y comenzó a comer.

Después de eso, Jack no intentó hacerla conversar. Courtney sabía que no era por amabilidad, sino para que no olvidara lo que le dijo en la escalera. Para que pensara solo en el momento en que Agnes se retirara y ella se presentara en la alcoba, no desnuda, sino cruel y completamente excitada.

Courtney intentó recuperar su fuerza de voluntad para luchar contra él con la única arma que le quedaba: su atrevimiento.

La cena se acabó demasiado pronto, dejando mucho tiempo hasta la hora de acostarse de Agnes.

Las horas le parecieron interminables. Jack no la dejaba en paz. Quiso retirar la mesa, y él se puso a ayudarla. Se sentó a mirar la televisión, y él se sentó a su lado. Ni siquiera podía marcharse porque era seguro que él la seguiría.

Courtney sabía que él no iba a tocarla. Jack pensaba que ella lo había estado mortificando y ahora estaba haciendo que pagara por ello. Y lo estaba haciendo a conciencia. En su interior, estaba hecha un lío.

Esa noche entró sin llamar en la habitación de Jack. Estaba vestida por completo, lo que le daba ventaja sobre Jack. Él la esperaba, con el torso desnudo, recostado contra el dosel, sobre una montaña de almohadones. Tenía las sábanas subidas hasta la cintura, y era de suponer que estaba desnudo.

Courtney disfrutó pensándolo, pero disimuló su excitación con una sonrisa indiferente.

–¿No hay fuego hoy? –inquirió mientras se acercaba a la chimenea.

–No –contestó, dejando el libro en la mesilla–. Supuse que estaríamos lo bastante calientes.

–¿Ah, si? –Courtney se quitó la hebilla, y se soltó el cabello mientras la dejaba sobre la repisa.

–Sí –asintió. Cuando Courtney se volvió a mirarlo, vio

complacida que él estaba tenso. Más que un gato que juega con el ratón, parecía un león hambriento y desesperado–. ¿Vas a quedarte ahí de pie toda la noche? –preguntó irritado.

–No –Courtney se quitó la blusa de un solo tirón, como si se desnudara así, cada día, sin complejos, delante de un hombre.

Alguna vez lo había hecho, pero con Jack era distinto. Todo era distinto. Con Jack era atrevida, pero muy vulnerable. La mirada ansiosa de él la excitaba, pero también la cohibía. De repente quiso taparse y no dejar que él viera sus senos desnudos y sus pezones erectos. De repente, su orgullo hizo que caminara decidida hacia él.

–¿Y no te vas a quitar el resto?

Ella se detuvo y se desnudó sin darle importancia. No quería darle a él más poder.

–¿Y ahora qué? –preguntó desafiante cuando estuvo desnuda por completo–. ¿Tengo que hacer volteretas? ¿Me vas a atar a los postes de la cama? ¿Qué desea mi dueño y señor? –la mejor defensa era burlarse.

–Todo lo que quiero –dijo Jack refunfuñando, mientras retiraba la sábana–, es que te metas en la cama conmigo.

Courtney se quedó mirándolo. Estaba desnudo y completamente excitado.

No debía haberse acostado con él con tanta avidez, ni haber dejado que la penetrara sin caricias previas, ni haber gritado su nombre tantas veces durante aquel primer tórrido encuentro.

Pero lo hizo y a él le gustó. Puede que demasiado.

Cuando comenzaron de nuevo a hacer el amor, estuvo más comedida. Hasta que él la alzó y la puso encima, demostrándole que estar encima no era lo mismo que dominar.

Ella trató de no perder el control, y de no gritar su nombre, pero no lo logró. Se llenó de emoción cuando al llegar a su clímax, pronunció el nombre de Courtney y no el de Katrina, y no cerró los ojos, ni suspiró de tristeza.

Courtney pensó que lo recordaría el resto de su vida. En esa noche erótica maravillosa, el hombre que amaba solo pensó en ella.

Capítulo 13

He llamado a Bill –notificó Courtney la mañana siguiente–. Le hablé de ti y de que querías verlo para informarte sobre la situación financiera del rancho.

–¿Y?

–Dijo que podíamos ir enseguida.

–¿Podíamos? Yo pensaba ir solo. Dijiste que estabas muy atareada. No me perderé. Solo hay una carretera que vaya a Queenswood, y estoy seguro de que no será muy difícil encontrar su oficina. Es arriba de la ferretería, ¿no?

–Sí –asintió Courtney contrariada–. No fue idea mía el que fuésemos los dos. Fue idea de Bill. Sonaba… extraño.

–¿Extraño, cómo?

–Parecía agobiado.

–¿Y qué tiene eso de raro? Todo el mundo puede estarlo. Quizás discutió con su mujer.

–No tiene mujer. Es un solterón empedernido. Tiene sesenta años y está casado con su trabajo y con sus palos de golf. Tengo el presentimiento de que el banco ha reclamado el pago del préstamo.

–¿Qué te lo hace pensar? ¿Has recibido alguna carta de aviso?

–No.

–Entonces eso no es probable. De todos modos, si así fuera, Bill te lo habría dicho por teléfono.

–No conoces a Bill. Detesta dar las noticias por teléfono. Prefiere tratar las cosas cara a cara.

–Un caballero a la antigua, ¿verdad?

–Sí.

–Creo que Bill me va a caer bien –Courtney se sintió irritada. Jack no estaría por allí el suficiente tiempo para hacer amistad con Bill. Incluso si su cliente misterioso se decidía a invertir, Jack no iría con frecuencia a Queenswood. Las transacciones cara a cara eran cosa del pasado–. Courtney, cariño, deja de preocuparte –continuó Jack con dulzura–. No tiene sentido. Si tu contable tiene

malas noticias, las afrontaremos juntos.

Courtney se quedó asombrada, no solo por la palabra cariño, sino por el apoyo que él le aseguraba. Del asombro pasó a la indignación. Podía dominarla en la cama, pero no tratarla como si fuera idiota.

–No veo cómo –soltó–. Si el banco ha reclamado el pago, no veo como vas a poder recomendar una inversión en Crosswinds a tu cliente. Dudo mucho que el mejor sexo del mundo te haga hacer eso.

–Deja de sacar conclusiones, Courtney. Espera a ver lo que tiene que decir Bill.

–Ya sé lo que va a decir. Puedo sentirlo.

–Entonces, vayamos a ver si tienes razón.

–Iré a decirle a Agnes que nos vamos.

Bill leyó la carta del banco una vez más. «Maldita Hilary», pensó. «Debería haberlo informado de las múltiples cartas de aviso del banco. Podría haberla aconsejado. Pero no lo informó. Lo que hizo fue mentirle al banco diciendo que, en noviembre, vencían dos cuantiosas pólizas de seguro y podría pagarles. Incluso mencionó el nombre de dos aseguradoras y el número de las pólizas. Cuando falleció, las llamaron y descubrieron que todo era mentira».

«¿Qué diablos esperaba Hilary con sus mentiras? ¿Ganar tiempo? ¿Tiempo para qué? ¿Para ganar a la lotería?»

Era demasiado tarde. El banco había cerrado la oficina de Queenswood y ya no tenían ninguna influencia. La única esperanza era Jack Falconer, el asesor de inversiones que Courtney le había mencionado por teléfono.

Eso sí, el banco solo había dado un mes para recibir el dinero y si no, sacarían Crosswinds a subasta. No era una broma. Los bancos jugaban duro.

Bill se levantó de su silla a mirar por la ventana, reflexionando sobre el extraño comportamiento de Hilary. Pensó que no era una soñadora, ¿o sí?, y que quizá, su agresividad feminista no había sido más que una fachada para encubrir con dureza su vulnerabilidad.

La llegada de un descapotable rojo lo sacó de sus cavilaciones. Eran Courtney y Jack.

Se fijó en que ella seguía usando vaqueros, pero ya no llevaba camisa a cuadros ni sombrero polvoriento. Llevaba puesto un jersey beis ceñido. Nunca había visto a la chica tan linda y femenina.

Se fijó en su acompañante. Era un hombre alto, de espaldas anchas, cabello oscuro cortado al estilo militar, y una forma decidida de andar, que a Bill le gustó.

Sospechaba que a Courtney también le gustaba. Si no, ¿por qué se habría molestado en arreglarse? En veinticinco años, nunca había sucedido algo parecido.

El hombre tenía muy buena presencia. Guapo, varonil, galante, y elegante en el vestir.

Bill se puso de mejor humor. Había notado algo en la voz de Courtney cuando le habló del hombre milagroso que había encontrado. Sabía lo que pasaba. Se había enamorado de él.

William pensó que si el tal Jack Falconer también estaba enamorado, se esforzaría en buscar un inversor. A los hombres les gustaba ir al rescate de una damisela en apuros. Claro que era posible describir así a Courtney.

«Me estoy haciendo falsas ilusiones», pensó. «Cuando se entere de lo que hicieron su madre y el banco, volverá a ponerse difícil, como de costumbre y su hombre milagro se desvanecerá».

Pero no lo hizo. Se sentó allí derrotada.

–O sea que es eso –dijo por fin, los hombros caídos y los ojos muertos–. Estoy acabada. Crosswinds está acabado.

–No necesariamente –dijo Bill mirando a Jack–. Vamos a ver lo que el señor Falconer tiene que decir. Crosswinds puede seguir siendo una buena inversión.

–No entiendes nada, Bill –interrumpió Courtney antes de que el hombre milagro pudiera hablar–. Tenemos un problema con Goldplated y tardaremos más de un mes en saber si va a servir.

–¿Qué quieres decir? Cualquiera que sepa algo de caballos, sabe que se necesitan casi dos años para saber si un semental es bueno.

Cuando Courtney le explicó cuál era el problema, se derrumbó.

–Eso sí que es terrible.

–¿Puedo decir algo ahora? –dijo el hombre milagro.

–Claro –contestó Bill con buenos modales.

–Los dos tienen razón en una cosa. Yo no podría aconsejar a nadie que invierta en Crosswinds bajo las circunstancias actuales.

Pero tengo una solución alternativa.

–¿De veras? –exclamó Courtney, con gran asombro.

–¿Cuál es? –preguntó Bill.

–Yo pagaré la deuda de mi bolsillo –tanto a Courtney como a Bill se les cortó la respiración. Bill no salía de su asombro. Ese hombre iba al rescate con verdadero estilo. ¡Debía de querer mucho a Courtney!–. Y antes de que digan nada –continuó, mirando a Courtney con severidad–, claro que me lo puedo permitir. Ya insinué varias veces que tengo dinero, pero tú no me escuchabas. Parecías feliz pensando que estaba sin blanca y, a decir verdad, me gustaba que por una vez, no entrara en cuestión el dinero.

Courtney se quedó de piedra. Pero, de repente, lo vio todo muy claro y se puso furiosa.

–¡Oh no! –protestó Bill en voz baja, pensando: «La hija de Hilary está a punto de mirarle el diente al caballo regalado». Adivinaba lo que iba a pasar.

–Nunca hubo un cliente misterioso dispuesto a invertir en Crosswinds, ¿verdad? –Courtney explotó–. ¡Eras tú mismo, serpenteando entre mis libros y colándote en mi cama!

Bill parpadeó. ¡O sea que ya eran amantes! Esa era una buena noticia. Muy buena. Solo se trataba de una discusión entre amantes. Nada de qué preocuparse.

Se aclaró la garganta.

–Quizá debería dejaros solos para que aclaréis las cosas. Iré un momento al Bluegum Café a tomarme el té de media mañana. Volveré en unos quince minutos.

Courtney echaba chispas, mientras que Jack estaba en perfecta calma.

–Gracias, Bill –contestó Jack–. Creo que es una buena idea.

Bill no quería sonreír por miedo a exasperar aún más a Courtney, pero en cuanto estuvo solo se rio. Por fin la chica había encontrado la horma de su zapato.

–Vamos, Courtney… –comenzó Jack con mucha calma en cuanto salió Bill.

–No me vengas con vamos Courtney… –saltó ella poniéndose en pie y alejándose hacia la ventana–. Me has mentido y me has

engañado aposta. Vete a saber por qué. ¿Te gusta jugar con la vida de los demás?

–No, claro que no.

–Yo creo que sí. Te lo has pasado muy bien. Tú mismo dijiste lo mucho que te gusta el juego.

Jack se levantó de la silla. Ella cerró los puños, furiosa. No podía ver nada de lo enojada que estaba. Con mucho gusto le habría pegado un puñetazo.

–Courtney –le dijo mientras se dirigía hacia ella–, hay juegos y juegos. Sí, me lo he pasado muy bien, pero no creo que pagar una deuda de tres millones sea precisamente un juego. ¿No crees?

Su razonamiento la ofuscó.

–¿Cómo puedo saberlo? Quizá te gusta pagar las deudas de otras personas. Ya lo hiciste antes, sin tener que hacerlo.

Jack se puso serio, mientras se acercaba a ella y la agarraba por los hombros.

–Sí tenía que hacerlo –insistió, mirándola fijamente a los ojos–. Comprenderás que no podría vivir conmigo mismo sabiendo que toda esa gente había perdido los ahorros de toda su vida por culpa de la codicia de mi socio. Igual que no podría vivir ahora, si dejo que tú y Crosswinds os hundáis. Me importas demasiado. –el corazón de ella se paró. ¿Estaba diciendo lo que ella ansiaba que dijera? ¿Estaba diciendo que la amaba?–. No es caridad lo que te ofrezco –continuó–. Lo que te ofrezco es un trato.

–Un trato… –repitió Courtney decepcionada. Un trato, no amor.

–Yo pagaré tus deudas si, a cambio, haces algo por mí.

–¿Y qué puedo hacer por ti? –tenía que ser algo muy grande por tres millones de dólares.

Jack parecía preocupado.

–Puede resultarte chocante, ya que hace tan poco que nos conocemos. Pero yo, por mi parte, estoy completamente seguro. De hecho, nunca he estado más seguro de nada.

–Jack, por favor, ¿qué es?

–Quiero que tengas un hijo mío.

Courtney se quedó estupefacta.

Un hijo. Él quería que ella tuviera un hijo suyo. Ni en sus más locas fantasías se le habría ocurrido algo igual.

–¿Quieres decir, como una especie de madre de alquiler? –

preguntó, sin salir de su asombro.

–No, por favor. Quiero decir, tener un hijo juntos, como cualquier pareja normal –la idea la conmovió en lo más íntimo. Nunca había pensado en ser madre, pero la idea de tener un hijo con Jack la llenaba como mujer. Pero no debía hacerlo. Era mucho más arriesgado que amarlo. Él no debía habérselo pedido. No tenía derecho–. ¿Qué te parece? –persistió él, mientras ella lo miraba boquiabierta.

–Creo que tienes mucha cara –recriminó con frialdad, intentando disimular su inquietud. Sabía que dijera lo que le dijera, al final la respuesta sería que sí.

No podía ceder con tanta facilidad.

Él sonreía con dulzura.

–Lo cual hace que hagamos muy buena pareja, ¿no crees? Un hijo nuestro podría comerse el mundo.

–Lo siento, Jack, pero mi respuesta es que no. Nunca traería al mundo un hijo ilegítimo. Nunca, después de haberlo sido yo.

–Entonces, ¡cásate conmigo! –el atrevimiento de su propuesta la indignó. Seguro que casarse con ella era solo la forma de lograr un objetivo. Debía de desear muchísimo tener un hijo. Estaba confusa y desconcertada. Él había dicho: cásate conmigo. Si hasta moriría por él–. La única razón por la que no mencioné primero el matrimonio es porque no creía que quisieras casarte.

Courtney se asombró de que lo supiera. ¿Habría estado hablando con Agnes?

–En efecto, no quiero –confesó a regañadientes–. Pero si va a haber un niño…

–Entonces, ¿te casarás conmigo? –le apretó los hombros con las manos y los ojos le brillaban de alegría–. No te arrepentirás, Courtney. Te lo prometo. Seré bueno contigo y con nuestro bebé. Nunca más tendrás que preocuparte por nada.

–Aún no he dicho que sí –irrumpió ella–. Primero quiero hacerte unas cuantas preguntas. Pero antes, ¿crees que podrías soltarme? –no podía pensar con claridad estando tan cerca.

–Pregunta –la soltó, y ella se alejó hacia la mesa de Bill.

–Bien. Quiero saber cuándo decidiste pedirme esto. Y no me vengas con cuentos. ¿Ya habías pensado en ello cuando inventaste a tu inversor misterioso y te las arreglaste para venir a casa conmigo?

–No, por supuesto que no.

–¿Entonces, cuando? ¿Hoy en esta oficina?

–No precisamente. La idea se me pasó por la cabeza la primera vez que hicimos el amor, pero la descarté. No creía que pudieras aceptar. Pero hoy, cuando se me ocurrió de nuevo, pensé que en las circunstancias actuales, era posible.

–No debería. No está bien.

–¿Qué es lo que no está bien?

–Sería una mercenaria si aceptara casarme con un hombre y tener su bebé, a cambio de tres millones de mugrientos dólares. Y tú eres un canalla por proponérmelo.

–Venga, Courtney. Mi oferta no es a sangre fría, y tú lo sabes. Quizá no estemos enamorados, pero nos gustamos muchísimo. El calor que se genera cuando estamos juntos haría que un horno se avergonzara. Muchas parejas embobadas, no funcionan así de bien en la cama.

–Eso es pura química sexual –no quería ceder–. La clase de química más inestable que hay. Dale seis meses y se quemará.

–Lo dudo mucho.

–Perdóname, pero la experiencia me dice que será como digo. Lo cierto es que no nos conocemos tanto como para dar un paso tan importante como casarse y tener un hijo.

–Ya sé todo lo que hay que saber sobre ti –insistió Jack.

–¿En cuatro días?

–He aprendido más sobre ti en estos cuatro días que lo que aprendí sobre Katrina en cuatro años de vivir con ella. Y lo que he aprendido me ha gustado. Me ha gustado mucho. Y creo que tú también me conoces bastante bien.

«Solo en el sentido bíblico», pensó Courtney afligida. Jack suspiró mientras se mesaba el cabello, nervioso. Después, continuó hablando.

–De todos modos, hay cosas sobre mí que no sabes y que deberías saber. No quiero que me reproches que te he engañado. Voy a pintarte el cuadro completo.

–¿El cuadro completo? –repitió ella, temerosa de lo que iba a decirle.

Jack comenzó a pasear por la oficina sin dejar de mirarla.

–Hace un año la idea de casarme y tener un hijo era lo último

que se me habría ocurrido. Creí que tenía todo lo que un hombre podía desear. Un negocio que daba millones. Una casa en el sitio mejor de Sidney. Un estilo de vida de cinco estrellas. Y entonces, en unos pocos meses, mi socio hizo una estafa. El negocio se fue al garete. Yo perdí un dineral. Y para colmo, mi novia se marchó con otro hombre. Tú crees que me abandonó por culpa del dinero. Y quizá tengas razón, pero eso no se me ocurrió entonces. Creía, tonto de mí, que el tener un par de millones en el banco era suficiente. Pero la principal razón por la que Katrina me abandonó fue porque le insití en tener un hijo.

–¿Querías que Katrina tuviera un hijo tuyo? –el dolor la ofuscaba. Una vez más era la suplente de Katrina, la sustituta de segunda categoría.

–Sí, quería. Tonto de mí –se estremeció al recordar, y comenzó de nuevo a pasear por la oficina–. El fracaso con mi socio, me cambió mucho. De repente vi el resultado de vivir solo para ganar dinero y divertirme. Me dí cuenta de que la vida de familia que mi hermano mayor tenía daba muchas más satisfacciones que mi calidad de vida. Empecé a sentir el vacío de todo y le pedí a Katrina que nos casáramos y tuviéramos un bebé –su voz menguó y su mirada se vació.

Courtney no podía soportar pensar en lo que él estaba recordando.

–¿Y? –inquirió tajante.

–Me contestó que me amaba, pero que no tenía intención de tener hijos nunca. Dijo que detestaba la idea. Quería que siguiéramos como hasta entonces, sin responsabilidades, viviendo solo para nuestro propio placer –Courtney se disgustó pensando en el placer que Katrina le daba a Jack–. Le dije que si no estaba preparada para estabilizarse y tener hijos, que habíamos terminado.

–¿Quieres decir que fuiste tú quien la dejó a ella y no al revés?

–No. No. He de confesar que no fue así. Yo pensaba que cedería a mis exigencias. Mi ultimátum no era más que un farol. Un farol peligroso, considerando que Katrina no aceptaba que la obligaran a nada. Como sabes –continuó amargamente–, me dejó por Axelrod y luego se casó con él.

Courtney no sabía qué decir. Jack se quedó mirando al suelo unos segundos y luego, alzó la cara con una mirada muy triste.

–No voy a negarte que me quedé muy apesadumbrado durante mucho tiempo. Ni que fui a las carreras el sábado para poder verla. ¿Quería que volviera? Pues no lo sé. Me dije que solo quería que viera que había sobrevivido y que seguía siendo igual de rico que antes. Incluso más. Es cierto. Después que Katrina me dejara comencé a jugar en bolsa, arriesgándolo todo. Una especie de autodestrucción. Cualquier inversor se habría escandalizado. Pero tuve suerte y gané mucho dinero.

–Sí, creo que querías que volviera, Jack –manifestó Courtney, obligándolo a encararse con la verdad, la podrida verdad–. Todavía la amas.

–No –negó él. Creo que no. Ya no. En el momento en que te conocí, cuando empecé a ver a Katrina, con la claridad de tus ojos, supe que no quería nada más con ella. Supe también que quería ausentarme de Sidney durante algunos días. La vida de ciudad me oprimía. Y por eso se me ocurrió la idea del cliente misterioso. No te mentí del todo. Pensaba de verdad invertir en Crosswinds si me parecía un negocio con posibilidades. Retrasé el decirte quién era el cliente para poder pasar más tiempo contigo, siendo el hombre que tú creías que era, el arruinado Jack Falconer. Que te gustara por mí mismo, que me desearas por mí mismo, me aliviaba, y mejoraba mi autoestima. ¿Me deseabas por mí mismo, no es cierto? –le preguntó con ternura, y se acercó mirándola con decisión.

Courtney se llenó de pánico y alzó las manos para apartarlo. Pero él le agarró la cara y comenzó a besarla. Las manos de Courtney quedaron a la altura del corazón de Jack y pudo sentir cómo le latía. Estaba claro que él también la quería por ella misma. Podía ser que aún amara a Katrina, pero una vez comenzaran a hacer el amor, la borraría de su mente. Al menos mientras estuviera en sus brazos, solo le pertenecería a ella. Courtney cedió, y se besaron con ansia, la lengua de él acariciándole los labios y explorando su boca.

Courtney gimió:

–Jack, oh Jack, mi amor…

Bill tuvo que toser varias veces para alertar de su regreso a la pareja que estaba besándose. No se sorprendió al encontrarlos en un

ardiente abrazo. Lo que sí lo sorprendió fue que Courtney se sonrojara al verlo.

–¿Ya han pasado los quince minutos? –preguntó Courtney.

Bill pensó que su descaro era una fachada, como lo era el de Hilary. Debajo de su agresividad eran dulces y femeninas como cualquier mujer. Al menos así era cuando se les presentaba el hombre apropiado.

Bill se sentó y miró a Jack.

–Entiendo que ya os habéis puesto de acuerdo.

–Perfectamente –contestó Jack–. Si me das la correspondencia del banco, pagaré la deuda de Courtney esta misma semana.

–Estupendo –dijo Bill con franca alegría–. ¿Y cómo hay que considerarlo, como un préstamo tuyo, o como un regalo?

–Un regalo. Puesto que eres un amigo de la familia, además del contable, te diré que le he pedido a Courtney que se case conmigo, y ella ha aceptado. Lo de antes fue un sí, ¿verdad cariño? –le preguntó agarrándola por la cintura. Por un instante Bill pensó que ella iba a contestar que no. Ya no estaba sonrojada y Bill intuyó una chispa de rebelión en sus ojos–. ¿Cariño? –Jack la apremiaba.

Ella le dirigió una sonrisa frágil.

–Sí –le confirmó, aunque algo tirante.

Bill se sintió aliviado.

–¡Maravilloso! ¿Cuándo será?

–Tan pronto como se pueda – dijo Jack y Bill trató de no parecer asombrado. Courtney no podía estar embarazada, puesto que solo conocía a Jack desde el fin de semana, y puesto que ya eran amantes, a Bill le parecía que podían haber tenido un noviazgo más largo.

–¿Y cuándo podrá ser? –le preguntó a Jack.

–A menos que se consiga una licencia especial, hay que esperar un mes desde que se presenta la solicitud. Por lo tanto, tan pronto como sea posible después de transcurrido un mes. Creo que podría celebrarse en Crosswinds.

Bill esperaba que Courtney pusiera alguna pega, pero no lo hizo. Se quedó callada, pero no parecía contenta.

A Bill se le ocurrió que quizá Courtney no estaba enamorada y solo fingía. Quizá solo se casaba por dinero.

La idea lo escandalizó. Creía que Courtney era capaz de muchas

cosas, pero no de un engaño así. La miró inquisitivo, y ella apartó la vista con un brillo en los ojos más rebelde que nunca.

–¿Te plantea algún problema, Bill? –le dijo cortante.

–No, si no te lo plantea a ti. ¿Y qué pasa con el resto del dinero que ibas a necesitar para poner al día Crosswinds?

–Como marido de Courtney –intervino Jack con afabilidad–, tendré mucho gusto en pagar cualquier reparación o reforma que sea necesaria en nuestra casa.

Bill vio que Courtney se agarrotaba y le lanzaba una mirada furibunda a Jack.

–¿Qué quieres decir con nuestra casa?

Jack permaneció inmutable ante el fuego de sus ojos.

–Espero vivir en Crosswinds contigo, querida. No creo que podamos mantener un matrimonio en condiciones si yo estoy en Sidney y tú aquí, ¿no te parece?

–No había pensado con tanta antelación –contestó tensa.

–Hablaremos de eso mientras volvemos a casa.

–Desde luego –replicó casi mordiendo–, desde luego que lo hablaremos. Bill, dale a Jack las cartas. Tenemos que irnos ya. Goldplated va a hacer su primera prueba y me gustaría ver lo que pasa.

Bill hizo lo que le pedían, mientras miraba a Courtney con recelo.

–Courtney –la llamó.

–¿Sí?

–¿Podrías dedicarme un minuto en privado?

–Te esperaré en el coche, cariño –dijo Jack con diplomacia antes de salir de la oficina.

–¿Qué quieres, Bill? –inquirió impaciente.

Bill esperó hasta estar seguro de que Jack no podría oírlos.

–Espero que lo que yo estoy pensando no sea cierto, Courtney Cross. Espero que no te vayas a casar con Jack solo por su dinero.

Courtney se rio.

–Por favor, Bill. ¿Cómo puedes escandalizarte tanto, cuando fue idea tuya que me casara por dinero? Lo dijiste en este mismo despacho la semana pasada, ¿recuerdas?

–Lo dije por decir. Hilary se revolvería en su tumba si pensara que harías algo así.

–Te equivocas, Bill. Con toda seguridad, mamá aplaudiría mi atrevimiento. Pero, por favor, deja que descanse tu conciencia. No me caso con Jack solo por su dinero.

Bill se sintió aliviado.

–Ah… o sea que es por amor. Eso es lo que pensé cuando os vi besaros. Me dije para mis adentros, Bill, esa es una pareja que está locamente enamorada.

Esta vez fue su risa la que lo escandalizó.

–¡Vaya si eres romántico! Jack no me ama. Todavía está enamorado de su antigua novia, que lo dejó por otro. A mí me desea. Ya te dije cual sería el único motivo por el que yo me casaría, y eso no ha cambiado.

–¿Por el sexo? ¿Te vas a casar por el sexo?

–El dinero es solo la guinda. Nos veremos en la boda, Bill. Ah, y guárdame el secreto. No se lo digas a nadie, sobre todo a Agnes. Aunque Jack sabe la verdad, creo que preferiría que todos pensaran que lo nuestro es el flechazo del siglo. Es una cuestión de orgullo masculino, ¿no crees?

Capítulo 14

Qué quería Bill? ¿O no debería preguntarlo?

Acababan de dejar Queenswood, y Courtney todavía estaba enfadada por la actitud manipuladora de Jack. ¿Cómo se atrevía a anunciar cuando y como iban a casarse y dónde pensaba vivir, sin ni siquiera consultárselo? Si esa era la forma en que iba a actuar con ella una vez casados, estaba arreglado. Y si creía que iba a pasar el platillo cada vez que necesitara dinero, entonces sí que estaría arreglado de verdad.

–Quería saber si me casaba contigo por tu dinero –le anunció desafiante.

–¿Y qué le dijiste?

–Le dije exactamente lo mismo que la semana pasada cuando él me lo sugirió.

–¿Te sugirió que te casaras por dinero? –Jack preguntó incrédulo.

–Sí lo hizo, pero yo le dije que nunca lo haría. Le dije que si hacía algo tan estúpido como casarme, sería por el sexo –la risa de Jack no consiguió disipar el mal humor de Courtney–. ¿No me crees?

–En otras circunstancias, lo creería. No voy a engañarme a mí mismo pensando que mi dinero no influyó en tu decisión de aceptar mis dos proposiciones. Pero estoy contento de que te gustara y me desearas antes de saber que estoy podrido de dinero.

–¿Exactamente cómo de podrido estás?

–No soy billonario. Pero valgo unos diez millones. Lo cual me recuerda que el día que nos casemos haré que transfieran dos millones a tu cuenta para que puedas hacer todas esas cosas quieres hacer en Crosswinds. No tendrás que darme cuentas. Podrás hacer lo que quieras con ese dinero.

La oferta de Jack amansó a Courtney.

–Eso… eso es muy generoso por tu parte. Pero no necesito tanto. Quiero decir que…

–Claro que lo necesitas –insistió–. A Crosswinds le hace falta bastante más que una capa de pintura. Necesita una reforma total.

–No sé qué decir.

Era la gota que colmaba el vaso. El millón de más era un soborno para que no se echara atrás, y para que siguiera siendo cariñosa en la cama. Jack no sabía que nada iba a hacerla cambiar de opinión en cuanto a casarse con él. En cuanto a seguir siendo cariñosa en la cama, ni todo el oro del mundo podría hacer que quisiera serlo más.

En parte le había dicho la verdad a Bill. Cómo hacían el amor había sido el factor decisivo, más que el amor, para que aceptara casarse con Jack. Sobreviviría sin el amor de Jack. No tenía más remedio. Pero no podría vivir sin hacer el amor con él.

Y siendo su mujer, lo tendría asegurado.

–Mañana tendré que volver a Sidney para arreglar las cosas –dijo Jack–. Mientras esté allí, presentaré la solicitud de matrimonio. Tendrás que darme tu partida de nacimiento. Volveré el fin de semana y traeré todas mis cosas.

–¿De veras piensas quedarte –inquirió Courtney– de modo permanente?

–¿Tienes algo que objetar?

–No. ¿Pero qué piensas hacer en tu tiempo libre? Lo que quiero decir es que Crosswinds solo tiene un jefe, y ese soy yo, Jack. No voy a tolerar ninguna interferencia en cómo dirijo el rancho.

–No te preocupes. No voy a interferir. ¿Qué diablos sé yo de caballos? Durante el día, seguiré haciendo lo que hago siempre desde que cerré mi despacho de consultor. Negociaré en la bolsa a través de internet. ¿Tienes alguna habitación que pueda usar como despacho?

–Puedes usar el estudio de mamá.

–Estupendo. Entonces, todo arreglado.

Courtney no estaba tan segura. La vida en el campo no era igual a la de la ciudad. Era una vida muy tranquila y sencilla. No había restaurantes de cinco tenedores, ni teatros, ni eventos deportivos. No había tiendas elegantes, ni galerías. No había ninguno de los sitios a los que Jack acostumbraba ir con Katrina. Él había dicho que no quería nada de eso, pero le sería difícil cambiar de hábitos.

–Te aburrirás.

–¿Contigo? Nunca.

«Conmigo, con los caballos, con las moscas, y con el calor. Con todo. Mucho antes de que llegue un bebé», pensó Courtney. No le daba ni seis meses. Seis meses y se subiría por las paredes. O lo que era peor, trataría de intervenir.

Se quedaron en silencio hasta que llegaron a Crosswinds.

–¿Qué vamos a decirle a Agnes? –preguntó ella de repente.

–¿Qué te gustaría decirle?

–No la verdad a secas. Y nada de lo del bebé. Puedes reconocer que tú mismo eras el inversor misterioso, pero que, cuando nos enamoramos, pensaste en ser mi socio de otro modo. Puedes decirle que me propusiste matrimonio esta mañana en el coche y que yo acepté. No quiero que le digas nada de lo del banco. Quiero que crea que ha sido un verdadero flechazo. Llamaré a Bill para estar segura de que no dice otra cosa.

–Bien. ¿Pero piensas que se va a creer ese cuento? Te conoce muy bien y tenía muchas dudas de que llegaras a casarte. De tal madre, tal hija.

Quizás Agnes había pensado así, pero no era tonta e intuyó algo cuando Courtney bajó a desayunar llevando puesto el suéter ceñido que Sarah le regaló por su cumpleaños. Según Courtney le había dicho a Agnes, no se lo pondría ni muerta, porque era de los que usan las chicas tontas cuando están enamoradas.

Courtney sabía que Agnes adoraba a Jack. Cuando le anunciara su compromiso, se pondría muy contenta.

Y se puso contentísima.

–¡Ay Dios mío! –exclamó emocionada– ¡Ay Dios mío! ¿Vas a vivir aquí, Jack? Es maravilloso. ¿Queréis tener hijos? –se dirigía a Courtney.

Courtney no quería pensar en lo del bebé. Sobre todo, puesto que le pagaban por tener el bebé de Jack. Se sentía como una yegua de cría muy cara, seleccionada solo por sus genes. Y lo del corazón… Se acordaba de que Jack estaba preocupado por si tenía algo de corazón. Seguro que ese defecto la eliminaría como madre del bebé de Jack.

Eso no debía dolerle, pero le dolía. Todo lo de ese matrimonio iba a dolerle algún día. El placer físico que iba a disfrutar tenía un precio.

No era justo preocupar a Agnes con esos pensamientos, después de lo mal que lo había pasado con los problemas de Crosswinds. Merecía ser feliz.

–Jack y yo queremos comenzar una familia cuanto antes –le dijo con una gran sonrisa fingida.

–Eso es maravilloso. Y quién sabe, quizás Crosswinds tendrá por fin un chico.

–¿Te gustaría un chico? –preguntó Jack mientras caminaba con Courtney hacia la cuadra de Goldplated.

–No especialmente –le contestó–. Ese era el deseo de mi madre. ¿Te gustaría a ti?

–No. Me da igual.

–¿Vas a invitar a tu familia a la boda?

–No creo. Solo tengo a mi padre y a mi hermano y los dos viven en el sur de Australia. ¿Por qué? ¿Te gustaría que los invitara?

–No. Supongo que no. Será mejor que no sea una boda muy grande.

–¿A quién vas a pedirle que sea tu padrino?

Courtney se entristeció al pensar que no tendría ni padre ni madre en su boda.

–No lo sé –murmuró– ¿Importa mucho?

–Podrías pedírselo a Bill.

–Pues sí –eso le recordó que tenía que llamarlo para advertirlo. Aprovecharía para pedírselo–. Camina más deprisa o no llegaremos a tiempo para la prueba. Sean dijo que llevaría a la yegua al potrero de Goldplated después de comer.

El potrero era espacioso y estaba cubierto de buen pasto. En un extremo estaba el establo, y en el otro había unos árboles. Cuando Jack y Courtney llegaron, Ned y Sean estaban escondidos acechando lo que pasaba.

–No hagáis ruido –les dijo Sean en voz muy baja–. Cuando traje a la yegua hace un rato, Goldplated miró a su alrededor a ver si había alguien. Tratad de que no os vea.

Courtney se deslizó a lo largo de la cerca hasta que el establo la tapaba. Jack se puso detrás y le rodeó la cintura en un abrazo posesivo y muy íntimo. Ned y Sean se miraron con complicidad. Courtney se dio cuenta, pero no le importó. Tarde o temprano tendrían que enterarse, y prefería que pensaran que su boda había

sido por un flechazo.

–¿De dónde has traído a la yegua? –Courtney preguntó nerviosa, cuando llegaba la hora de la verdad. ¡Deseaba tanto que Goldplated funcionara! Ya no era cuestión de dinero, sino de orgullo. De justicia. Quería vengarse de la persona que maltrató a Goldplated y engañó a su madre.

–Ned se la pidió a un vecino. Es una yegua corriente. Ha tenido cinco potrillos y su dueño dice que cuando está en celo es una sinvergüenza.

–Muy bien. Cuanto más sinvergüenza, mejor.

–Me encanta tu manera de hablar –le susurró Jack en el oído.

Courtney lo miró por encima del hombro.

–Esto es trabajo, Jack, no diversión.

–Tienes razón.

–Ya lo comprobarás, si tenemos suerte.

Los cuatro se callaron mientras miraban. Goldplated dudaba y estaba muy nervioso. Ni siquiera se acercaba a la yegua. Pero la yegua no aceptó su actitud. Se acercó a él y lo olfateó. Se colocó para que él la olfateara.

De pronto Goldplated retrocedió y soltó un relincho. Pero no fue de miedo ni de pánico. Estaba completamente excitado y su miembro era cosa de ver.

–¡Vaya! –exclamó Jack asombrado

–Shh –lo regañó Courtney, aunque ella también estaba asombrada. Goldplated era un semental de primera.

La yegua se alejó trotando por el potrero, provocándolo e incitándolo a la perfección. Goldplated salió en su busca dándole mordiscos tiernos, arrimándose a su cuello cuando podía. La yegua, coqueta, sacudía la cabeza y la crin y salía corriendo hasta que por fin se dejó arrinconar. Al principio se detuvo como si no quisiera, pero luego alzó la cola y retrocedió hacia él. «Vale chicarrón», parecía decir, «me rindo, tómame, soy tuya».

Goldplated relinchó y alzando las patas delanteras, la penetró lanzando su semen dentro de la yegua.

Por primera vez en su vida, Courtney se puso nerviosa al presenciar el apareamiento de dos caballos. No podía dejar de mirar mientras Goldplated montaba a la yegua. Parecía que estuvieran en la gloria, temblando y relinchando.

Estaba claro que algún potrillo nacería de esa unión, y que a Goldplated llegaría a gustarle la profesión que le había tocado en suerte.

Mientras, Jack estaba apretado contra el trasero de Courtney con una erección considerable. Cuando al fin se separaron los caballos, ella ya estaba en completa excitación. Nunca se había sentido tan ardiente en toda su vida. En ese momento, le habría gustado hacer lo mismo que la yegua, retroceder y dejarse tomar.

Pero ellos no eran animales. Eran seres humanos limitados por los códigos de la decencia y la moral. Simplemente no se podía hacer.

Se sobrepuso y retomó su papel de jefa de Crosswinds.

–Parece prometedor –se acercó a Ned y a Sean–. ¿Cuál es el siguiente paso?

–Ned va a buscar otra yegua con experiencia para la semana próxima –contestó Sean–. No creo que debamos cansarlo. Mejor esperar un poco. Así estará más ansioso. A la semana siguiente, otras dos yeguas, con algo de intervención por nuestra parte. Luego, espero que esté listo para cubrir a tus yeguas.

–Parece un buen plan. Mantenedme informada.

–De acuerdo.

–Vamos, Jack –ordenó, apartándolo con un giro brusco de sus hombros–. Tenemos trabajo. Hay que limpiar el estudio y buscar el certificado. Vete a saber dónde lo pondría mamá, pero estará en alguna parte.

–No quiero ir a la casa ahora. Llévame a algún sitio donde podamos estar solos –suplicó Jack–. Ahora mismo.

Ella se detuvo en seco, sintiendo una oleada de calor. Sabía qué era lo que él deseaba. Lo veía en sus ojos.

–El almacén de piensos –le dijo, sin pensarlo.

–Vayamos, pues –la agarró de una mano y comenzó a tirar de ella.

–No es por ahí.

No tardaron más de diez minutos. Diez minutos demasiado largos.

El almacén de piensos se usaba para guardar la paja y los pastos para los caballos de los establos más lejanos. Solo lo llenaban los lunes, por lo que no era fácil que se acercara alguien por allí. Pero

era posible. Jack dijo que no le importaba y que se quitara la maldita ropa. Toda la ropa.

La posibilidad de que apareciera alguien avivó su pasión. Courtney estaba dispuesta a hacer todo lo que Jack le pidiera. Y lo hizo. Se desvistió por completo y se tumbó sobre dos pacas de paja y dejó que él la tomara igual que Goldplated había tomado a la yegua, que la mordiera en el cuello y lanzara su semilla dentro de ella.

Acabaron enseguida, llegando juntos al clímax. Jack cayó vencido sobre la espalda de ella, aplastándola con el peso de su pecho.

Courtney volvió a la realidad.

–Jack, cariño –susurró por fin–, no usaste protección…

–No –respondió con frialdad–, no la usé. Courtney se estremeció de indignación al pensar que lo había hecho aposta y no por no poder controlar su pasión–. ¿Te importa mucho? –murmuró–. Dijiste que querías encargar un bebé enseguida…

–Sabes que quería decir, enseguida después de la boda – protestó con voz angustiada, al darse cuenta de que era su época fértil.

–No veo que un mes importe mucho –respondió Jack con sarcasmo–, a menos, claro, que tengas intención de cambiar de opinión una vez recibas mi dinero.

–Sabes que no haría eso.

–No, Courtney, no lo sé, porque has reaccionado muy mal a lo que ha sido una falta de cuidado de los dos. Pero, me alegro de oír que no lo harías.

Iban a levantarse, pero se dieron cuenta de que él aún estaba dentro de ella y todavía erecto.

–No te levantes –le dijo con voz deseosa–. No he acabado todavía.

La empujó dulcemente hacia abajo y la acarició en los hombros y la espalda, enardeciendo nuevamente su cuerpo aún no saciado. Ella se abandonó sobre las pacas de paja y sintió cómo él, completamente quieto dentro de ella, la acariciaba en lo más íntimo con esas manos tan fuertes, tan sabias y tan dulces. Cuando ella empezó a gemir y a arquear la espalda, el la agarró por la cintura y la puso de rodillas.

–Hazlo tú –la apremió, y le mostró lo que deseaba.

Ella gimió, pero obedeció, balanceándose, haciéndole el amor con su cuerpo, la cabeza apoyada sobre las pacas y los ojos entornados. Si alguien hubiera entrado, no lo habría visto, ni le habría importado. Estaba en otro mundo, un mundo donde no había nada más que sus dos cuerpos, haciendo lo que hacían. Le pidió que se moviera también, pero él no lo hizo. Hasta que ella estuvo casi loca de frustración y lloró. Entonces, solo entonces, se movió. Acarició sus senos y deslizó las manos por su abdomen y entre sus piernas, hasta tocar el punto mágico que la hacía añicos.

Gritó su nombre y luego, sollozó.

–Oh Jack…Jack… ¿Qué me has hecho?

Capítulo 15

Courtney colgó el teléfono y caminó desconsolada hacia la cocina.

–Jack no volverá hasta el domingo –dijo con voz lóbrega–. Dijo que ha tardado mucho más de lo previsto en hacer todo lo que tenía que hacer. También dijo que no le cabe todo en el coche y le ha pedido a Lois que traiga el resto. Ella vendrá también el domingo a recoger el caballo, ¿recuerdas?

Agnes estaba lavando los cacharros.

–¿El que has estado tratando de hacer adelgazar?

–Sí, ese. Jack debe tener muchísima ropa si no le cabe en el coche. Vete a saber cuándo la va a usar.

–No creo que sea todo ropa –respondió Agnes, quitando el tapón de la pila. Prometió comprarme un lavavajillas cuando fuera a Sidney. Y también dijo algo de un ordenador para Sarah.

Courtney frunció el ceño.

–A mí no me dijo nada de eso.

–Quería que fuera una sorpresa. Solo te lo digo para que no te preocupes. Estoy segura de que también te traerá a ti algo muy especial, o sea que deja de hacer mohines.

–No estoy haciendo mohines.

–Sí que lo estás. Has estado de mal humor desde que Jack se marchó.

–No es cierto.

–No me puedes engañar. Lo echas de menos. ¿Y por qué no lo ibas a extrañar? Estás enamorada.

–Creo que no me gusta estar enamorada –murmuró.

–Sí, también me he dado cuenta de eso. Pero te acostumbrarás. Jack es un buen hombre y serás feliz con él. Si no lo estropeas, claro. Pero si empiezas a actuar como lo hacía tu madre con los hombres, serás muy infeliz.

–Yo no soy como mi madre.

–Sí que lo eres, en muchas cosas.

Courtney echaba chispas.

–¿De qué lado estás?

–¿Tiene que haber lados?

–Siempre los hay cuando se trata de hombres y mujeres.

–¿Quién lo dijo? ¿Hilary?

–No. Lo he dicho yo. Siempre quieren quedar por encima.

Agnes se encogió de hombros.

–No creo que Jack sea así. Es un buen chico. Amable y bien dispuesto. Deberías dar gracias a tu buena estrella por que se haya enamorado de ti. No muchos hombres lo harían.

–Pues, muchas gracias…

–Solo miro por tus intereses. Me preocupa que hagas algo que lo estropee todo. Jack es lo mejor que os ha pasado nunca, a ti y a Crosswinds. O sea que ten cuidado y pórtate bien.

Courtney tuvo que reprimirse para no decirle a Agnes qué tipo de hombre era Jack. Un oportunista, eso es lo que era. Un hombre con un plan que cumplir, movido por el deseo de vengarse de una mujer que aún adoraba.

Courtney quería gritar que él no la amaba y que solo la utilizaba. Que ella no era más que una yegua de cría, pagada y cubierta, según el plan. «Lo esencial es que solo el bebé le importa. No yo. No, nuestro matrimonio. Seguro que querrá divorciarse en cuanto tenga a su precioso bebé».

Esta última idea la sobresaltó. Se dio cuenta de que eso era lo que en realidad pasaba por su cabeza.

No cambiaba nada. Aún sabiéndolo, quería a Jack. Lo quería tanto que esperar hasta el domingo le parecía eterno. Solo eran dos días. Dos días sin fin, dos días de terrible soledad.

Parecía que todo se tensara dentro de Courtney y luego reventara. No en balde su madre se lo había advertido. Era un infierno, una agonía. No se podía aguantar.

–Me voy a montar un rato – anunció.

Courtney tiró de las riendas del caballo bayo y lo detuvo en una colina desde donde se veía todo Crosswinds. Recorrió con la vista todas sus propiedades, pero no la llenaron de gozo como antes. Solo podía pensar en Jack.

Era domingo, el tercer día consecutivo que montaba hasta allí y

se quedaba sentada sobre su caballo pensando en él. Estaba confusa. A ratos, se aferraba a la esperanza de que Jack había terminado con Katrina, que la quería a ella de verdad, y que estaba deseando formar una familia en Crosswinds. A ratos, se llenaba de dudas. ¿Por qué había retrasado su regreso? ¿Qué era exactamente lo que le tomaba tanto tiempo en Sidney? Y por último, ¿Por qué había tardado tanto en contestar el teléfono y por qué sonaba tan distraído?

Esa mañana sus dudas eran mayores que nunca a causa de un artículo del periódico que decía que el ministro de deportes y su bella esposa, Katrina, se habían separado y pensaban divorciarse. El artículo decía que el señor Axelrod no había querido hacer declaraciones, pero que se sospechaba que había una tercera persona implicada. La señora Axelrod había afirmado que había abandonado la mansión de su marido y que estaba viviendo en casa de un antiguo amigo en Sidney.

Imaginó que donde Katrina estaba viviendo era en casa de Jack. No podía dejar de pensarlo.

¿Qué pasaría si Jack la llamara esa noche y le dijera que no iba a volver?

De repente vio que se levantaba polvo en la carretera. Se irguió sobre la montura y el corazón se le aceleró. ¡Sí! El polvo salía de la carretera de Queenswood. Era un coche que se dirigía hacia Crosswinds a toda velocidad.

Pero no podía ser Jack a menos que hubiera salido al amanecer. Quizás era Lois, a quien le gustaba madrugar.

El sol asomó por detrás de unas nubes y Courtney pudo ver que el coche era rojo. Sí, era un coche rojo. Era Jack volviendo a ella a toda velocidad.

Courtney sollozó aliviada. Espoleó al caballo hasta alcanzar el galope, y cruzó los prados en línea recta saltando por encima de las cercas. Juró que nunca más tendría pensamientos tan tristes, ni se preocuparía de que Jack no la quisiera. Ella le gustaba. Él la deseaba, Y había regresado a ella. Por el momento, eso bastaba,

Saltó por encima de la última cerca y apareció en el camino de gravilla, frente al coche de Jack. Él tuvo que frenar en seco y quedó a escasos metros del hermoso caballo. La cara se le ensombreció del susto y del enojo.

–¡Courtney! ¿Estás loca, saltando las cercas así? ¿Y si te hubieras caído?

Courtney le sonrió satisfecha de que se preocupara por ella.

–No sería la primera vez. No debes preocuparte.

–¿Y si estás embarazada?

Todo el placer de su regreso se esfumó.

–¿Y si lo estoy, voy a tener que dejar de montar a caballo? –lo increpó–. ¿Tengo que parar mi vida en seco por el simple hecho de que lleve en mi seno un hijo de Jack Falconer?

–Creía que eras razonable –replicó Jack–. Sí, preferiría que dejaras de montar.

–Apuesto que no me detendrás si te monto yo a ti esta noche –señaló cortante–. Después de todo, puede que aún no esté encinta, y eso es lo que más te importa. Conseguir que lo esté.

–Courtney, por piedad…

–¿Piedad, Jack? ¿Qué tiene que ver la piedad con todo esto? No olvides que no es más que un trato. Tus millones a cambio de mi matriz. ¿Pensabas que tanto sexo me había confundido las ideas? No, Jack. Ahora sé muy bien dónde piso contigo.

–¿Y dónde pisas, Courtney? –le preguntó apretando los dientes y agarrando con furia el volante.

–En ningún sitio que pueda durar.

–Eso no es cierto.

–Nuestro matrimonio no será más que una farsa y tú lo sabes. Guárdate tus dos millones de monedas de plata. Tendré tu hijo puesto que es probable que ya esté embarazada. Pero no me casaré contigo. El precio es demasiado alto.

Él la miró durante un buen rato.

–Lois viene detrás de mí –dijo, haciendo un esfuerzo por calmarse–. Dejemos esta discusión para después.

–No habrá discusión después. Ya lo he decidido. No habrá boda, Jack. Es mi última palabra.

–No lo dices en serio.

–Sí.

–Creía que yo te importaba.

–Creía que yo te importaba –contraatacó ella, con lágrimas en los ojos–, pero veo que no. Dime Jack, ¿por qué tardaste tanto en contestar el teléfono anoche? Tenías visita, ¿no?

Jack parpadeó ligeramente. Courtney palideció.

–¡Ay Dios mío! Superarpía estaba allí, ¿no es cierto? Estabas en la cama con ella cuando yo llamé.

–Claro que no. No seas ridícula.

De la sospecha pasó a la rabia, una rabia nacida del dolor.

–¿Ridícula yo? Te mostraré lo ridícula que soy. Quiero que des la vuelta y te vayas por donde has venido. Sal ahora mismo de aquí y de mi vida. Te devolveré cada centavo aunque tenga que vender todos mis malditos caballos. Y deja que te diga algo. Si estoy encinta de ti no dejaré jamás que veas al bebé. Jamás.

Aflojó las riendas e hincó las espuelas en el caballo, marchándose con más fiereza que como había llegado. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas mientras saltaba cerca tras cerca. Cuando estuvo lejos, detuvo al extenuado caballo y lloró hasta que no le quedaron lágrimas.

–¿Por qué una moza con tanta suerte como tú está llorando tanto?

Courtney se giró, apartándose el pelo de la cara. Sean estaba apoyado en una cerca y la miraba con sus ojos oscuros.

Avergonzada, Courtney se puso a la defensiva. Se limpió las lágrimas y lo desafió.

–¿Tengo suerte, yo? ¿Por qué diablos lo piensas?

–Tienes esta magnífica finca. Cientos de caballos fantásticos, dos estupendos sementales y otro que podrá serlo. Para colmo, pronto vas a casarte con un hombre que dicen que está loco por ti.

–¿Jack? ¿Loco por mí? –ella se rio–. Estás bromeando. Lo único que le interesa a Jack es él mismo.

Sean se quedó sorprendido.

–¿Estamos hablando del mismo Jack?

–¿Quién si no?

–Sarah dijo que era un buen hombre.

–¿Y ella qué sabe? Es tan tonta como Agnes. Ojalá mi madre estuviera aquí. Ella lo entendería. Estaría de mi parte. Claro que… mi madre me quería –murmuró.

–Yo también te quiero.

Courtney abrió los ojos de asombro y se quedó helada.

–¿Qué has dicho?

–Dije que yo también te quiero.

–¿Estás loco? Ni siquiera me conoces. Además, eres suficientemente mayor para ser mi…

–¿Padre? –terminó la frase por ella, sonriendo con la sonrisa más extraña y triste–. Es que lo soy.

–¿Eres qué?

–Tu padre.

Courtney lo miraba con fijeza. Se había quedado sin habla.

–Lo siento –continuó Sean–. Supongo que no te lo tenía que haber soltado así.

Todo lo que Courtney podía hacer era mirarlo. Comenzó a ver las similitudes que había entre ellos. Los ojos. La nariz. La mandíbula.

–Eres mi padre –no era una pregunta, sino una constatación.

Courtney se sintió aturdida y confusa. ¿Dónde estaba la furia que siempre pensó que sentiría, si su padre se atrevía a asomarse a su vida?

Él le sonrió dulcemente.

–Por favor, no estés enojada conmigo. Yo no te abandoné. Yo siempre quise ser parte de tu vida. Pero Hilary no me lo permitió. Ni siquiera dejaba que te viera. Y ya sabes cómo era tu madre –añadió con tristeza–. Podía ser como un muro de piedra.

Courtney trató de no desfallecer. ¿Y si estuviera mintiendo?

–¿Por qué no pusiste una demanda pidiendo mi custodia? –lo desafió–. Te habrían concedido algún derecho como padre.

–No tenía pruebas. Eso era antes de que existieran las pruebas de ADN. Además, no iba a funcionar. Hilary habría luchado contra mi a degüello.

–Claro que mamá habría luchado contra ti. Tú le rompiste el corazón, ¿lo sabías? Por tu culpa, mi madre odiaba a los hombres.

–Hilary odiaba a los hombres mucho antes de que yo apareciera. Tenía algo que ver con el rechazo de su padre hacia ella, porque no había sido un varón. No sé lo que tu madre te habrá dicho sobre mí, pero lo puedo adivinar. Seguro que te dijo que la seduje porque quería quedarme con Crosswinds. Y que la dejé embarazada para obligarla a casarse conmigo y poder apropiarme de su finca y de sus caballos. ¿Me equivoco?

–Te olvidaste de decir que te sorprendió en la cama con una de las chicas de los establos, cuando estabas acostándote con ella.

–Estupendo –exclamó con un tono amargo en la voz–. No solo era un buscador de oro, sino también un seductor.

–¿Vas a decirme que nada de eso es verdad? ¿Que mi madre mentía?

Sean se encogió de hombros.

–Quizás se convenció después de que eso era cierto. Quizás pensaba que yo era ese tipo de hombre. Sí, hubo una chica de los establos. Y sí, me acosté con ella. Pero eso fue antes de acostarme con tu madre. Mira, no quiero darte una mala imagen de tu madre, Courtney, pero creo que es justo que escuches mi versión de lo que sucedió.

–Adelante –apremió Courtney, todavía anonadada.

–Hilary me encontraba atractivo, pero no estaba enamorada de mí. Deseaba tener un heredero para Crosswinds, y me pagó para que me acostara con ella. Me pagó dos mil dólares –a Courtney se le saltaban los ojos de asombro–. Seguro que piensas que era una miseria. Pero para mí era una fortuna. Tenía veinticinco años y estaba sin blanca. Con el dinero me compré una moto –superado el asombro inicial, Courtney pensó que era posible. Su madre era capaz de todo–. Hilary me escogió a mí, como habría escogido a un semental –añadió con amargura–. Me dijo que tenía los genes que quería pasarle a su hijo. Bien parecido, Fornido. Ojos bonitos, Y además era muy bueno con los caballos. Intrépido, dijo. Eso es lo que más le gustaba. Creía que por ser medio gitano, llevaba a los caballos en la sangre y que mis hijos tendrían la misma sangre. Lo cual, he de admitir, ha sido cierto. Montas muy bien y eres intrépida. Tu madre se salió con la suya, excepto que saliste chica en vez de chico.

Courtney estaba fascinada por lo que Sean contaba. Era tan disparatado que tenía que ser cierto.

–¿De verdad eres medio gitano?

–Romaní por parte de padre. Mi madre era irlandesa. Nunca se casaron y por eso llevo el apellido de mi madre. Mi padre la abandonaba cada dos por tres, y solo volvía, cuando necesitaba un techo, dinero o sexo. Mi madre estaba enamorada de él, pero él era un trotamundos.

–Si lo que dices sobre cómo fui concebida es cierto, ¿qué te hizo pensar que iba a permitir que tomaras parte en mi formación?

Debiste suponer que en cuanto estuviera encinta, se libraría de ti.

Sean suspiró.

–Al principio ese era también mi plan. Pensé que serían un par de noches y que luego me iría con mis dos mil. Pero no funcionó así. Hilary no era joven y tardó meses en quedarse encinta. Y para entonces, todo había cambiado. Me había enamorado de ella.

–¡Pero si te llevaba veinte años! –protestó Courtney–. Y ni siquiera era guapa.

–Lo sé. Fue muy raro. Después de algún tiempo, ni me daba cuenta de eso. Tenía un cuerpo bonito y era muy apasionada. Al final, no podía vivir sin ella. Cuando por fin me dijo que estaba encinta, le pedí que se casara conmigo.

–Y qué te contestó?

–Se rio y luego me despidió, sin carta de recomendación. Puedes imaginarte cómo me sentí. Discutí con ella. Le rogué. Incluso le hice el amor una última vez para intentar conmoverla. Y creí que lo había conseguido, porque se ablandó. Pero de repente, le puso una coraza a sus sentimientos. Se volvió contra mí, diciendo que no tenía pruebas de que era el padre del bebé y que si exigía algo de ella o del niño, me arrepentiría para el resto de mi vida. Así que me fui con mi bien ganada moto. Pero no me fui por ella, sino por ti.

Courtney suspiró. Los ojos de su padre fijos en ella.

–No dejé de pensar en ti ni un solo día –insistió, su voz llena de emoción–. Me preguntaba cómo serías, lo que estarías haciendo. Sabía que habías sido niña, y que eras preciosa. Intenté verte de lejos. Pasaba tiempo en Queenswood por si acaso te veía. Pero nunca te encontré. Al final, tuve que irme a trabajar a otro estado. A menudo oía hablar de Hilary Cross. La gente hablaba de ella. Cuando supe que había comprado Goldplated me preocupé. No porque la engañaran a ella, sino porque te quería. El caballo era parte de tu herencia. Cuando supe que había muerto, decidí venir y ayudar a mi niñita.

El corazón de Courtney se llenó de emoción.

–Fuiste muy amable –consiguió decir–. Te lo agradezco mucho.

–No pensaba decirte que soy tu padre. No espero nada de ti. Entiendo que no me conoces y que no podrías quererme –los ojos se le nublaron por las lágrimas. Courtney no estaba segura de quién había dado el primer paso, pero en unos segundos, estaban

abrazados y llorando emocionados–. Nena… mi nena…

Courtney no podía hablar, solo lo abrazaba.

–O sea que esto es lo que está pasando desde que se marchó Jack. ¡Courtney Cross, me avergüenzo de ti!

Capítulo 16

Lois no podía creer lo que veía. Se quedó de piedra cuando Jack la llamó para decirle que Courtney y él estaban enamorados y que iban a casarse. Cuando se acostumbró a la idea, pensó que hacían muy buena pareja y que su matrimonio era la solución de todo.

De nuevo se quedó de piedra cuando al llegar a Crosswinds se encontró con que Jack se marchaba, diciendo que Courtney creía que estaba acostándose con Katrina durante su estancia en Sidney, y que lo había enviado a la porra.

Para rematarlo, se había encontrado a Courtney en los brazos de otro hombre.

–No es lo que parece –exclamó Courtney, apartándose del abrazo de Sean.

Lois no la creyó. El hombre era muy sexy, a pesar de ser mayor.

–No soy el amante de Courtney, señorita Wymouth –dijo con firmeza.

–No lo es –insistió Courtney, acalorada y con los ojos enrojecidos–. Es mi padre –Lois se quedó boquiabierta–. No lo he sabido hasta hoy. Sean lleva una semana con nosotros ayudándonos con Goldplated. Mamá y él… es una historia muy larga..

–Demasiado larga para que me la cuentes ahora –apremió Lois. En unos minutos, Jack hará lo que le dijiste que hiciera. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres? Porque si no lo es, tendrás que darte prisa y no dejar que se vaya.

Courtney se envaró.

–No me importa si se va. Él no me quiere. Todavía ama a Katrina.

–Que tontería. Jack no la ama. Te ama a ti. Me lo dijo él.

–Solo lo dice. Es lo que convinimos en contar.

A Lois le entraron ganas de abofetearla.

–¿Crees que no sé distinguir entre una historia inventada y la verdad? Está loco por ti. Yo debería saberlo, puesto que me he pasado la semana de tienda en tienda, mientras él te compraba todo

lo que hay bajo el sol para la boda. Anillos, ropa, zapatos, ropa interior, perfume. Ningún hombre se molesta tanto por una mujer si no la ama. Me dijo que tú estabas muy ocupada y que quería que todo fuera perfecto para ti.

–Suena muy romántico, pero no cambia nada. Es un juego. Solo un juego. Actúa como el novio perfecto, pero no es perfecto. Anoche estaba en la cama con su antigua novia. Lo sé.

–Me dijo que eso era lo que tú pensabas, pero no es verdad. En efecto apareció en su casa e insistió en hablar con él. Me dijo que después de escucharla le había dicho que se fuera. Nunca la tocó. Me dijo que ya no la puede ni ver.

–Claro que te dijo eso, porque quiere que nuestra boda siga adelante.

–¿Por qué lo querría si aún amara a Katrina? –señaló Lois con toda lógica.

–¿Por qué? Por el bebé.

–¡El bebé! –exclamaron Lois y Sean a un tiempo.

Sean se volvió hacia Courtney.

–¿Vas a tener un hijo de Jack?

–No lo sé aún. Puede que esté embarazada.

Los ojos de Sean se volvieron mucho más oscuros.

–¿Y le estás diciendo que se vaya?

–Papá, él… él no me ama. No podría resistirlo si él no me ama.

–Hija mía. No hagas lo que hizo tu madre. No lo dejes marchar sin hablar antes con él. Puede que no te quiera tanto como tú a él, pero puede que sí. A lo mejor te quiere más. Nunca lo podrás saber si no lo averiguas. Antes me dijiste que tu madre me quería. Si hubiera sido sincera conmigo, nos habríamos casado, o al menos, habríamos llegado a un acuerdo. Yo no habría perdido todos estos años de ser tu padre. O sea, que por el bien de tu bebé, ve y habla con Jack. Dile lo mucho que lo quieres.

–No…no puedo –su cara mostraba angustia.

–¿No puedes? Tú, Courtney Cross, la mujer más atrevida y valiente que he conocido, ¿no puedes decirle a un hombre que lo amas? Qué tontería. Y ahora ve corriendo a la casa antes de que tu hombre se vaya. Y no vayas andando. Cabalga.

Lois quedó asombrada de la fuerza de Sean. Aunque no era muy alto ni grande, alzó a Courtney como si fuera una pluma y la sentó

en la montura.

«Manos grandes», pensó Lois mientras lo observaba. «Ojos bonitos. ¡Y está en forma! Me pregunto si necesita trabajo».

La cabeza de Courtney daba vueltas mientras galopaba hacia la casa y su corazón latía a la par que los cascos del caballo. Demasiadas emociones. Demasiada confusión.

«Jack no me ama. Sé que no me ama. ¿Cómo podría amarme? ¿Cómo podría amarme algún hombre?».

Sin embargo, Lois parecía tan segura.

Y Sean, le había dicho:

–¿No querrás acabar como tu madre, verdad?

Espoleó al caballo para que galopara más rápido y llegó a la casa cuando Jack estaba subiendo al coche.

–¡Espera Jack! –le gritó, pero él no la oyó porque acababa de encender el motor. El coche se fue.

Galopó en su busca, pero el coche iba mucho más rápido.

Nunca lo alcanzaría, ni aunque atajara por encima de las cercas. Pero tenía que intentarlo.

Era una locura, lo veloz que cabalgaba. Si el caballo tropezara, podrían caerse.

Solo pensar en que podía perder el hijo de Jack la sobrecogió de tal forma que frenó al caballo y miró cómo Jack se alejaba, sin dejar nada más que polvo en el camino y, quizás, un bebé creciendo en su interior.

Volvió a la casa aparentando estar calmada. Al llegar a su alcoba, se encontró con numerosas cajas y bolsas sobre la cama. Las abrió lentamente. Todo era precioso, un vestido de encaje blanco, con sombrero a juego, zapatos color perla, un enorme frasco de perfume, una cajita de terciopelo rojo con dos alianzas, y por último, un precioso anillo de compromiso con diamantes y rubíes.

Se quedó extasiada mirando el anillo y luego se lo llevó al corazón. Se dejó caer al suelo junto a la cama y no lloró. Ya no tenía lágrimas.

Oyó los pasos de Agnes por la escalera y deseó que no entrara en la alcoba.

Y no entró. El que entró fue Jack. Y la levantó del suelo hacia

sus brazos.

–Ahora escúchame –le dijo asiendo su cara y mirándola a los ojos–. Yo te amo, Courtney Cross. A ti y no a Katrina. Y sé que tú también me amas. O sea, que no me vuelvas a decir que me vaya nunca más. Nos vamos a casar y vamos a tener hijos juntos. Y vamos a vivir felices el resto de nuestros días –diciendo eso, la estrechó contra su pecho, y le besó los cabellos–. Ahora dime que me amas –insistió. No digas nada más. Solo tienes que decir, Te amo, Jack.

–Te amo, Jack –dijo con voz entrecortada, todavía sujetando el anillo de rubíes contra su corazón.

Él suspiró.

–Ya era hora…

Epílogo

Adivina a quién vi en el servicio –le susurró Courtney a Jack al regresar a la tribuna de los socios.

–No me lo digas –dijo cortante–. Katrina.

–Acertaste. ¿Puedes creer que no me reconoció con la ropa que llevo? –Courtney lucía el vestido de encaje blanco con sombrero a juego que Jack le había regalado para la boda y que Lois le había aconsejado que se pusiera para asistir a la copa de Melbourne.

Le quedaba mejor que en la boda, puesto que su figura se había redondeado. Estaba embarazada de tres meses y ¡qué pechos tenía!

–¿Y? –aventuró Jack.

–Cuando se dio cuenta de quién era, me miró con rabia y salió disparada.

–Bueno es saber que hace caso de lo que le dije aquella noche.

Courtney miró a su marido, que se veía espléndido en un traje gris claro.

–¿Qué le dijiste exactamente? Nunca te lo he preguntado –solo lo preguntaba por curiosidad. Courtney no había dudado del amor de su marido desde el día que volvió a ella.

–Cuando Katrina me dijo esa bobada de que se había equivocado y que todavía me quería, le contesté que no tenía ni idea de lo que era el amor y que solo se amaba a sí misma. Le advertí que no se atreviera a llamar a mi puerta, a telefonear, o a buscarme, y que si hacía cualquier cosa para destruir mi relación contigo, que ya podía pensar en emigrar. Y rápido. También le sugerí que volviera con su marido cuanto antes, porque pronto se le empezaría a notar en la cara su fealdad interna, y entonces ningún hombre la iba a querer, ni siquiera alguien tan estúpido y tan simple como George.

–¿Y lo hizo? ¿Volvió con George?

–Supongo que sí, y por eso está hoy aquí.

–¡Caramba! ¡Espero que no sea su marido quien entregue la Copa de Melbourne! –aunque Katrina ya no representaba un peligro, cuanto menos la viera, mejor.

–No –confirmó Jack.

Courtney suspiró aliviada

–Aunque no tenemos que preocuparnos por quién la entregue… Lois ha hecho el milagro de que Big Brutus participe en la carrera. Y el que ganara en la copa Werribee fue fantástico, pero esta carrera es muy dura. Aunque me alegraría mucho de que ganara, no debo hacerme ilusiones. Me conformaría con que se clasificara.

–Mmm –fue todo lo que dijo Jack, y Courtney lo miró intrigada.

–No habrás apostado mucho dinero por él, ¿verdad, Jack?

–¿Qué? ¿Quién, yo? No, no mucho.

–Entonces, ¿por qué pareces tan preocupado, de repente?

–Yo… bueno, la cosa es que aposté dobles por el maldito caballo. Espero que no pienses que soy un pelele.

Ella se rio. ¿Un pelele, él? ¿El magnífico hombre que era su respaldo?

–No seas tonto, Jack. Big Brutus va cuarenta a uno. Y esta es la Copa de Melbourne. Todo el mundo apuesta dobles en la Copa de Melbourne.

–No todo el mundo –dijo entre dientes

–¿Qué estás murmurando?

–Nada. Solo que Agnes y Bill me pidieron que apostara en su nombre, pero no querían dobles.

–Sí, ellos no apuestan fuerte, mientras que tú, Jack, eres un jugador empedernido.

–¿Yo? –parecía sorprendido.

–Sí, tú. Solo un jugador empedernido se habría casado con alguien como yo.

Jack la miró con dulzura y Courtney sonrió. Le encantaba que la mirara así. Le gustaba todo en Jack, tan cariñoso, noble y optimista. No podía esperar a que naciera su hijo. Deseaba que fuera un chico, pero tampoco le importaba si naciera una niña. Aunque Jack insistía en que le daba igual, ella intuía que prefería un niño.

Se hizo un silencio en la multitud. Era un momento de tensión pues iban a dar la salida.

Era raro, pero Courtney no estaba tan nerviosa como la semana anterior cuando miraba la Copa Werribee por televisión. Estaba satisfecha de que dejaran participar a Big Brutus y, seguramente, su madre, si lo veía desde el cielo, también lo estaría.

Courtney estuvo enfadada con su madre durante bastante tiempo, después de lo que le contó Sean. Pero era difícil permanecer enfadada con un persona muerta, y por fin se le pasó. Después de todo lo que le había sucedido, se dio cuenta de que era muy difícil juzgar los actos de otras personas. Quién podía saber qué demonios interiores empujaron a su madre a pensar y actuar como lo hizo.

El rugido de la multitud hizo que volviera a centrarse en la carrera.

Se puso de puntillas tratando de ver los colores de Big Brutus y se sorprendió de ver que no estaba en la cola, como ella esperaba, sino a la cabeza.

–¡Es increíble! ¡Va a la cabeza! –gritó asombrada.

Al otro lado de Jack, estaba Lois, agarrada al brazo de un hombre muy bien parecido que vestía un traje negro muy sexy. Courtney le hizo un gesto de complicidad, pero Lois tenía los ojos pegados a la pista y no la vio.

Courtney sonrió divertida. Sean no quería ir a Melbourne con ellos. Les costó convencerlo para que hiciera el viaje y se pusiera el traje. Pero, en cuanto vio a Lois tan guapa y elegante, se había quedado embrujado y desconcertado.

–Ha adelantado aún más –observó Jack y Courtney volvió a mirar a la pista. Era cierto. Había adelantado tres largos. Courtney se llenó de esperanza. No era imposible que en la Copa, un caballo fuera en cabeza durante toda la carrera. Había ocurrido alguna vez, y Big Brutus llevaba muy poco peso.

Era una táctica arriesgada. Era seguro que Lois le había dado instrucciones al jinete. Era mucha responsabilidad y ningún jinete lo habría hecho por su cuenta.

Entraban en la recta y Big Brutus iba aún más adelante. Cinco o seis largos y aún así parecía entero.

Courtney se emocionó.

–¿Estás viéndolo, mami? Ese es tu caballo. Tú lo criaste. ¿No es magnífico?

Cuando llegaron a la recta final, Courtney estaba desbordada. Comenzó a dar saltos, gritando palabras de aliento y dándole instrucciones a voz en grito.

–Corre, chicarrón, corre. No le pegues con la fusta. Solo cabalga. Con las manos y los pies. Lo puedes hacer, chicarrón. Eso es. Estira

el cuello. No dejes que te alcancen. No pares, no mires. Esta es tu carrera. Tu año. Tu hora. ¡Muy bien hecho, Big Brutus! –cuando Big Brutus cruzó la meta, un cuello por delante, Courtney alzó las manos en señal de victoria–. ¡Lo consiguió, Jack! –gritó, volviéndose a su marido–. ¡Lo consiguió!

Jack dejó caer los prismáticos sobre su pecho.

–¡Es increíble! ¡Lo consiguió! –estaba lívido y casi no podía hablar–. ¡Lo consiguió!

La gente empezó a darles la enhorabuena. Courtney quiso dársela a Lois, pero la entrenadora de Big Brutus estaba muy ocupada besando al padre de Courtney.

Jack le puso unos papeles en la mano, que parecían boletos de apuesta.

–¿Qué es esto? –preguntó.

–Los encontré en un cajón secreto del escritorio de tu madre.

Courtney miró los boletos. Eran apuestas por Big Brutus para la Copa de Melbourne. Hilary las había hecho por adelantado varios meses antes, cuando inscribió a Big Brutus la primera vez. Cada apuesta era de miles de dólares.

–Estas eran las pólizas de seguro de tu madre.

Courtney alzó los ojos. Tenía un nudo en la garganta.

–Oh, Jack…

–No quería decirte nada por si el caballo perdía.

–Me estabas protegiendo –murmuró ella, sobrecogida por las mil maneras en que su marido mostraba su amor.

–No quería que creyeras que tu madre estaba loca de remate.

Inclinó la cabeza en dirección a donde Lois y Sean seguían besándose.

–No puedes culparla, sabes, por no confiar en tu padre. Él era demasiado joven y demasiado guapo. Hizo lo que creía necesario para sobrevivir.

–Sí –asintió, Courtney–. Tienes razón.

–Su idilio no fue como el nuestro. Nosotros hacemos buena pareja. Somos iguales. Verdaderos socios.

Courtney entendió lo que él decía. Ahora que estaba segura del amor de Jack, quería compartirlo todo con él, incluso Crosswinds. Ya no veía su ayuda como una interferencia, aunque él no entendía nada de caballos.

Pero era muy inteligente con el dinero.

–Estaba pensando, Jack, que ahora que Goldplated funciona y yo tengo todo este dinero extra, podrías estar interesado en ser el director financiero de Crosswinds. Quiero decir, que va a haber mucho trabajo en el rancho estos próximos años, y yo no tendré mucho tiempo cuando sea mamá.

Él la miró y sonrió.

–Eres una mujer maravillosa, Courtney Falconer.

–Estoy de acuerdo. ¿Querrás serlo?

–Me encantaría.

Por fin, Lois bajó de las alturas, sonrojada y entusiasmada.

–¿Fue fantástico, verdad?

–Fantástico –replicó Courtney, sin saber si se refería a la carrera o al beso–. Y tú también lo eres, Lois.

–No. Todos los elogios deben ser para Big Brutus. Y para tu madre. Ella lo crió. ¿Lo llevamos juntas?

–Creo que la prensa te pillará antes –le advirtió Courtney.

–Seguramente. ¿Qué tal estoy?

–Guapísima –replicó Sean a su lado y Lois le dedicó una gran sonrisa.

Courtney y Jack se miraron divertidos.

–¿Adivinas quién va a tener compañía esta noche en la cama?

–No lo sé. ¿Quién? –le susurró al oído mientras se abrían camino entre la gente.

–Tú, chico sexy.

En la ecografía que le hicieron a Courtney en la semana dieciocho, se veía que tenía un niño. Nicholas Preston Falconer nació con cinco días de retraso el siete de mayo. Pesaba cuatro kilos. Agnes fue la comadrona y Jack el ayudante, eficaz, pero nervioso. Sean y Lois se casaron el mismo día del bautizo del bebé.